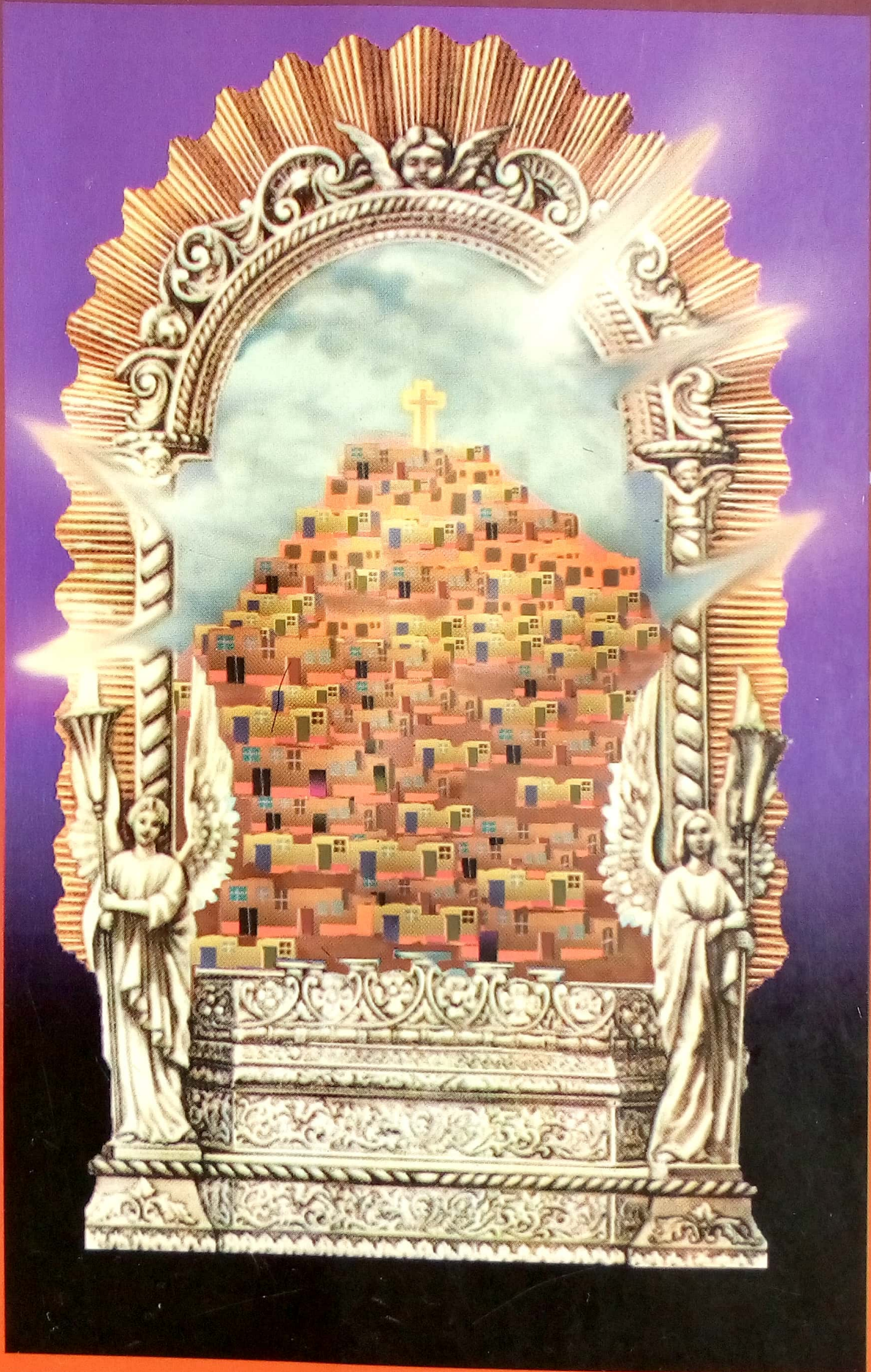


EN OCTUBRE NO HAY MILAGROS

asumada neyrosa



P E I S A

8:00 a.m.

Plaza San Martín

Morado. Ácido morado sobre cielo de ceniza. Sucia la niebla podrida en pescado. Morado dulce en alfombra. Morado turbio y ondulante en cuerpos morenos. Morado tibio en mañana fría: mojada.

Giragiragiragira la cabeza. San Martín está que se cae, que se cae del caballo: ¡Ya era tiempo! Sentado en verano invierno, primavera otoño. Siempre, siempre mirando: mirando al mar. Su gran cabeza de bronce no conoce el Parque Universitario: ¡mejor! Sólo siente la niebla y el olor podrido del mar. Pero el mar limpio está en mi vaso: oro líquido con espuma, acostumbra decir Leonardo. Y el olor arrecho del mar en mis manos. Olor a cigarro Inca, fuerte. Olor de ruda con incienso. Olor de puta morena. Olor azulino en lengüitas amarillas como llama de cirio prendido. Olor de procesión. Y los morenos de la Santa Hermandad estarán sacando de Nazarenas al Señor. Y las velas encendidas estarán quemando pelos y rabos de beatas putas. Y los giles, serios, haciéndose los rezadores, se juntarán a las hermanas. Y con el pretexto del Señor, muy de mañana, comenzará el cochineo general. Sí. Juntos. Juntitos para no sentir el viento frío de invierno. El frío. El frío. Frio frio frio frio frio y la prenda escondida no aparece. Se pierde. Se pierde en las faldas de la gallinita ciega. Y algún sabido se aprovecha de lo lindo y el gileo se resiente. Sacan la lengua y nos tuercen los ojos. Mejor vamos jugando a matatirutirulá. Y mientras cogidas de la mano van y vienen cantando, nosotros, sentados en la acera, tratamos de verles la cosa. ¿Y que oficio le pondría, mata-

tirutirulá? Lepondríacosturera matatirutirulá: Eseoficionomegusta matatirutirulá. Lapondríacocinera. Cocinera. Cocinera. Cocinera en la cocina oscura. Y en la cocina oscura junto, juntito a Mery. Mi rodilla en su rodilla. Y ojalá que nadie nos encuentre. Y a las escondidas hasta siempre. Y mis manos sucias de tierra, de trompo, de cometa, de bolsillo: suaves, suaves por sus piernas. Y Mery arrecha, como gallina, caliente: respira, respira, por lo bajo, sin ruido: le gusta. Desde chicoca siempre le gustó el gusto. No hay caso: Mery es toda una artista para el plan. Su aliento parecía leche con bizcocho de canela. Y quiero revolcarme con ella debajo de la mesa. Entonces le viene el susto. Y hace la que llora. Resentida me empuja. Eresmalo, dice, limpiándose la boca. Y sale corriendo. Así son las chelfas, carreta, lo arrechan a uno y luego lo dejan tirando cintura. Entre cáscaras de papas, botellas de kerosén, aceite y cerveza, con la espalda en la pared de humo, quedé oliéndome las manos. Mis manos sucias olían a manzana, a madera vieja, a tierra, a hierro, a gila con olor a leche, con olor a mar, sin mentira, franco...

-Miramira, allá está tu hermano Miguel.

-Pero, hija, te digo que no me hables de ese borracho.

-Hay que sacarle pica, ¿ya?

-El caso que nos hará.

-Desde que me vio con Pocho se ha vuelto un idiota.

-¿Así?

-Claro.

-Si ya ni le importas.

-Celos, y yo sé por qué te lo digo.

Miguel, desde una mesa del Bar Zela, en su duermevela alucinada, ve la plaza San Martín: obreros corren del tranvía de Chorrillos al tranvía del Callao; colectivos dejan empleados y vuelven a partir presurosos: «expresocronicaprensicomercio» llenan el murmullo matutino del portal; grupos de hombres con el hábito morado bajo el brazo pasan en dirección a Nazarenas; empleadas caminan, apuradas, al Jirón de la Unión.

¿Por qué se vestirán de morado? El morado es triste y más aún bajo cielo nublado. Blanco o rojo sobre rostros morenos: mejor en cielo gris, bonito. Pero ese morado, ese morado, morado de pena, de muerto: da ganas de llorar. Uno se siente triste. Sufrido: ¡ya comienzo con lo mismo! Pretextos no faltan para llorar cuando estoy borracho. Ahora será el color morado el que me dé pena. Pero la verdad, es que lloro porque soy cobarde. Cobarde: porque corro, porque tengo miedo de cumplir veinte años, porque tengo miedo de estar solo, porque ya no creo en mi collera, porque lloré cuando me jalaron en el examen de ingreso a San Marcos, porque ese tal Pocho me la quita a Mery y yo no le pego. Mejor me tomo un trago. Salud conmigo mismo, salud. Así, heladita, en pleno frío: ¡qué rica! Desde chibolo era cobarde. Tenía pena de las moscas. En verano, cuando mi vieja mataba moscas, no podía contener el llanto. Cuando en las noches los muebles, los libros, los cubiertos, los vasos se quedaban solos quería acompañarlos. Me encariñaba de las piedrecitas que encontraba en la calle. Las metía en el bolsillo y en la noche me acostaba con ellas, les daba calor con mi cuerpo para que no sintieran frío, para que no estuvieran solas. Un día traje de la calle un perro. Mi vieja lo botó. La casa es muy chica para perro, dijo. Lloré noche y día: de todo lloraba. Todo me daba pena. Pero nunca nadie se dio cuenta de que yo estaba solo. Ni yo mismo. Nunca a nadie le importó que yo estuviera solo. Solo. Pero hoy se acabó. Ya no correré de nadie. Me tomo otra cervecita chica y me voy a la casa. Todos gritábamos contra el gobierno, avanzábamos por La Colmena. A la altura del «Palermo», más o menos, una patrulla de policías atacó con sus varas. Tuve miedo. Quise correr, pero no pude: se me vinieron encima. Golpearon fuerte mi espalda. Mis hombros ardían. Los pulmones los sentí molidos. Tuve que dar patadas y puñetes. Era una gran batalla cuerpo a cuerpo con la policía. Pero ellos estaban armados. Además el gobierno los alimenta como a rey. Y sólo sirven para tirar palo. Logré entrar a una tienda. Desde ahí vi a esos famosos perros policías. Grandes. Bonitos. Pero enseñados para el mal. Ladraban. Ladraban. Furiosos. Una muchacha gritó asustada. Un perro se le había prendido. Le arrancaba los vestidos y le mordía el cuerpo. Cayó al suelo. Un comandante con cara de caficho, desde el interior de

un auto negro, se reía: ¡la gran puta que lo parió! Franco, quise matarlo. Pero ¡carajo!, tuve miedo, sin mentira. Salí de la tienda. Al llegar al Parque Universitario aparece el «Rochabús». Con su luz roja que se prende y apaga, con sus faroles, con su pinta negra enrejada: es todo un carro de película: marciano. Se detuvo en la esquina y lanzó fuertes chorros de agua. Corrí hasta la puerta de la «U». Ahí la policía montada arremetió con el sable. Las patas de un caballo atropellaron a un muchacho que cayó gritando. Y tanto palo y tantas bombas y tantas balas y perros y caballos y sables contra nosotros. ¿Y si estuviéramos armados? A lo mejor, tengo miedo de matar: no sé. Pero esa noche hubiera sido bueno matar. Lo cierto es que lloré mordiéndome las uñas. Sí, lloré: lloré de vergüenza...

–Vieras que ya no lo soporto a mi hermano Miguel.

–Lo que es yo ya lo largué.

El portal Zela, oscuro. Las tiendas de comercio aún permanecen cerradas. Un lustrabotas trata de calentarse las manos sacando lustre a los zapatos de su primer cliente.

–Y hasta creo que se ha vuelto comunista.

–Te digo que Pocho dice que los comunistas son borrachos y ladrones.

–Coqui piensa lo mismo.

Miguel: único cliente del Bar Zela. Las sillas sobre las mesas. Un mozo barre. El dueño, tras de la caja, dormita. El portal y la plaza se llenan de gente apurada. Los automóviles pasan interminables. Del Callao avanza una sucia neblina: hace frío.

–Pasapasa sinmirarlo.

Miguel levanta la cabeza: Bety y Mery –serias, con el cuello estirado y los ojos bien abiertos, sin voltear la cara– pasan rozando la mesa. Miguel les dice:

–¡Putas! ¡REPUTAS!

Toma de un solo trago la cerveza de su vaso. Se queda mirando a las dos muchachas que, apuraditas y serias, se pierden entre la gente que transita por el portal.

Ya no la quiero, sí, de verdad, franco, sin mentira. A mí nadie me hace cojudo. Ya me viene el vómito, pero no por la cerveza: es ese maldito olor a pescado podrido: mejor huelo mis manos: tienen olor a mar, pero a mar limpio de verano con olor a Mery: de Mery tirada en la playa con los brazos abiertos. Bonita. Bonita. De verdad. Con los cabellos despeinados y relucientes de arena de Agua Dulce: fue el mejor verano de toda mi vida. Bonita que me daba miedo de mirarla, de mirarle sus ojos negros. Y aquí en el pecho, no: mentira, más adentro, sentía fuego, candela, de alfileres encendidos en las venas. Y la sangre quemaba, hervía como arena. Y Mery reía en las olas, reía en las carpas de colores, reía mirando, mirándome. Reía a lo largo de todo ese verano. Y ahora está de puta, de puta, reputa, como mi hermana. Y tanto cuidarlas. Y tanto hacerlas vigilar con la collera de mi hermano el Zorro. Y tanto trompearlos en la esquina con los cirios de otros barrios: para nada: putas. Y desde chicoco siempre fui el cuñado oficial del barrio. Aún no había cumplido los diez años cuando Mario, el grandazo de la quinta, me hizo esa propuesta que nunca olvidaré. Mario era un trome haciendo avioncitos de papel: era el único que sabía hacer ala voladora. Y yo estaba que me moría por saber cómo se hacía ala voladora. Todos los carretas del barrio rogábamos a Mario que nos enseñase. Pero el Mario, burlándose, guardaba su secreto. Una noche me llevó al parque y enseñándome dos bonitas alas voladoras, me dijo: «Te enseño si tú dices a todos los carretas del barrio que yo me la cacho a tu hermana, ¿ya, cuñadito?». Lo único que recuerdo fue que esa noche rompí todos mis juguetes, descuarticé y quemé la muñeca que más quería mi hermana Bety. Desde entonces le llevo bronca al grandazo del Mario...

(-Patita, ¿cuánto valen los globos, ah?

-Un taco.

-El rojo, ¿ya?

-¿Se lo inflo?

-No.)

-Notelodije, notelodije, es un descarado.

-¡Qué vergüenza!

-¡Y a la que fue su gila decirle eso!

-¡Hijita!, dirás a las dos.

-No, hija, Miguel me respeta, por algo es mi hermano.

-No me hagas reír.

El frío gris de mañana trepa por las piernas: culebrina. Bety y Mery, vaporosas moradas, avanzan entre el gentío matutino del portal.

-Nunca me ha visto en plan.

-A mí: nelson.

-¿Y la vez que te encontró en La Herradura con tu Pocho?

-Ay hija, ¿acaso vio?

-No te hagas.

-Ya, pero esa palabra fue para las dos.

Invierno. Húmedo. Claridad gris. El portal oscuro. Oscuro de mañana de invierno gris con niebla.

Ahora, sí: la plaza está bonita: distante, pequeña, en bruma roja. El cielo gris se enciende. Los parabrisas de los autos relucen rojos, alegres. San Martín, a pesar del rojo, el pobre no puede voltear su cabeza de bronce: cabeza roja de bronce y el caballo se queda chiquito: enano, en la boca del globo. Así: así deben ser los caballos de la policía para correrlos, pero no: son grandes y malos. Sería bueno que alguien enseñara a los caballos a comer policías. Se me vinieron encima cuando ayudaba a mi viejo a levantarse. «Acompaña a tu papá, no vaya a ser que le pase algo», dijo la vieja. Salí tras de él, sin que me viera. Lo seguí de lejos. A mi viejo no le gusta que lo estén cuidando: «Yo solo me defiendo», dice él. Dos meses sin plata en la casa y la huelga de los bancarios tenía para largo. Esa mañana, la federación había decidido tomar los locales de los bancos. Llegué hasta el Jirón de la Unión. Grupos de bancarios frente a La Prensa daban mueras al gobierno. Mi viejo estaba con los manifestantes. De pronto, la guardia de asalto aparece por la plaza San Martín. Corriendo, en columnas, pegados a la pared, avanzan con las varas en alto. Lanzan bombas lacrimógenas. Corremos hacia La Merced; pe-

ro, ahí, hay policía montada que arremete con sable. Corro tras de mi viejo. Un policía descarga con furia su vara sobre él. Se tapa el rostro con las manos. Los anteojos caen al suelo. El policía no deja de pegarle. Lo tiene acorralado contra la pared. Y yo ahí, ahí: las piernas me tiemblan, la boca amarga, los ojos dan vuelta, el estómago se revuelve y todo el jirón, los caballos, la gente que corre, los gases y mi viejo encogido con las manos en la cara y los anteojos en el suelo giran, giran, giran en mi cabeza: ¡LAGRANPUTAQUELOSPARIÓ! ¡CONCHESUMADRE! Lo dejan tirado en el suelo. Lo levanto. Recojo sus anteojos: las lunas están rotas. Lo agarro del brazo y corremos de los caballos que vuelven a la carga. Esa mañana caminamos solos, en silencio, con los ojos llenos de lágrimas, las bombas lacrimógenas. Los dos. Solos. Tristes. Caminamos por las calles del centro. En el almuerzo, mi pobre viejo, con el brazo vendado y la cara llena de moretones, me mira de frente. No habla. Nunca. Nunca olvidaré la mirada de mi viejo, esa mañana, en el almuerzo.

(Miguel revienta el globo rojo.

—¿Me regala el jebecito?

—Toma.

Y el muchacho lustrabotas se va haciendo bombitas con el jebe.)

—Ese Miguel debe comprender que ya no me gusta.

—Y tú que se lo haces creer.

—¿Acaso? ¿Y tú?

—¿Yo, qué? Tú solita eres la culpable, no me vengas.

Mery y Bety se abren camino, diligentes, por entre los peatones que van y vienen por el Jirón de la Unión. El cemento de la acera mojada, resbaloso; el barro, ensucia los zapatos.

—Y no sólo Miguel dice que tú eres así.

—Hijita, mejor dilo claro.

—Si todo el barrio lo sabe.

—De ti también.

Un auto roza sus faldas ajustadamente hembras. Rozan también, sin vergüenza, con la gente apurada que colma la vereda estrecha.

-Es de pura envidia.

Una cortina metálica se enrolla en ruido destemplado.

Ahora, sí: ni siquiera la voy a mirar cuando la vea. Ya nunca más pensaré en ella. Termino la botella y me voy. Ya no puedo más. Me caigo de sueño. No sé qué hacer, pero todo está tan enredado: tengo que hacer algo. Y será hoy: hoy dejaré de ser cobarde. Cueste lo que cueste. Hablaré con Leonardo. Le explicaré con calma, sin tartamudear, sin enredarme. No sé. El viejo debe estar caliente. Y no es para menos: con ésta tres amanecidas en menos de quince días. Pero la que tiene la culpa de todo es esa Mery y sobre todo mi hermana. Siempre metiendo candela para que el viejo me resondre por cualquier cosa. Y todo porque me jalaron en el examen de ingreso a la «U». Pero me jalaron porque quise, porque me dio la gana. Tremendo ensarte el examen. Cuando me hicieron entrar, abí estaban conversando entre ellos detrás de una mesa larga y sucia llena de papeles, libros y lapiceros. Eran cuatro giles lentejudos que me comenzaron a mirar como a bicho raro. Comentaron algo de mi peluca. Preguntaron mi nombre, averiguaron dónde había nacido, dónde había estudiado, dónde vivía, con quiénes, menos mal que no se les ocurrió preguntar si aún me hacía la paja. Todo por gusto, por joder. El más flaquito, con cara de conejo hambriento, me clavó sus ojos de rata. Desde el primer momento me cayó espeso. Con voz de gallina ronca preguntó: «Cómo escribe la palabra indecisión». Vicioso, contesté: «Con de y ene, doctor». «No, no, nononooo, le pregunto, aclaro, ¿con ese o con ce?» «Con las dos.» «Pero cuál primero.» «Como guste, doctor.» Me clavó furioso sus ojos de rata. Entonces, el cara de cuchara me preguntó: «¿En qué año nació Valdelomar?». Ni brujo que fuera para saberlo. Me quedé mirando sus anteojos: los que usaba Valdelomar eran más bonitos. Si alguna vez tengo que usar anteojos me compro unos parecidos a los de Valdelomar. Les dije que me preguntaran sobre El Caballero Carmelo, pero nelson. Después de muchas preguntas tontas me dijeron que les diga quién había escrito Los heraldos negros. Por joder contesté: «Francisco Pizarro». Y me jalaron. Tantas amanecidas de chanque para nada. Nada de lo que sabía me preguntaron. Quise enseñarles los cuen-

tos que había escrito y que los tenía en el bolsillo, pero me arrepentí, a lo mejor se burlaban. El próximo año que me vuelva a presentar, ya sé que hay que hacerse el gil, el tonto, y se ingresa, rapidito...

—¿Qué?

—Siguesigue, novoltees, disimula.

—Pero, hija, ¿qué?

—Un tecló nos sigue.

—¿El de azul?

—¿Y no?

—No está mal.

—Espera que nos pase.

Un señor de azul pasa rozando el codo de Bety. El rostro pálido de Bety se enciende ardoroso en el frío mañanero. A Mery le brillan los ojos, pícaros, grandes.

—Hay que pasarlo.

—¡Mery, por favor!

—No te hagas.

—¡Mery, te digo!

Mery y Bety caminan por delante mismo del señor de azul. Cierran sus tibias piernas. Sus pasos se vuelven menuditos. Sus nalgas mañaneras, en matutino bamboleo, en ajustado hábito morado, avanzan en claro reclamo de mirada de macho.

—Ahora quenosiga.

Las aceras mojadas del Jirón de la Unión se colman, poco a poco, de empleados que transitan apurados. Un vendedor de loteña, de propósito, se resbala y pone su mano en la cadera de Bety.

—¡Imbécil!

Ofendida desliza suave la mano por su grupa trasera y arregla el cordón blanco de su hábito morado. De reojo, sin dejar de caminar, mira, seriecita, casi sin voltear la cabeza, al señor de azul.

Ojalá que mi vieja no me sienta el olor a puta que tengo en todo mi cuerpo. Ya no dice nada cuando me siente el aliento a cebada, pero se

enoja cuando me huele y me siente con olor a «México». Pero el olor de Doris es bueno, bueno, palabra. Cómo me gusta su olor: olor a canela, a incienso, a ruda. Olor de puta morena. «Ven para lavarte», dijo mientras me vestía. «No, no, así mejor, está bien», contesté. Entonces, Doris dijo: «Cochino, quieres quedarte con mi olor». Menos mal que el cuarto estaba un poco oscuro, si no Doris me hubiera visto la cara y me hubiera tirado arroche. No dije nada y apresurado me abroché la camisa. Seguro que Javier ya tendría ganas de otro polvo. Después de habernos jugado unas mesitas de billas, nos fuimos al «Palermo» a buscar a Leonardo, no lo encontramos. Luego llegamos a «México» como a eso de las once. De frente me fui a donde Doris y me puse en la cola. Yo soy así: me encachino con una sola, pero Javier parece perro: va de corralón en corralón y creo que nunca se acuesta dos veces con la misma. «Siempre con la misma no vale, empacha», dijo Javier y se fue. Delante, en la cola, tres marineros, espesos, se creían los dueños de Doris, se empujaban, se metían la mano. Detrás de ellos estaba un señor calvo, serio, leía La Tercera y detrás de él, en mi delante, un chibolo como de quince, el gil sí que estaba asustado, por nada sacaba la mano pajera del bolsillo. Y todo el corralón lleno de gente. Cuando ya me tocaba el turno llegó Javier. «Te espero», dijo y se fue a la radiola a poner discos. El cuarto de Doris estaba lleno de humo de incienso y cigarro. Una nube roja trepaba por las paredes. Desnuditita con una bata de seda verde me recibió con una sonrisa. «Entra, pichón.» Su cuerpo sobre las sábanas blancas de la cama tenía el color de la naranja, pero de esas naranjas un poco negras. Comenzó a moverse al ritmo de «La balada del álamo» que llegaba desde la radiola. «Apúrate, pichón.» Desnudo me eché junto a su cuerpo calentito. Sus manos agarraron mi cabeza. Le gusta mirarme. Dice que mis ojos tienen un no sé qué que la vuelven alegre. Su lengua tibia, dulce, se metió en mi boca. Sus piernas se trenzaron con las mías: alocado comencé a olerla. Doris, anoche, olía a procesión: incienso, ruda, flores, sudor. Abrió las piernas. Se lo acomodó. Me vuelve la arrechura, me fumo el último cigarro y me voy a la casa: tengo frío. «¿Te gusta mi olor?» «Firme, claro.» «Es incienso del Señor», dijo y apretó fuerte, moviéndose. ¿Y por qué en ese momento el rostro, su rostro, de Mery? Bonita. Bonita.

Bonita. Sus cabellos en la arena. Sus ojos abiertos, sus labios abiertos, agitados, y mis manos en sus piernas en la matiné del cine Roxy. Y su lengua alocada en mi boca y alocada en mis brazos bajo las escaleras de la quinta. Y ella, Mery, Mery, desnuda, agitándose en la cama. Y yo con ella. Con Mery, con Mery, Mery, con Doris que deja de moverse...

Mery y Bety llegan a la puerta especial para empleados de los «Establecimientos Multiprix». En la acera del Jirón de la Unión, las empleadas alborotan, colegialas, entre peatones matutinos. Todas hablan:

–Bestial Rudjunso en la peli del Metro.

–¡Pero qué huachafa!

Entran de tres en cuatro en cinco en grupo.

–Vieras te cuento quiso meterme la mano.

Humedad nocturna, como de socavón, se deslía por el pasillo de la entrada de empleados. El señor de azul, paciente, parado en la acera de enfrente mira que te mira a las dos muchachas.

–Mira a tu tecló.

–¡Ay, hija, qué más quieres!

Entre un paso y otro, Mery toma por el brazo a Bety, la de ojos grandes y nalgas generosas, y la empuja. Mery voltea el rostro y casi casi coqueta cierra un ojo y, luego, mira fijo, desafiante, al señor de azul.

–¡Por Dios, no seas coqueta!

–¿Te importa?

Y desaparecen entre el agitado hembreo que ingresa al pasillo oscuro. Humedad como de trapo podrido se desprende de las paredes viejas descascaradas. Al fondo, la luz blanca de neón, hiriente, ilumina el largo corredor. Olor a mujereo mañanero. Invierno pegado a las piernas. Frío que se trepa por el cuerpo en cosquilleo. Residuo a cama tibia, hembra: sábana, jabón camay, perfume violeta. Café con leche, naranja, chancay con margarina, kolinos. Presurosas, femeninas, entran por el corredor de socavón charla que te charla.

«¿Por qué tienes esa cara tan triste?», me dice sin dejar de abrazarme. «No sé, así es mi cara: qué se le hace», contesto. «Nunca dejes de venir.»

Entonces le dije: «A lo mejor ya no vuelvo». «No hables así.» «Franco, a lo mejor nunca más me vuelves a ver.» Triste se me quedó mirando. «Estoy metido en un lío», le dije, y casi lloro. Cuando ya salía me puso en el bolsillo varias libras. No se las quise aceptar; pero ella es bien caprichosa: tuve que tomarlas. Al salir me besó en la boca. En la puerta, Javier conversaba con un carreta del barrio. La cola de clientes de Doris estaba bien, pero bien larga. Y no es para menos, tratándose de Doris. Javier me dijo que le prestara molido para tirarse el segundo polvo de la noche con Doris. Javier es así. Tuve que darle guía. Cuando Javier salió de donde Doris me encontró comiendo anticuchos. Luego quisimos volver al centro, pero no se pudo: todo estaba lleno con gases lacrimógenos. Sólo al amanecer pude llegar hasta aquí. Ahora sí que me voy. El Señor de los Milagros en la tarde estará entrando a La Victoria y ya nunca más, nunca más seré cobarde, nunca más, cierto, sin mentira, palabra, franco...

Miguel pagó la cerveza, se levantó las solapas, metió las manos en los bolsillos y cayéndose de sueño se encaminó hacia La Colmena.

Morado. Ácido morado sobre cielo de ceniza...

Desde el gran ventanal del dormitorio, don Manuel, con bata celeste parisina, y un vaso de gin con hielo y limón en la mano, vio a su Tito que en pantalón de baño, tendido sobre el césped, cerca de la piscina, tomaba el sol matutino; don Manuel sintió un ardiente cosquilleo en la sangre que se le agolpó en el rostro: se abría, nuevamente, esa antigua herida, húmeda y quemante, en el corazón, en su propio cuerpo. El hermoso jardín de flores exóticas, lleno de sol, llegaba casi hasta los cerros duros, pelados, agresivos contra el cielo purísimo. Le gustaba sufrir y saboreaba, lentamente, la dolorosa sensación de encontrarse rechazado: el valle angosto del Rímac atrapaba, en lo hondo, su cuerpo voluminoso, y esto, le gustaba hasta el delirio. Su residencia de Santa Inés, a treinta kilómetros de la fría y nebulosa Lima, con sol durante todo el año, era el refugio predilecto para el goce y sufrimiento de su cuerpo: toda su loca juventud se había revolcado con muchachos en la Glorieta China, escondida entre venerables pinos; y de los arcos de su Nido Sevillano, entre olivos y naranjos, colgaba aún, fresco, el recuerdo de antiguos rostros adolescentes consumidos hasta el asco. Cólerico, de un solo trago, bebió el gin; caminando leve, como pisando viento, dejó el balcón y dirigióse a una cómoda de herencia familiar; sacó un largavista y, femenino, volvió al gran ventanal; apoyando los codos en el balcón se llevó el largavista a los ojos y se puso a contemplar a su Tito: no se cansaba de mirarle su pelo encrespado; su rostro limpio, quemado; sus ojos grandes, dormidos, negros; sus labios grue-

sos; su cuerpo robusto, color cáscara de huevo quemada; sus piernas largas, fuertes. Y el sol abundante doraba el cuerpo; brillante, jugaba en la axila oscura. Y pensar que apenas en enero último su Tito era un muchacho pobre, perdido, sucio, de La Victoria que tenía problemas con la policía y con su madre, que en pandilla armaba líos en cualquier cantina; que en plena calle jugaba fútbol, que en el billar era un príncipe, que como tres huachafitas casi lo mandan a la cárcel acusado de violación. Pero en menos de un año, él, don Manuel, lo había cambiado notablemente: podía muy bien pasar por su hijo si no fuera por el color quemado de su rostro, y ya todo Lima lo aceptaba. Don Manuel nunca olvidará la calurosa tarde de verano cuando encontró a su Tito. Esa tarde, huyendo de sus ocupaciones políticas, financieras y sociales, había escogido La Victoria para sus habituales cacerías: era una calurosa tarde de verano y los muchachos, en las esquinas, formaban bulliciosos y pícaros racimos. Tito se había separado de un grupo y con las manos en los bolsillos, pegado a la pared, buscando sombra, se encaminaba al cine en donde tenía que verse con su maroca: vestía pantalón americano verde claro y camisa negra. Don Manuel, en cuanto lo vio, sintió un escalofrío en la espalda y su viejo corazón comenzó a saltar desesperado; sus manos regordetas ya se le iban, en mariposa, tras de la peluca encrespada de ese sudoroso adolescente sucio de La Victoria. Ordenó al chofer que aminorara la marcha del cádillac y lo siguiera de cerca, pegado a la vereda: Juan, el chofer negro, antiguo amante de don Manuel, sonriendo, alcahuete, comenzó a tocar suavemente la bocina. Tito volteó y al ver a don Manuel se hizo el disimulado. Don Manuel, desvergonzado, desde la ventanilla le había dicho: «Por favor, ¿qué calle es ésta?». Tito, casi sin mirarlo, había contestado: «Huascarán». Y don Manuel, de inmediato, le había ofrecido un cigarro fino. Entonces, Tito, mirándolo de reojo, le aceptó el cigarro y siguió caminando. Luego, don Manuel le había preguntado: «¿Dónde vas?, te llevo». «Gracias, voy al cine.» «Sube.» Los amigos de Tito, en pandilla, comenzaron a acercarse al auto negro. Tito subió al carro y tomó asiento al lado del voluminoso y fofo don Manuel mientras se burlaba de sus amigos. El automóvil partió veloz. Don Manuel le había dicho que hacía mucho calor

para ir al cine, que mejor se irían a su casa a tomar un refresco. Tito mirando las calles que pasaban vertiginosas, le había contestado: «Como quiera». Don Manuel, nervioso, apenas si podía contener su mano gorda, mariposa, sobre la pierna de su presa. Por fin el auto entró al garaje de la casona colonial de don Manuel. Ordenó al criado, también antiguo y olvidado amante, que fuera a comprar ropa y uvas para Tito y que no se olvidara de traer algunos bocaditos del Bolívar. Tito quiso bañarse, tenía vergüenza del sudor meloso de su cuerpo sucio; pero don Manuel se lo impidió: deseaba gustar el olor plebeyo, picante, que Tito traía de los callejones de La Victoria, tal vez, de alguna de sus innumerables propiedades. Ese día caluroso de enero, después de incontables whiskys con hielo, después de haberlo paseado por la enorme casona y haberle enseñado cuadros, joyas y piezas de cerámica del antiguo Perú; después de mil promesas y varios billetes de quinientos soles, al ritmo de un rock lento, a media luz, sobre la respetable cama tan unida a la historia republicana, la princesa heredera de la corte peruana se desposó, como en los cuentos infantiles, con un humilde muchacho de barrio.

Luego sus abogados arreglaron la compra de la presa. Hablaron con la madre de Tito: la sacaron del callejón y le dieron un modesto, pero bonito departamento en uno de los tantos edificios modernos de don Manuel; le asignaron una pensión razonable para que ya no se gastara los pulmones lavando ropa. La madre de Tito nunca se cansó de darle las gracias al Señor de los Milagros por el repentino cambio de su situación: «Es un milagro del Señor», decía. Rezó mucho por el alma bondadosa de don Manuel. Su único hijo, Tito, ya tenía asegurado un brillante porvenir como empleado de confianza del famoso don Manuel. Le dijeron que por cuestiones de trabajo su hijo tendría que ir a vivir en casa de don Manuel. «Mejor –dijo la madre– antes de tenerlo de vago por el barrio y con malas juntas.»

Como en las películas, al comienzo, todo fue color de rosa; pero, poco a poco, Tito fue comprendiendo que don Manuel lo usaba como un jabón, como un whisky: entonces, comenzó a odiarlo. Ya no quiso nada con él: lo rechazaba con asco. Don Manuel, acostumbrado a to-

mar y a dejar lo que le viniera en gana, al sentir la resistencia de ese zambito engréido, entró en cólera: quiso botarlo de su casa sin ropa, sin plata; pensó ordenar a sus abogados que le quitaran, de inmediato, el departamento y le suspendieran, al instante, la pensión a la madre del malagradecido. Pero su voluminoso cuerpo ansiaba, necesitaba, el reposo y la delicia que le brindaba la limpia y fresca juventud de su Tito. Si había derrocado presidentes de la República, lo de menos sería quebrar la voluntad de su indispensable Tito. Para ayer había planeado, cuidadoso, una emotiva y lacrimosa reconciliación; sin embargo, pese a su manifiesta y buena voluntad, Tito tuvo la audacia, sin límites, de burlarse de él en presencia de sus íntimos. Un día antes, en la tarde, don Manuel, en el directorio de su Banco, había convocado a sus secretarios de confianza: ahí estaban rodeando el pesado escritorio de metal oscuro el secretario de asuntos políticos, el de finanzas, el de relaciones públicas, el de asuntos laborales y el de problemas privados, escuchando, con temerosa atención, un poco inclinados, a don Manuel que de pie, erguido, con la mano gorda apoyada con energía sobre el escritorio, la redonda y calva cabeza tirada hacia atrás y las caderas quietas, reposadas, anunciaba con temblorosa y solemne voz de efeméride patria que: —Todos los compromisos quedan cancelados. Estoy agotado, necesito urgentemente tomarme unas vacaciones siquiera por un día, que nadie me moleste. Sus palabras causaron gran confusión. El secretario de asuntos políticos le alcanzó un memorándum. Don Manuel a vuela vista se enteró del contenido. —Que revienten —dijo don Manuel golpeando con el puño el escritorio; luego, dirigiéndose a su secretario político—: Conteste a la secretaría de la presidencia que me encuentro fuera de Lima y que es materialmente imposible ubicarme. Pueden retirarse. Usted, espere un momento, por favor. Los secretarios abandonaron el directorio. El secretario de asuntos políticos se quedó arrimado a un sillón. —Cite, en forma confidencial, para pasado mañana a las once a los invitados de Ancón. Mañana estaré en Santa Inés, téngame al tanto de los disturbios callejeros, puede echarme un telefonazo cada media hora.

Ayer, por la mañana, sus íntimos, viejos femeninos, llegaron con sus

jóvenes amantes al hermoso refugio de Santa Inés. En el almuerzo hubo langosta, ave, uvas de invierno traídas especialmente de Ica para su Tito, goloso como ninguno, vino francés y habanos olorosos. Pero Tito estaba triste, enojado contra él mismo: miraba en silencio los cerros duros, pelados, del angosto valle del Rímac. El secretario de asuntos políticos le informó por teléfono que en los disturbios callejeros, en el Parque Universitario, habían caído muertos dos estudiantes. Don Manuel colgó el teléfono y volvió al comedor de campo. En la tarde, el incorregible Freddy, sesentón, de movimientos de gacela gorda, de voz aflautada de soprano macho, dio la sorpresa: llevó a todos los íntimos con sus amantes en grupo ebrio, a galope de cadera suelta al aire, entre naranjos y olivos, al Nido Sevillano, de no se sabe dónde había sacado a cinco muchachos esbeltos que entre risas y manoteos, al compás de un twist, hicieron una grotesca parodia de estriptís. Tito, aprovechando el jolgorio neutro, se fue: se lo buscó por todos los rincones sospechosos de sombra y no se lo encontró; ya de noche, con la diligente dirección de Pepito, viejo canoso, cuerpo de lagartija, se organizaron partidas de caza mayor para el safari de Tito; en expedición bulliciosa de bocinas «peinaron» Chosica, Chaclacayo, Huampaní; pero nadie lo encontró: el río, la noche, los cerros se lo habían tragado. Ya de vuelta a Santa Inés, don Manuel, borracho, histérico, furioso, mandó a degollar, en su presencia, cinco palomas de castilla; se cubrió el rostro con sangre de paloma y, cayéndose de ebrio, gritando, rasgándose la camisa, rompiendo lámparas y floreros, se encerró en su alcoba. Mandó al demonio a su secretario de asuntos políticos que por teléfono le informaba de muertos, heridos, ómnibus y autos quemados en pleno centro de Lima. Freddy, preocupado, preocupadísimo, tuvo que sacrificarse esa noche y, como presente al adolorido dueño de casa, le envió a su alcoba a su robusto Antonio. Y ahora, muy de mañana, su Tito, como si nada hubiera hecho, estaba, tranquilo, tomando, robándole el sol a don Manuel, en su jardín, sobre su césped, cerca de su piscina. Colérico, espantó a las palomas y, enérgico, con voz temblorosa de tragedia griega, llamó al criado y le ordenó que dijera a Tito que subiera inmediatamente que él, don Manuel, lo mandaba llamar. Sí, sí, que subiera así como estaba, en ropa de baño.

9:15 a.m. _____

Del Jirón de la Unión al Palacio de Justicia

Don Lucho Colmenares, después de abandonar los «Establecimientos Multiprix», se incorpora al tráfico multicolor del Jirón de la Unión. Sus zapatos marrones, un poco viejos, pero bien lustrados, brillantes, resbalan sobre la vereda de cemento mojado de lluvia. La manga del saco, tela de araña, roza con los automóviles que pasan, en columna, lentos, pegados a la calzada. Don Lucho con su terno café, ancho, caído en los hombros, de solapas cruzadas, grandes, se abre camino por entre un grupo de muchachos de bluyín y casacas negras y rojas que, con las manos en los bolsillos, piropean a las jóvenes que pasan. Hay frío. Olor a asfalto mojado. En el semáforo se prende la luz verde. El cielo nublado. Nublado. Mañanero. Invierno. Por en medio de la calle, un ómnibus de Cocharcas se aleja, inclinado, entre nube espesa de humo de petróleo. Don Lucho, apresurado, saca el pañuelo y se cubre las narices y la boca. Cruza la calle. Guarda el pañuelo. Se mira la punta de los zapatos manchados de barro. Mueve la cabeza. Vitrina reluciente en blanca luz de neón: confites, chocolates en papeles de colores, turrón de Doña Pepa, frutas confitadas, licores finos, transparentes, en amarillo, en verde, en naranja. «Chicleschiclés», grita un niño en el rumor mañanero del Jirón de la Unión. Don Lucho pregunta: «¿Fruta?». «Tome, jefe.» Paga y sigue su marcha. Una señorita, con mantilla blanca y hábito morado, avanza, con sus senos airosos, por entre la gente que va y viene. Don Lucho se saca los anteojos de montura de metal, los limpia, rápido, con el pañuelo, se los vuelve a poner y voltea el rostro, sin dejar de caminar. Agua

de flores con incienso. Aroma hembra matutino. La mantilla blanca y el hábito morado, ajustado en nalgas movedizas, se pierden entre vendedores de lotería, mercachifles ambulantes y peatones apurados que colman la vereda. Camisas, corbatas, pantalones, casacas de invierno, elegantes, americanos, se exhiben, primorosos, en alegres vitrinas. Don Lucho se arregla el nudo de su corbata ploma. Se acomoda también, sin dejar de caminar, el cuello de la camisa, con remiendo, pero limpia. Don Lucho pone El Comercio debajo del brazo y saca del bolsillo un papel, lo desdobra y, sin aminorar la marcha, lo va leyendo con atención. Tropezó con un muchacho ciego que le grita, fuerte, en la cara: «paroylade-limicayaooo». Don Lucho, bajando de la vereda, dice: «Perdón». Un automóvil resbala en el asfalto mojado de garúa. Suena la bocina. Cerca de su bien holgado pantalón café el parachoques de un auto verde. Un rostro moreno sale, violento, por la ventanilla del auto. Ojos achinados se abren desmesuradamente. Desde una boca, desdentada, que se abre y se cierra, salen gritos. Y manos morenas con palmas rosadas se agitan, airadas, en el rostro mismo de don Lucho. Suenan, atolondradas, todas las bocinas. Se van agrupando curiosos. Don Lucho dice: «Perdón, disculpe». Sube a la acera y continúa su marcha. Guarda el papel. Saca el pañuelo y se limpia el sudor de las manos. Don Lucho, esquivando y pasando a peatones apurados, avanza, también, apurado por la estrecha acera del Jirón de la Unión. Olor insípido, gris, de mañana fría, urbanísima. En la esquina de la plaza San Martín un grupo de gente impide el tránsito de vehículos. Don Lucho cruza la calle y se detiene en el grupo. «Son del portaaviones», dice un niño roto y se queda, con el dedo en la nariz, mirando a cinco marineros yanquis. «En la madrugada llegó», dice un joven. Todos miran las insignias multicolores de los uniformes azules. «Es bien alto como el Ministerio de Educación», comenta un muchacho lustrabotas. «¡Pero qué regios!», suspira, calladamente, una muchacha mirando los ojos verdes y azules de los marineros. «Como los tombos de aquí no pueden con los agitadores dicen que han venido a ayudarlos», dice un joven. Todos sonríen. Un muchacho, en mangas de camisa, mascando chicle, habla inglés con los marineros yanquis. Don Lucho se aleja del grupo y cruza hacia la plaza San Martín.

Y Bety se quedó con el dedo entre los labios, pensativa.

-¿Qué tienes? -pregunta Gladis abriendo la caja registradora.

-Nada. Mi papi, es la casa, hija.

Se enciende el tintinear metálico. Por los altoparlantes sale un ritmo tonto de música americana en conserva. Gladis llevando con la cabeza, maquinal, el ritmo, dice:

-Ya. ¿Y ahora, qué hacen?

-No sé, no sé, hija -contesta Bety arreglando una caja de calcetines. La mercadería «Para Caballeros» se amontona encima del mostrador.

-Miguel es un vago, él debe buscar casa, toda la vida se la pasa emborrachándose -dice Bety mientras guarda la caja de calcetines.

-Tú que lo aguantas, hija -comenta Gladis arreglándose el cabello.

-Pero si tú no te imaginas todo lo que hago.

Vocerío en sordina, moscardón, de clientela que hormiguea por los amplios «Establecimientos Multiprix». Único día de rebaja, se regala la mercadería a manos llenas.

-Te vienes a vivir conmigo y se acabó.

-No sé qué me daría dejar así no más mi casa -dice Bety y con una sonrisa en los labios atiende a un señor que va en busca de corbatas.

-Pero qué tonta eres -habla Gladis mientras enseña camisas a un joven.

Señoras con cajas vacías de crema dental en la mano se apretujan en el fondo de los «Establecimientos Multiprix».

Verde gris, brillante: los árboles. Cristalino. Resplandor mojado, en negro: el asfalto; en colores: autos y avisos comerciales. Plaza San Martín: ploma, luminosa, como bomba de jabón. Aire maloliente a pescado podrido. Y don Lucho sigue su marcha. Tres niños lustrabotas lo rodean, lo siguen, le impiden el paso, «lustrolustro, espejo». Don Lucho mira sus zapatos marrones sucios de barro. Se detiene. Los tres niños harapientos se lanzan sobre sus zapatos. Pelean. Se revuelcan en el suelo mojado, sucio, de garúa. Don Lucho separa, de la pelea, al más niño. Lo lleva

aparte. Los otros niños, de inmediato, dejan de pelear. Recogen sus cajones y se van, a la carrera, detrás de un señor. Don Lucho pone el pie izquierdo sobre un cajón de madera. El niño se sienta en el suelo. Saca del cajoncito escobillas, latas, trapos. Sus manos negrasmarrones, afañosas, se mueven sobre el zapato. «Me dieron aquí, aquí», y señala su vientre. Don Lucho se saca los anteojos de montura de metal, los limpia con el pañuelo. Se los vuelve a colocar. Levanta el rostro: 9:28 en foquitos amarillos sobre edificio gris de cemento. Aviso: «Banco Comercial del Perú al servicio del país». El cielo nublado. Ceniza. Y San Martín, gris verdoso, sobre su caballo brillante de lluvia tenue, fina. Don Lucho da cuerda a su reloj pulsera. Desdobla *El Comercio*: «Disturbios de ayer dejan más de cien heridos y cuatro muertos», «Presidente anuncia nuevo gabinete», «EE. UU. envía cohetes a Vietnam», «Campesinos de Puno se alimentan con tierra. Hambruna en el sur», «Invaden hacienda en el Cuzco». Don Lucho abre el periódico y lee, atento, la página de avisos económicos. Dobla *El Comercio*. Saca un sol de la secreta y se lo alcanza al niño lustrabotas. Don Lucho sigue su marcha. Un joven se coloca frente a él con una cámara fotográfica. Don Lucho con leve movimiento del brazo le dice: «No». Los autos, en columnas apretadas, entran y salen, en ronda, a las pistas brillantes, mojadas, de la plaza San Martín. Don Lucho se ve rodeado por una señora andrajoosa y cuatro niños flacos: «unalimosnita porfavor». Don Lucho saca de la secreta cincuenta centavos y se los alcanza a la señora. Gente apresurada va y viene por el centro de la plaza. Una chiquilla se prende del brazo de don Lucho y trata de detenerlo: «paroy paroy». Don Lucho, agitando el brazo, la rechaza. La chiquilla, tras de él, vuelve a prenderse del brazo: «unmillón paroy». Don Lucho, molesto, mueve, fuerte, el brazo. De reojo ve el número de la lotería ofrecida. La muchacha lo deja y corre tras de una señora. Don Lucho ve venir, hacia él, casi a la carrera, a muchachos y mujeres con cajas, canastas y atados. Don Lucho se hace a un lado. Por detrás del tropel un policía municipal gordo, agitado, con un pito en la boca, viene a paso ligero. Don Lucho, sin dejar de caminar, voltea la cabeza a la izquierda: un pianito ambulante desenvuelve las notas saltarinas y claras de una polka antigua. Un cua-

dro grande, amarillento, adorna el pianito: señorita de ojos grandes besa, ingenua, un clavel. Cuadro de peluquería. Adorno de billar. Pequeña postal. Carta de amor. Polka de pianola. Polka de monito. Y el monito con pantalón verde, chaleco rojo y sombrero de paja, salta al compás de la polka. Un hombre de pequeña estatura, con gruesa chaquina al cuello, encorvado, mueve la manija. Y la polka se desenvuelve en notas saltarinas. Don Lucho deja atrás al monito. Mira su reloj pulsera. Un grupo numeroso rodea a tres marineros yanquis. Los yanquis ríen y hablan fuerte, a gritos. Dos niños lustrabotas pálidos, rotos, subidos a las gradas del monumento a San Martín, se dejan fotografiar: «dólar, míster, míster», gritan. Don Lucho pasa de largo. Más allá, un grupo de morenos con hábito morado, también, posan serios, dignos, para las cámaras yanquis. Más allá, un indígena con los cabellos y las barbas crecidas, tirado en el suelo, rodeado de perros samosos, estira la mano a don Lucho. Semáforo verde. La gente se alinea en el borde mismo de la calzada. Los autos en columna de a tres pasan lentos. Interminables. Semáforo rojo. El cielo cruzado de alambres y avisos comerciales sigue gris. Sucio. Ceniza. La gente agitada se vuelca a la calle. Don Lucho esquiva a peatones apurados.

—¡Pero qué tonta!, ¿crees que Coqui quiere algo serio contigo? —dice Gladis.

En el fondo de los «Establecimientos» el tumulto de señoras con cajas de crema dental continúa.

—Coqui me quiere, me adora, tú no te imaginas.

Tres señoras gordas, dando de codazos, salen del tumulto. Cada una de ellas levanta en el aire, como bandera, lavadores de plástico.

—No fundas: sólo eres un pasatiempo para Coqui.

Las señoras se apretujan, gritan, se ahogan.

—Si mañana va a la casa a pedir mi mano —contesta Bety mientras envuelve un juego de ropa interior.

—Truco, truco —comenta Gladis y da el vuelto a un cliente.

—No, no, no puede hacer eso —dice Bety pensativa y se queda con la mirada fija en el aire, sin pestañear.

Una voz aflautada, por el altoparlante, anuncia la oferta de la mañana en homenaje al Señor de los Milagros.

–En la tarde vendrá a buscarme para ir a la procesión –habla Bety bajando los párpados.

–No ves, hijita, no me dijiste que él te dijo que después de la proce quería que fueras a su departamento.

Bety levantando los párpados dice:

–Sí: quiere estar conmigo.

–No ves: si todo está clarito –contesta Gladis.

Los corredores de los “Establecimientos” se van llenando de gente.

–No sé qué hacer –habla Bety y atiende a una señora.

–Yo que tú, estoy con él: si después se casa, mejor; si no, de algo te servirá su plata –se arregla el cabello y levantando la cabeza dice–: no hay que ser tonta.

La Colmena: colmenar. Veredas amplias llenas de gente. Y don Lucho, casi en zigzag, se abre camino. Un fuerte empellón, en el pecho, lo lanza contra la pared. Voltea la cabeza: un muchacho con camisa azul y pantalón negro, al vuelo, a la carrera, se prende al pasamanos del tranvía que se pierde, en escandaloso ruido de fierros, por la esquina. Semicírculo de curiosos contra la pared: «...eres como una espinita...». Don Lucho se queda parado en el grupo. Entre rostros juveniles el rostro de don Lucho. «...que se me ha clavado...», canta un ciego sentado en el suelo y arrimado a la pared. El ritmo de la guaracha lo marca con unos palitos, con un tambor y una lata. Don Lucho se desprende del grupo de curiosos. Continúa su marcha. Sobre cajas y periódicos se exhiben libros y revistas. Don Lucho, sin dejar de caminar, de reojo, va mirando libros y revistas. Otro grupo de curiosos: mágico teatro de charlatán. Los autos, brillantes de garúa, van y vienen en interminables y confusas hileras por la amplia pista de La Colmena. Un muchacho de temo oscuro y chalina azul le ofrece, al oído, clandestino, murmurante: «jebesjebes». Don Lucho sigue de largo. Se saca los anteojos. Los limpia con el pañuelo. Se los vuelve a poner. Levanta la cabeza y mira la torre del Parque Universitario. El cielo sigue gris. Sucio de niebla. Frío. Olor

a pescado podrido. Ve la hora en el reloj de la torre. Luego mira su reloj pulsera: 9:43.

-Sí, claro, tienes razón, pero no sé qué me da -dice Bety y se queda con los labios casi entreabiertos.

Las empleadas de las otras secciones de los «Establecimientos» están afanosas atendiendo a los clientes.

-Ten mucho cuidado: puede clavarte un hijo y ahí sí que te fundes. Gladis y Bety casi no tienen clientes en su sección «Caballero».

-Claro, pero es que yo le he dicho que soy virgen.

-Bety, ¡por favor!, ¿eres o te haces? Coquí no es tan tonto.

-Te lo juro que sí me cree.

Sigue el tumulto y la gritería en el fondo de los «Establecimientos». Las señoras levantan en el aire lavadores de plástico.

-Mira, Coquí es un muchacho gagá de Miraflores, le falta un año para recibirse de ingeniero, por experiencia te digo que éstos son muy sa-
pos, cuídate, hazme caso.

Y Bety se quedó con el dedo entre los labios, pensativa.

De vez en cuando, de reojo, miraba a su Tito que de terno oscuro y corbata morada, sentado al lado de la ventanilla contemplaba en silencio los cerros duros, pelados que pasaban lentos, lejanos, esfumándose en la niebla. Sus manos regordetas se prendían fuertes al timón. Por debajo del auto guinda, deportivo, iba desapareciendo rauda la autopista de Chosica: ya su padre ministro, banquero, industrial y casi presidente de la República le había dicho que la única manera de gobernar a este pueblo de zambos, indios y cholos era la fuerza: hambre, cárcel y bala, pero dosificados con inteligencia y tacto para mantener tranquila a la plebe. Un solo grito y la amenaza seria, irreductible, de quitarle todo, todo, todo, sin contemplaciones de ninguna especie, y hasta, si las circunstancias lo aconsejaban, mandarlo a la cárcel acusado de robo, habían doblegado la salvaje resistencia, la enloquecedora rebeldía de su Tito. El sol pálido se diluía poco a poco entre la niebla que como un río lechoso avanzaba de Lima: para sus ilustres antepasados todo había sido fácil, glorioso: ahí, en los grandes salones de su casa colonial del centro de Lima, estaban los venerables retratos del compañero de Pizarro, del erudito cortesano del virrey, del santo misionero de la Colonia, del preclaro tribuno de la Independencia, padre y fundador de la patria, del ínclito y valeroso militar de la República, del ejemplar héroe de la infausta guerra con Chile, del brillante hombre de letras, poeta, académico y connotado publicista, del talentoso embajador, del hábil hombre de finanzas: ahí estaban se-

rios con patillas, barbas, medallas y bandas bicolor: para ellos el Perú fue una gran hacienda de siervos sumisos, tranquilos, formados en los nobles principios cristianos y católicos, fuente, semilla de la familia peruana. En torbellino pasaban rápido en hilera interminable postes, autos, camiones, fábricas y sembríos de algodón: pero ahora todo se ponía difícil: los cholos se organizaban en sindicatos, los indios invadían grandes haciendas, los estudiantes que antes sólo se dedicaban a gritar en las plazas, ahora asaltaban bancos para financiar la revolución y entraban armados al país: Cuba los arma. Los empleados de sus bancos todo el año se dedicaban a organizar huelgas. Los agrarios impudicamente se aliaban a los americanos y desde el gobierno los ayudaban a quebrar sus bancos, sus industrias: éste era el pago que le daban, a él, a don Manuel que había puesto al servicio del país todo su capital. Y el Presidente débil, temeroso de dar la lucha a fondo contra el comunismo, de detener los apetitos de las grandes empresas americanas y de botar de su gobierno a los agrarios. Por eso, él, don Manuel, en nombre de las grandes familias del Perú, guardianas y herederas de la tradición patria, y en nombre de las progresistas fuerzas nacionales que tratan de industrializar el país, había preparado minuciosamente la crisis del actual gabinete ministerial dominado por los agrarios. Su retiro a Santa Inés, además de lograr la reconciliación con su Tito, había sido el resultado de una inteligente táctica política: a no dudarlo, ayer, todo Lima lo habría estado buscando para pedirle su intervención a fin de poner coto a los desmanes callejeros que ya costaban a la nación varios muertos; hoy tendría carta blanca para la nominación del nuevo gabinete formado por hombres nacionalistas, valientes, audaces, decididos, que por la fuerza pusieran orden en toda la República, que mandaran al Sepa a todos los comunistas, que desalojaran a punta de bayoneta y bala a los indios que habían invadido haciendas y luego con el poder en las manos exigir al Parlamento que aprobara la ley de promoción de industrias, que liberaran de impuestos a los productos manufacturados en el país para evitar la competencia de los productos extranjeros y así, después de haber aprovechado los sentimientos nacionalistas, entrar con poder, poniendo

condiciones, a los grandes consorcios americanos. Tito sacó un cigarro y mirando los cerros duros, pelados, comenzó a fumar. No era conveniente, dados estos tiempos de revuelta, exponerse a la plebe: era una lástima el no poder ser presidente, para eso estaban los militares ambiciosos, los insatisfechos profesionales de clase media, los hambrientos dirigentes sindicales, prestos a la componenda: ellos salían al frente de la plebe a recibir aplausos e injurias, ellos defendían hasta con su sangre el orden y la estabilidad, clima propicio para el progreso económico de su gran familia y allegados. Vitarte con sus casas proletarias de adobe pintadas con cal apareció entre la niebla espesa. Un niño sucio y roto cruzó a la carrera por delante del carro guinda, deportivo; más allá se alcanzó a ver el rostro asustado de una mujer desgredada que gritaba. Son como animales: inconscientes al peligro, pensó don Manuel.

El auto deportivo veloz cortaba la niebla con sus faros amarillos. Tenía que llegar temprano a su cuartel general; luego a medio día estaría en su casa colonial del centro de Lima: allí, en compañía de su esposa, de su hijo Toño, de amigos y de íntimos, desde los balcones de madera negra tallada vería pasar la procesión del Señor de los Milagros: era una hermosa y conmovedora tradición familiar, había la necesidad de mantenerla, era necesario que la plebe, desde el tumulto maloliente que avanza en riada morada, viera la unión y concordia de la familia más cristiana y decente de toda la historia patria. Claro que le mortificaba enormemente, hasta el asco, el tener que soportar a la zorra histérica de su esposa que de seguro iría acompañada de su amante de turno, generalmente un italiano o español aventurero, o a lo mejor llevaba a un cubano exiliado: estaba de moda, ese Fidel tiene la culpa de todo; pero él, don Manuel, llevaría a su Tito para rabia de su ninfómana consorte. Toño, su hijo carnal, estaría rodeado de coquetas y desvergonzadas gatitas, seguido de cachorros pálidos, rubios, atléticos. Todo estaría preparado: cocteles, piqueo criollo, licor. Luego ocuparían los balcones adornados con mantillas y mantones y a la mano tendrían flores para echar al Señor. Ya en la tarde, como el año pasado, antepasado, y siempre, su histérica zorra se quedaría sola pa-

ra revolcarse con su amante en la histórica cama donde se habían engendrado gloriosos guerreros, padres de la patria, héroes, embajadores, financistas y en donde don Manuel innumerables veces se había desposado entre sábanas de olán con hermosos donceles pobres. El auto guinda, deportivo, se acercaba a Lima. De reojo volvió a mirar a su Tito: ya nunca más volvería a rebelarse, lo había domado y hoy dominaría, también, a este pueblo de zambos, indios y cholos y pondría condiciones a los americanos para entrar en sociedad con ellos: sintió que toda la sangre de los señores que habían mandado en este país llamado Perú llegaba, en ríos, a través de la historia, hasta sus venas: apretó fuerte el timón con el temple del fundador de su familia, aquel aventurero que en la Isla del Gallo escogió el oro; miró a su Tito con la dulzura hipócrita del misionero segundón de su rancia prosapia; volvió el rostro en ademán femenino y decadente de aquel antepasado que trajinó por la corte del virrey; levantó la cabeza gorda, calva, con la energía de tribuno bolivariano; sonrió con la maña y astucia de su abuelo militar y ladrón de la República: innumerables casuchas de adobe, calamina y cartón, color tierra, trepaban apiñadas por todos los cerros de la entrada de Lima, niños pálidos se revolcaban con chanchos en basurales. Don Manuel, voluminoso, fofo, puso el brazo derecho sobre el hombro de su Tito y feliz, dichoso, se sintió la Patria.

Levantó el rostro. Sus anteojos de montura de metal, nuevamente, empañados. Surcos en la frente pálida, terrosa. Pequeño corte en la mejilla ajada, vieja. Dentadura cascada, amarillenta, entrevista en labios secos. Cuello flaco emerge, flácido, de camisa blanca, lavada, viejita. Terno lustroso, tela de araña, con hombros caídos. Pantalón holgado, raya bien asentada. Zapatos marrones con lustre. Se quitó los lentes: ojos pequeños, cansados, dormidos como de niño. Limpió las lunas: manos finas, blancas, con callo en el dedo índice. Se puso los anteojos. En las lunas brillantes se reflejó, hacia adentro, en líneas curvas, el Paseo de la República con sus jardines verdes grisáceos de neblina. Autos, ómnibus y tranvías, alocados, en tumulto, redondel sin fin, ceñían, de-

esperados, la ciudad. Aroma azul de gasolina con asfalto mojado, más penetrante olor a pescado podrido. Don Lucho con *El Comercio* enrollado en la mano mira el enorme Palacio de Justicia: aves de rapiña adoman sus columnas de cemento gris sucio, sucio.

10:12 a.m.

Departamento letra D

(domicilio de la familia Colmenares)

La cebolla y la ternura escandalosa de «El derecho de nacer» arrancan lágrimas a doña María que, con su bata de entrecasa, floreada, va, diligente, de la cocina al comedor, del comedor al baño, a echar una miradita a la ropa que se lava sola en «ace» (así y así dicen por la radio) y, nuevamente, a la cocina. La voz pastosa, melodramática, de don Rafael del Junco sigue a doña María en sus quehaceres de mañana tarde. Olor a pescado, a flor marchita, a jabón de ropa, a cirio encendido, a pared húmeda, a turrón canela, a sahumero, a sábana tendida, a polvo de piso con agua, a kerosén, a fría mañana nublada: aroma casero de familia. Corta cebolla para pescado frito y Albertito Limonta, romántico, triste, galán, llora al no saber quién es su madre, y las mejillas pálidas, un poco arrugadas, de doña María se humedecen de lágrimas. Saca el pañuelo del bolsillo de la bata: y el resfriado todo el santo invierno; en verano también, pero poco: es la humedad de la casa, paredes de quincha y el aire de puerta a ventana a puerta. La pared lisa, grande, del edificio vecino, en verano, quita el sol; en invierno, el aire se arremolina en ella y, frío, traicionero, golpea y se cuele con furia por las ventanas del dormitorio, de la cocina. Se lava las manos ajadas, cortadas; restrega, fuerte, con sapolio y esponja: la cebolla queda feo en las manos. Destapa una olla y echa sal y una pizca de pimienta. Un pelo canoso, largo, se pega a la tapa; lo retira con fastidio; se arregla la cabellera gris, como quemada; saca del mandil un gancho y se lo pone en la cabeza. Corta el pescado: si no fuera porque la señora del pes-

cado da fiado hasta fin de mes, hoy, nuevamente, sólo habría panamito con arroz; carne, ni pensarlo, sólo en domingo: ¡y esto! Vuelve a lavarse las manos, ligeramente. Sale de la cocina: el comedor pequeño. Sin ser muy gorda, doña María tiene que pasar, de costado, entre las sillas de la mesa y la pared, al baño. Ahí mismo, cerca del aparador, la puerta del baño apenas si se puede abrir. Siempre el baño con la bomba rota: está oxidada, inútil, vieja, desde hace más de un año: el dueño no gasta ni un solo centavo en la casa: ¿para qué?, si la finca ya se viene abajo, ya la vendió, la demolerán y construirán un gran edificio, como el de al lado, de cemento, siete pisos, la primera planta para tiendas elegantes, con oficinas, con departamentos con plaquet y clóset para gente decente, limpia, cumplida en el pago de alquileres: honrada, solvente; ustedes sólo traen dolores de cabeza y no vale la pena por la miseria que pagan. En una batea de plástico verde la ropa, en espuma blanca con bombitas azules, se lava sola: mentira: hay que refregar hasta con jabón de pepa. Mete las manos en la espuma y revuelve la ropa; luego, en la bata floreada se seca las manos de espuma. Estornuda. Estornuda. Ya no hay tiempo, la mañana se pasa volando. Y todavía hay que planchar el hábito para la procesión y barrer y hacer las camas y lavar y cocinar. Sale del baño, cierra la puerta: es peligrosa una corriente de aire, puede venir el asma al más pequeño descuido, gripes mal cuidadas en invierno, sobre todo. El locutor anuncia, con voz conmovida, un nuevo capítulo para mañana del radioteatro del más humano de todos los escritores por una gentil cortesía de «ace, ace lavando y yo descansando». Doña María, de costado, entre las sillas y la pared, vuelve a cruzar el comedor. Estornuda que estornuda, entra al dormitorio de los chicos: olor a ropa sucia, húmeda, guardada; a perfume barato, Bety; a cigarro Inca, sueño sudoroso, cerveza, Miguel; a chocolate con zapato viejo, Carlos; a cama deshecha: hay que ventilarla: abre la ventana: frente, casi a la mano, se levanta el horrible paredón amarillo del edificio vecino. Miguel acostado, sin despertar, se cubre la cabeza con la almohada. Las paredes empapeladas de amarillo, viejo, quemado, exhiben fotografías de artistas, recortes coloridos de revistas, banderines deportivos, estampas de

San Martín de Porras y del Señor de los Milagros: Virgencita del Socorro, ¡hasta cuándo Miguel llevará mala vida!, ya me he cansado de decirle a su papá que le hable, que le haga ver lo malo que hace, pero nada: antes eran los vagos de la esquina, ahora, me han dicho que hasta tiene amigos comunistas y tanto que le digo «no te metas, no vas a ganar nada con meterte en política», ¡válgame Dios!, se ha vuelto un descreído: seguro, por él, el Señor nos castiga. Dos camas, un velador, una mesita con cuadernos y libros, y apenas si hay espacio para trajar: los chicos ya están grandes y no conviene que sigan durmiendo juntos en la misma cama y, sobre todo, en el mismo cuarto con su hermana que ya es señorita. Poniéndose de puntas retira de encima del ropero una maleta; Miguel se da vuelta entre las frazadas, la almohada cae al suelo, con la sábana se tapa la cabeza, y sigue durmiendo. Doña María coloca la maleta sobre la otra cama; saca un hábito morado; lo desdobra, lo sacude; abre el ropero y, agachándose, saca del último cajón un cordón blanco: Señor de los Milagros, tienes que darnos una casita, no puedes olvidarte de nosotros, este barrio es un infierno: Carlitos ya está perdiéndose, los vagos de la esquina no me lo dejan tranquilo, no lo dejan estudiar, le enseñan malas costumbres. Señor, sácanos de este barrio. Bety ya está señorita y necesita tener otra clase de relaciones: ¡ayúdanos!, que Lucho consiga casa en un barrio decente: un solo milagro, Señor. Con el hábito y el cordón en la mano cruza la habitación y entra a su dormitorio: cueva triste, oscura, sin ventanas: aroma a incienso, a sahumerio, a flor marchita, a vela prendida, mezclado con agrio olor a ropa usada, muy usada, casi sucia. Prende la luz; estornuda: ojalá que no sea nada grave, que si me da la gripe: mejor no. Una cama de dos plazas, vieja, de madera; veladorcito café, rajado; en el rincón, cajas unas sobre otras, ahí se guardan las cosas de la casa, tan queridas por doña María; en la pared una repisa dorada, sobre ella, un cuadro con marco plateado del Señor de los Milagros, flores y una vela encendida. Más abajo, fotografías en la pared de papel rosado. Doña María deja el hábito morado y el cordón blanco sobre la cama. Inclinandose, con dificultad, saca del velador un cirio; al levantarse ve la hora en el reloj despertador; poniéndose de

puntas, coloca el cirio en el candelabro de la repisa; luego saca fósforos del bolsillo de su bata floreada y enciende el cirio: se agita una llama dorada azul. Desde el radio del comedor llega el ritmo tropical de «La pollera colorada», se persigna y reza un padrenuestro...

Se frotó los ojos entrecerrados aún por el sueño pesado que se desvanecía lentamente: (había estado corriendo casi en el aire, como volando, por una calle angosta) y encogió el cuerpo bajo las frazadas tibias; por la ventana se deslizaba el ruido de vehículos que transitaban por la avenida Venezuela.

–Como todoz loz añoz mañana ez día de azueto –anuncia el hermano director– azueto para que marchen a la prozeziòn–.

Todos los alumnos del colegio Marista, formados por secciones en el patio principal, aplauden. «Si descubro al que le puso el apodo de Pancita le pongo veinte en conducta: este cura es una panza envuelta en sotana negra.» Luego los alumnos de secundaria, mientras salen los de primaria, pisan, como caballos, el cemento mojado de garúa. Nosotros, los profesores civiles, nos frotamos las manos por el frío y sobre todo de júbilo por tener un día libre.

–A las nueve en el Ton Kin Sen –dice Pulga dándome una palmada en el hombro–, no dejes de ir –recomienda, serio, y se va a dar alcance al hermano director.

–Sin falta –contesto mientras hago salir en orden a los alumnos de mi sección.

–A las nueve –me grita Felipe desde una de las ventanillas del ómnibus del colegio que dobla por la esquina.

–Ya, chau –le contesto levantando la mano. En ese momento sien-

to un puñete leve en la cintura, volteo y me encuentro con Rodríguez.

–Cholito, ya sabes, no dejes de ir –me dice echándose aliento a las manos–, vaestar como la pitrimitri –y se va rápido a dictar su clase particular de matemática al alumno Riso.

Botó la almohada y abrió los ojos; la cortina roja de la ventana apenas si dejaba pasar la luz gris de la mañana; extendiendo el brazo prendió el radio del velador. Las Cuatro Estaciones de Vivaldi acalló el ruido de los vehículos; se cubrió la cabeza con las frazadas y cerró los ojos.

Fue un poco difícil llegar hasta el Ton Kin Sen. Casi todo el centro de Lima estaba con guardia de asalto y aún se elevaban columnas de humo de los ómnibus quemados, había un picante y molesto olor a gases lacrimógenos. Pero en la calle Capón todo está tranquilo: los multicolores avisos de feria china, los automóviles en fila y la gente entrando y saliendo de los chifas. En la puerta del Ton Kin Sen me encuentro con Pulga. Está totalmente desconocido: bien peinado a la gomina, con terno gris, nuevo, y con chaleco, corbata amarilla y pipa en la boca: parece un enano de circo. En el colegio siempre lo he visto con un terno café roído y desteñido, sin corbata y fumando Inca.

–Ya son las nueve y nadie viene –me dice mirando su reloj pulsera–, así no se hace patria –añade, colérico.

–No es para tanto –le contesto–, todo el centro está lleno de policías.

–No creas, todos los años pasa igual –sin dejar de morder la pipa, continúa–: el año pasado se presentaron a las diez y ya no hubo tiempo para nada.

–Te invito un trago para el frío.

–Listo –y entramos al chifa. Abí, parados frente al mostrador, Pulga pide dos piscos dobles. Más allá, cerca de un enorme espejo, hay un grupo, parecen empleados públicos, hablan y ríen. Pulga desabotona, ceremonioso, su saco nuevo y extrae del bolsillo interior una cajetilla de chéster. Me invita.

–Gracias –y tomo un cigarro. Solícito, saca un encendedor.

-Me lo regaló mi pata Fernández.

-¿Cuál de los Fernández? -boto el humo.

-El de quinto, ese que es hijo del dueño de Automotores Inca -me alcanza el encendedor-, míralo, es bien bacán, el otro Fernández, el que está en tu sección, es un calato -le devuelvo el encendedor-. Yo no sé cómo está en un colegio tan caro.

-Creo que es becario -informo-. Salud -y nos echamos a la garganta el pisco doble.

Rodríguez se acerca despacito por detrás de Pulga y le pone las manos sobre los ojos.

-¿Quién soy? -pregunta con voz de niña engreída.

-El hijo de la tonta buevona -grita Pulga. Los que parecen empleados públicos ingresan por el pasillo y, uno a uno, desaparecen en un apartado. Rodríguez le quita las manos de los ojos y poniéndose frente a Pulga comienza a burlarse del chaleco y de la pipa. Entra Felipe, está bien afeitado y con terno dominguero.

-¿Y los otros? -pregunta tomándome del brazo.

-Ya no tardan -contesto-, ¿un pisquito? -le ofrezco.

-A mi juego me llaman, patita -dice aplaudiendo.

-Siempre llegas tarde -le incrimina Pulga mirando su reloj pulsera.

-Pulga, te felicito por tu disfraz -y lo mira de pies a cabeza. Llega el doctor De la Colina, profesor de educación cívica e historia, abogado, exalumno del colegio, mano derecha del hermano director, resolutor de problemas en el Ministerio de Educación; como siempre, está elegantemente vestido. Saluda dando la mano.

-Cómo le va, profesor.

Rodríguez, Felipe y Pulga se retiran del mostrador y rodean al doctor De la Colina.

-No veo a don Bruno -observa el doctor De la Colina.

-Como todos los años siempre llega el último -dice Pulga inclinándose levemente.

-¿Nos tomamos una ruedita de pisco? -propongo.

Todos miran al doctor De la Colina. Después de un breve silencio dice muy cortés:

-¿Qué le parece más bien, profesor, si esperamos a don Bruno y la tomamos cuando estemos en un apartado?

-Podemos dar mal aspecto en el mostrador—añota Pulga mirando de reojo al doctor De la Colina. En ese momento llega don Bruno, decano del colegio, ex profesor del doctor De la Colina. Pulga se aparta del grupo y, confianzudo, tomándolo del codo lo acerca al ruedo. Una mujer rubia sale del brazo de un hombre gordo que va eructando.

Terminó las Cuatro Estaciones y comenzó la propaganda. Sacó el brazo de las frazadas y apagó el receptor, echándose de costado, extendió las piernas.

Todo el personal civil del colegio Marista estamos sentados en torno de una mesa redonda con mantel blanco. Pulga, consultando el menú, escribe en una servilleta de papel los platos que se van a pedir. Un mozo trae cerveza y vasos. Se abre la puerta del apartado y aparece un jorobado con una máquina fotográfica.

-Más luego—le dice Felipe. El jorobado sale del apartado. Se escucha un vals criollo. El doctor De la Colina habla sobre política moviendo atildadamente las manos, nos informa de la crisis ministerial y de la constitución del nuevo gabinete, nos dice que algo muy serio, muy grave, traman los extremistas con los disturbios callejeros de la tarde, se muestra parco, misterioso, llama a famosos políticos y hombres de finanzas por su nombre de pila, dice lo necesario, dando a entender que él está en el alto juego político del país y que no conviene por cuestión de táctica decir todo lo que sabe. Felipe lo escucha absorto y a cada instante moviendo la cabeza lo interrumpe diciendo con resignación:

-Así es la política.

Rodríguez, serio, con los codos sobre la mesa y las manos en el mentón, escucha, atentamente, al doctor De la Colina. Pulga lee en voz alta el menú, luego, dando palmadas fuertes llama al mozo. Felipe dice:

-Del Solar, el de tercero de media, me dijo ayer que su papá iba a ser ministro, quise sacarle más, pero no quiso decirme nada.

-Claro, claro, ya caigo—interrumpe Rodríguez golpeando la me-

sa-. Riso me dijo también que a su papá el gobierno lo mandaba a Europa.

-Ayer la mamá de Riso fue a hablar con el hermano director sobre traslado de matrícula -anota Pulga.

-Sí, parece que por cuestiones diplomáticas los Riso se van a Europa. Precisamente el hermano director ¡qué caray!, Pancita -y todos lo interrumpimos al doctor De la Colina con exagerada carcajada-. ¿Pero de qué se ríen?, estamos en familia, somos colegas, si todos le dicen Pancita.

Pulga sin dejar de morder la pipa está rojo de risa.

Se quitó las frazadas de encima de la cabeza y fue quedándose dormido.

Con paso firme, en bamboleo libre de caderas al viento, voluminoso, y manos de mariposa inquieta, avanzó, rápido, por el largo corredor. Iba con la cabeza erguida; apenas si miraba, de reojo, los grandes cuadros coloniales que adornaban el sobrio pasadizo. Nerviosos, agitados, importantes, lo seguían cuatro jóvenes con carteras y papeles. Se detuvo en la última puerta de la izquierda; con la mano regordeta se lustró la calva de su enorme cabeza; respiró fuerte, fuerte, y enérgico abrió la pesada puerta de madera oscura con adornos de bronce. La tarea fue cumplida en menos de un mes: fresco estaba aún el recuerdo de aquella noche cuando reunidos en su casa de Ancón, habían decretado la muerte inmediata, inmediata, del gabinete ministerial: entre whiskys y coñac, habían analizado, a conciencia, sin olvidar ninguna circunstancia por insignificante que fuere. El mismo don Manuel, sentado en un muelle sillón, con la enorme cabeza calva tirada hacia atrás, con estudiado movimiento de manos, había expuesto:

«Trataré de ser claro. Hace cosa de cuatro meses tuvimos la visita de míster Tomwson. En menos de una semana se puso en contacto con el Presidente, con ministros, con políticos, con banqueros, agrarios, industriales, en fin, con todo el mundo, bailó marinera, comió anticuchos, visitó el Cuzco y regaló muchos dólares a gente humilde, muy hábil, habilísimo. Pero míster Tomwson traía una misión especial del gobierno americano y de los intereses económicos de su familia. Míster Tomwson propuso la conveniencia de que los bancos y las indus-

trias de capital peruano ampliaran su acción económica y para esto deberían entrar en sociedad con determinados consorcios americanos. Los agrarios fueron los primeros en apoyar la propuesta de mister Tomwson, parece que recibieron el ofrecimiento formal del aumento de las cuotas de azúcar y algodón en el mercado mundial dominado por la familia Tomwson. Los banqueros y los industriales nos opusimos por cuanto las condiciones propuestas por mister Tomwson eran demasiado peligrosas. Figúrense que tuvo el descaro de proponerme el 65 por ciento de participación de capital americano contra el 35 por ciento del capital nacional en nuestros bancos y en nuestras fábricas. Como es de suponer, su oferta fue terminantemente rechazada.

«En vista de nuestra rotunda negativa tuvo una reunión secreta con el Presidente, con los agrarios, con algunos importadores y gente de confianza del régimen. Por informes confidenciales de gente amiga llegamos a saber que mister Tomwson había solicitado del Presidente una acción directa contra nosotros para obligarnos a aceptar su propuesta, había informado que el Departamento de Estado se vería obligado a restringir los créditos y la ayuda económica en caso de que el Presidente se negara a ejercer su presión política sobre nosotros. Esto asustó al gobierno, sin dólares ya no hay carreteras ni edificios: desocupación y descrédito en la opinión pública. Comenzó a ejercerse la presión y un amigo nuestro se vio obligado a vender su banco a la familia Tomwson. En este momento el gobierno nos está poniendo trabas absurdas, se ha rechazado la solicitud que presentamos para la instalación de un banco especializado, se nos ha cortado la ayuda para la ampliación de nuestras fábricas, se ha liberado de muchos impuestos a productos americanos para traer abajo los precios de nuestros productos, han emprendido, temerariamente, una campaña de desprestigio desde la prensa y desde el Parlamento y esto no lo soportamos.»

El criado aprovechó una pausa de don Manuel y anunció que la comida ya estaba servida. Abrió la pesada puerta de madera oscura con adornos de metal, y ahí, estaban en el directorio de su Banco, elegantes, perfumados, desenvueltos, en agitada charla, sus invitados de honor: el inteligente joven editorialista de su diario, el mañoso general

con lentes oscuros y corbata morada de la Hermandad del Señor de los Milagros; el industrial más poderoso del país, cara de judío color ceniza; el obeso jefe del Partido Democrático Popular; el representante de la banca; el dueño de la más nueva y floreciente industria del país; el técnico en planificación y desarrollo; el político de borrascosa aventura internacional, cuerpo de araña, y el viejo dirigente sindical vestido con tosco refinamiento inglés. Avanzó, saludando, hasta la cabecera de la mesa de tapete rojo oscuro del directorio de su Banco; femenino, señora, depositó sus amplias posaderas sobre el sillón y con gracioso gesto de vuela mariposa, invitó a que tomaran asiento. Los cuatro jóvenes secretarios, nerviosos, importantes, en rápidos y menudos pasos, se colocaron, acólitos, tras del poderoso don Manuel.

11.10 a.m.

*Gran Unidad Escolar
(aula del tercero de Media sección B)*

Sentado en la última carpeta de la fila de la ventana el Zorro se frota las manos entre las piernas. Hace frío. Por las grandes ventanas, abiertas, entra una helada corriente de aire. Bosteza. Se suspende el cuello de su casaca negra de cuero.

Se ha definido la guerra como un acto violento destinado a forzar a nuestro adversario a someterse a nuestra voluntad

El instructor lee con voz ronca (aguardiente y tabaco) la lección del manual. Más de cincuenta alumnos, en seis columnas de carpetas juntas, juntas, unas seguidas de otras, están que se mueren de sueño, de aburridos. Adelante, los sobones y chancones se hacen los atentos. Los estudiantes del fondo del aula apenas si conversan en leve susurro de moscardón.

o como el choque material de los elementos de daño y defensa de que disponen dos poderes sociales que se hallan en oposición de intereses

La voz rígida, monótona, golpea las paredes cremas del aula y se arremolina, inútil, en las orejas, a propósito sordas, de los cincuentaitantos alumnos.

jurídicamente es el estado antagónico entre naciones o poderes para la adquisición de algún derecho

Pequeño, rechoncho, porquino, lee seguido, carretilla, el manual. El Zorro se toca la curita adherida al dorso de su mano derecha; luego, mete las manos en los bolsillos: frío meloso de niebla en el cuerpo. Ocultándose detrás de Ojitos, cómodo, dormilón, felino, se recuesta en la banca. El aula tiene olor a media sucia, a tiza, a polvo. Aburrimiento húmedo, frío, con hambre: la mañana se estira, se alarga, pegajosa, en duermevela: todos, todos, están que se caen de sueño, de hambre, de hastío.

ya no se trata simplemente de imponer la propia voluntad al adversario sino de obtener cuanto antes su aniquilamiento total

Eleva la voz ronca en inflexión de efemérides. Desde el patio llegan los gritos de los de cuarto que juegan fulbito. Chaveta, pegatoda la clase, sentado en una de las últimas carpetas del aula, vecino del Zorro, cínico, sinvergüenza, acaricia el trasero de Ojitos. El Zorro lo mira de hurtadillas y sus ojos negros brillan de malicia. Ojitos, haciéndose el furioso, voltea, resentido, y da un soberbio codazo a Chaveta que lanza un gritito de dolor mientras, como adolorido, se frota suave la cara y mueve, gracioso, los ojos. El instructor para en seco la lectura: su rostro cetrino, bigotudo, aparece, furioso, por encima del manual: su mirada colérica, militar, domina el fondo del aula. Los alumnos de adelante y del centro, silenciosos, giran en sus asientos y miran, serios, el rincón del aula: el Zorro, Ojitos, Chaveta, Muchapinta, Pelucas, Quijote, Sebito bien sentados, derechos, con las manos cruzadas sobre la carpeta, santitos, sostienen tranquilos la cuartelaria mirada del instructor cara de puerco embigotado. Silencio: murmullo distante de otras secciones: voz lejana de un profesor que explica a gritos su lección; rumor sordo de abejón, de mercado; vocerío, deportivo, de los de cuarto en el patio. Y en el aula: silencio engalonado, militar. Luego, la cabeza engominada del instructor se inclina sobre el manual: los alumnos de adelante y del

centro del aula vuelven a girar sobre el asiento y miran, indolentes, la pizarra y los galones dorados del instructor: continúa la lectura:

su aniquilamiento total aniquilamiento de sus fuerzas armadas de su capacidad económica industrial financiera y fundamentalmente de su moral colectiva

Ojitos, hastiado de la lectura, se recuesta en el vano de la ventana: el cielo sigue gris, húmedo, meloso; los de cuarto, en tumulto de camisetas rojas, tras la pelota, van y vienen corriendo, por todo el patio. Pero en el aula sigue la lectura interminable:

la guerra es total su acción se hace sentir en los rincones más alejados de un país y no permite excepciones requiere el esfuerzo de todos los pobladores sean ellos hombres mujeres y aun de los niños

Conejo, pequeñín, sentado cerca del pupitre del profesor, se entretiene tirando papeles doblados al quepis del instructor. Se desmorona, poco a poco, la actitud rígida del aula: relajamiento general: Muchapinta, debajo de la carpeta, sobre las piernas, ordena fotografías de mujeres desnudas; Pelucas saca un espejito y comienza a acicalarse; Quijote lee, por décima vez, la última carta de su enamorada; Chaveta dobla papeles. Todos están que se comen el sueño. Y la lectura, sigue, interminable.

la victoria es el producto de una larga e intensa preparación desde el tiempo de paz

El Zorro vuelve a tocarse la curita adherida al dorso de su mano derecha:

-Yusted, Colmenares, ¿qué tiene en la mano?, siempre lo veo con esa curita.

-Nada, profe, es una cóbula.

-¿Cóbula?, esa palabra no existe, dirá usted, cábala.

-No, profe, cóbula.

-¿Y qué significa?

-El único que en el mundo sabe su significado soy yo, profe.

-¿Me lo puede decir?

-No, profe, si se lo digo ya no es cóbula.

Y el profesor de castellano, riendo, se fue por el corredor del segundo piso de la Unidad Escolar.

El Zorro recuesta la cabeza en la carpeta y cierra, indolente, los ojos:

-¿Qué herida te has hecho en la mano?

-No, mamá, no es nada.

-Entonces, ¿para qué te pones esa curita?

-Por gusto, es mi cóbula.

-Ya estás loco como tu hermano Miguel.

El Zorro, sin levantar la cabeza de la carpeta, se queda mirando, minucioso, el uniforme verde oscuro con botones dorados del instructor.

la victoria requiere el esfuerzo de gobernantes y gobernados de patrones y obreros de militares y civiles del comercio la banca la industria el clero y todas las fuerzas vivas de la nación

Sebito levanta la mano:

-Profe, profe, una pregunta.

El instructor deja de leer, levanta la cara y mira sostenido a Sebito.

-Profe, ¿quiénes son las fuerzas vivas, ah?

-Los elementos representativos.

-¿Y esos quiénes son, ah?

-No hagas preguntas tontas, atiende la lectura:

la educación patriótica militar de la juventud estudiosa cumple sus fines primordiales al inculcar y exaltar la importancia y trascendencia moral de las virtudes militares.

Afuera, el viento del mar, arremolinado, golpeaba los ventanales que dan a la terraza; adentro, en el salón, en atmósfera naranja de calefacción eléctrica, reposaban la digestión de la abundosa comida. Don Manuel, sentado en un amplio sillón, conversaba, confidencial, con el político cuerpo de araña.

-¿Y hablaste con nuestro amigo de Cajamarca?

-Sí, en cuanto recibió nuestra llamada tomó el primer avión -acomodándose los anteojos, continuó-: del aeropuerto se fue directo a mi casa.

-¿Aceptó? -preguntó don Manuel paseando la vista por todo el salón.

-Sí, tenemos a nuestra entera disposición un caseño de su hacienda -hundió su cuerpo de araña en el sillón-, puso algunas condiciones, toda esa gente de la sierra anda asustada con la reforma agraria.

-Pero ya se les ha dicho que deben confiar en nosotros -miró atento al general, al jefe del partido y al dueño de la industria más floreciente del país que, cerca del bar, conversaban animadamente-, difícilmente se podrá aplicar esa ley, es letra muerta -tiró hacia atrás su enorme cabeza calva.

-Como buenos serranos son desconfiados y astutos -anotó entre cerrando sus ojos de arácnido-; quieren ver algo concreto, no creen en palabras.

-Se les dará todo el crédito posible -prometió don Manuel y mi-

rando al diputado que sentado sobre la alfombra persa al lado del joven editorialista escuchaba un blue, continuó—: nuestra gente del Parlamento hará el resto.

—Son duros de entender —y abrió sus ojos de araña.

—¿Y el cubano? —preguntó pasando su mano gorda por la calva.

—Se encuentra en Puno, dentro de dos días lo tenemos por aquí.

—¿No ha habido dificultades?

—No.

Don Manuel, con suave palmada llamó al mozo y ofreció al político.

—¿Un whisky?

—Gracias.

—Dos whiskys dobles —y el mozo, como ajeno, se fue al bar.

Don Manuel, mirando de hurtadillas al general, propuso:

—Al general hay que meterlo en este asunto —y el general, ya casi borracho, tomando el brazo del jefe del partido se ahogaba en carcajadas.

—Es de cuidado —anotó el político araña—, ambicioso y astuto como buen serrano acriollado.

—Sí, se cree el gallo de tapada del Pentágono —dijo don Manuel y recibió del mozo un vaso de whisky.

—Por cualquier camino quiere llegar a Palacio —movió sus manos nerviosas de araña—, peligroso.

—Hay que hablar con él.

El político se puso de pie y se dirigió al grupo del general, palmeándole el hombro, le dijo:

—Dejaremos en tus habilísimas manos de estrategia la táctica política para traer abajo el gabinete.

—Sigo sosteniendo que nunca hemos tenido condiciones tan excelentes para un golpe —pegándose el pecho con la mano abierta, afirmó—: todo el Estado Mayor está conmigo —y abriendo las manos, concluyó— puedo llenar la plaza San Martín con gente de barriada, todos están conmigo.

El jefe del partido moviendo su papada intervino:

—Cierto, pero es peligroso en este momento irnos contra la Cons-

titución, la democracia nos brinda preciosos mecanismos para llegar al poder sin quebrar el régimen constitucional.

-De acuerdo -intervino el dueño de la industria más floreciente del país.

Cuando el general iba a hablar, el político lo tomó por el brazo y lo separó del grupo llevándolo hacia don Manuel que de pie con un vaso de whisky en la mano, conversaba embelesado con el joven editorialista.

-Permiso -dijo don Manuel y con el político y el general atravesó el salón. Cerca del ventanal que da al mar el dirigente sindical, el representante de la banca y el técnico en planificación discutían acaloradamente. Don Manuel levantando el vaso brindó con ellos. El político, el general y don Manuel salieron del salón e ingresaron a una pequeña sala de estar. Tomaron asiento en confortables sillas de playa. Don Manuel dirigiéndose al general dijo:

-Queremos ponerte al tanto del plan que pensamos emplear para traeremos abajo al gabinete.

-Perfectamente -contestó el general. El político sentándose al filo de la silla y moviendo sus manos de araña informó.

-En un caseño de una hacienda de Cajamarca la policía sorprende a un extranjero sin documentación, con dólares, armas y cartas dirigidas a conocidos comunistas, después de hábiles interrogatorios este extranjero confesará que viene desde Cuba a tomar contacto con una supuesta guerrilla comunista.

-Excelente -dijo el general.

-Inmediatamente nuestros diarios destacarán la noticia, la Cruzada Nacionalista para el Desarrollo del País -el general lo interrumpió.

-¿Y esa cruzada?

-Don Manuel la ha organizado con gerentes amigos, servirá para despertar el sentimiento nacionalista, el amor al país, la protección a los productos nacionales -y moviendo nerviosamente las manos, concluyó-: en fin, para atacar al comunismo internacional y solapadamente al capital americano.

-El jefe del partido en esto tiene mucha razón, pero no tanta -anotó el general-, en el fondo los gringos nos ayudan.

-Como decía, esa cruzada exigirá al gobierno una acción enérgica, publicará varios comunicados contra esas doctrinas extranjeras que envenenan el espíritu de nuestra juventud, que siembran el caos, que destruyen a la familia peruana, en fin, todo lo que se dice en estos casos.

-Pochito es todo un genio para esta clase de comunicados, un genio -dijo don Manuel moviendo su enorme cabeza calva.

-Pondremos pues al gobierno en una peligrosa alternativa: o suspende las garantías y manda al Sepa a todo dirigente sindical o estudiantil con tinte rojo creando intranquilidad y desasosiego en la masa, o no hace nada y entonces tendrá que soportar el ataque frontal de las fuerzas democráticas y sobre todo del ejército por permitir y alentar la subversión comunista -concluyó el político acomodándose en la silla de playa.

-De ésta sí que no se escapan -comentó el general tomándose de un solo trago su whisky.

-El jefe del partido se ha comprometido a movilizar a sus sindicatos en huelgas escalonadas contra el gabinete -anunció el político arácnido-, los industriales del mar disminuirán la producción para crear la desocupación y mermar el ingreso de divisas, ya Manuel se ha comprometido a darles todo el crédito posible, esto servirá también para acabar con los pequeños industriales.

-Perfectamente -aprobó el general.

Don Manuel salió de la sala de estar y fue de grupo en grupo, señora de casa, brindando, conversando. El viento del mar, afuera, arremolinado, golpeaba los ventanales.

la educación patriótica militar de la juventud estudiosa cumple sus fines primordiales al inculcar y exaltar la importancia y trascendencia moral de las virtudes militares.

Muchapinta, goloso, sigue contemplando las fotografías de mujeres desnudas y se acaricia, vicioso, el sexo. Quijote (patas de alambre) enseña a Ojitos una cajetilla de chéster: le cierra un ojo, pícaro, y se lame los labios. Ojitos se hace el que no lo mira, seriecito.

-Y con esto terminamos la clase.

-Profe, profe, ¿podemos estudiar matemáticas?

-Sí, profe; sí, profe, en la tarde tenemos paso.

-Bueno, sin meter vicio, en silencio.

Por la ventana entra frío que agita manos y acuchilla rostros. Corriente culebrina por la espalda, choca dientes: calofrío. Fuera el hambre, el sueño, la modorra. Rumor confuso, moscardón, de alumnos que despiertan: traqueteo de carpetas. Último bostezo matutino. Sacan libros y cuadernos. Tres estudiantes rodean al chancón de la clase. El instructor toma asiento en el pupitre, prende un cigarro, desdobra *La Crónica* y se sumerge en el comentario deportivo. El Zorro saca del bolsillo una corbata morada y comienza, lento, a anudársela en el cuello; Chaveta masca chicle, dobla papeles y prepara, malicioso, un jebe. Muchapinta, de tanto ver desnudas, ya está a punto, en sexo; Ojitos, aburrido de mirar por la ventana, voltea y conversa con su amigo el

Zorro; pocos alumnos estudian, cansados; otros charlan que te charlan, pero el sueño, el hambre, el hastío se alargan, interminables, en los ojos, en las caras de los cincuentaitantos alumnos del aula. Chaveta, matón, vuelve a acariciar el trasero de Ojitos. El Zorro se violenta:

-NOLOJODAS, ¡YA!

Los muchachos del rincón del aula miran alternativamente a Ojitos, al Zorro y a Chaveta. Adelante, dos alumnos llenan la pizarra con operaciones matemáticas. El tiempo se desliza húmedo, frío, en suave y sordo murmullo de moscardón, cuando, de pronto, Sebito maúlla fuerte, agudo. Todos dejan sus quehaceres y sus charlas. Todos están serios que se comen la risa. El rostro porquino del instructor emerge, furioso, de *La Crónica*; lento, contenido, se levanta del pupitre; amenazador, entre las hileras de carpetas, se dirige, sargento, hacia el fondo del aula: Ojitos ya dejó de conversar con su amigo el Zorro; Muchapinta, rápido, ya escondió las fotografías debajo de su camisa comando; Pelucas guardó el espejo; Chaveta botó los papeles doblados al suelo y escondió el jebe en la boca, ahora, todos los del fondo del aula, con la cabeza metida en cualquier libro o cuaderno se hacen los estudiosos: circunspectos, inocentes, apenas si ven con el rabillo del ojo al instructor.

-¿Quién fue?

Sebito, con cara de santo, serio, serio, mira defrente al instructor. Silencio. Una mosca entra por la ventana: da una vuelta, en redondo, por encima de las cabezas inocentes, y sale al patio. El instructor, al pie mismo de la carpeta del Zorro:

-¿Usted es Colmenares, no? Póngase de pie.

El Zorro, con el nudo suelto de su corbata morada, se levanta; con disimulo, se toca la curita adherida al dorso de su mano derecha:

-Yonesido, yonesido, selojuro, pordiós.

-¿Quién fue, entonces?

-Yonevistonadaprofe.

-Entonces nadie ha sido, ¿no? Ya saben que conmigo no hay pen-dejitos. Si me joden, yo los jodo el doble. Ya nos veremos en la práctica, ahí les saco la mierda. ¡Ya van a ver!

Los alumnos de adelante y del centro, volteados en sus carpetas, siguen mirando el fondo del aula. Sebito, hipócrita, protesta:

-No es justo, profe, ¿por qué todos van a pagar por lo que hace otro?

-¡CÁLLESE!

El instructor, rechoncho, pasando, apenas, por entre dos hileras de carpetas, vuelve a su pupitre; Ojitos se sonríe con el Zorro; Pelucas sigue con el espejo; Chaveta se saca el jebe de la boca y recoge los papeles. Muchapinta vuelve a sus desnudos; el resto de la clase continúa el estudio, la charla o el sueño. Conejo y tres alumnos más rodean al instructor:

-Profe, ¡pero qué cochino, cochino quedó el Muni!, ¿no, profe?

-Profe, ¿acaso?, ¿acaso?, este Conejo chamuya por gusto, profe.

-Si eres más espeso, callacalla.

La mañana, inútil, se estira, interminable, en hastío: casi nadie estudia. El murmullo de la charla va aumentando, fuerte, como vuelo atolondrado de cincuentaintantos moscardones. El aire frío con olor a pescado podrido entra por la ventana, revolotea, y se queda perdurable en las narices.

-Claro, claro, usted, García, tiene mucha razón, los grones de la Alianza son buenos, pero muy engréidos.

El Zorro, con la cabeza sobre la carpeta, hace el que duerme:

en la tarde se tirará la vaca con los carretas de la collera de su barrio irán a la procesión.

-Profe, profe, a propósito de grones, Conejo sabe una bien bacán, que se la cuente, profe, ¿ya?

-Cuéntala, Conejo, cuéntala, ¿ya?

-No, profe, es bien, pero bien cochina, tiene mucha lisura, profe.

-Conejo, la ruleta africana, ¿no?

Ojitos, con la cabeza sobre la carpeta, hace, también, el que duerme; Muchapinta está mira que te mira las fotos.

Ruido alto y confuso de voces.

-Cuéntala nomá, Conejo, si el profe es gallada. ¿No es cierto, profe, que usted es bien carreta, bien de triana?, ¿no?

En el fondo del aula Quijote conversa con Muchapinta:

-Patita, no seas perro, enséñalas, ¿ya?

-Un cáncamo, y todo lo que quieras.

-Sapo, ¿no?

-Cuenta nomá, García, para eso somos hombres.

El viento frío se cuele por la camisa comando y el timbre de salida, tan esperado, no suena en los pabellones de aulas de la Gran Unidad Escolar. Conejo, ya confianzudo, con aires de adulto, corrido, cliente de cantinas, termina el chiste:

-...pero una de las grones es antropófaga!

-¡Antropófaga!, ¡quédegraciao!!!

Los alumnos de adelante del aula ríen a mandíbula batiente. El instructor festeja el chiste con leves movimientos de cabeza. El Zorro, asustado, levanta la cabeza de la carpeta y pregunta:

-¿Qué, qué, qué pasa, ah?

Muchapinta contesta burlón:

-¡Que me la corras!

El Zorro, juguetón, sonríe; vuelve a recostar la cabeza sobre la carpeta y cierra los ojos: dormilón. Chaveta saca de la boca el chicle, lo pega a un papelito doblado, y con un jebe, lo dispara, directo, a la cabeza del Zorro. El Zorro, asustado, despierta nervioso: se toca el cabello; los dedos se le pegan al chicle. Ojitos, con los ojos, lo señala a Chaveta. El Zorro furioso se pone de pie; rápido, da un feroz puñete a las narices de Chaveta que, colérico, se levanta, raudo, y pega una patada en el estómago del Zorro. El Zorro, doblado, agarrándose el estómago, vomita maldiciones. Chaveta, ágil, le lanza un directo a la mandíbula. Los alumnos se paran: las carpetas caen al suelo, ruidosas. El Zorro se incorpora y descarga con furia golpes seguidos de metralla. Los dos rivales se enredan en puñetes y patadas. Todos los alumnos del aula hacen rueda: gritan. El instructor, enojado, enojadísimo, avanza, rápido, por entre los muchachos alborotados. Toma, violento, del brazo al Zorro. Chaveta alcanza a dar una fuerte patada en el bajo vientre de su contrincante. El Zorro no puede contener el dolor, se dobla, los ojos lagrimean, sus mejillas sucias de polvo y sangre se toman

pálido-verdosas. El instructor con los dos peleadores vuelve a su pupitre. Los alumnos levantan las carpetas, las ordenan en hileras, se sientan rectos, dignos, con las manos cruzadas. Chaveta contiene con el pañuelo la sangre que copiosa sale por sus narices. Ojitos recoge del suelo los libros y cuadernos del Zorro. Todos los muchachos del aula, en silencio, miran, alternativamente, al instructor, al Zorro y a Chaveta.

-Siempre Colmenares, ¿no?, ¿qué pasó?

-Yonolicenada, profe...

-Él fue, profe, él comenzó...

-Mentiramentiraprofe, Chaveta siempre para molestándome.

-¿Acaso?: tú me pegaste primero.

-Sí, no, sapo, ¿no?, ¿y ese chicle quién me lo tiró, ah?

-SILENCIO, CARAJO.

El Zorro, parado frente al instructor, con el pantalón comando y la casaca de cuero negro manchados con polvo y sangre, con la corbata morada, desanudada en el cuello, hecha jirones, apenas si puede contener la respiración agitada:

-Y ya sabe, Colmenares, que ésta sea la última vez que lo traen a la dirección, la próxima se va de la unidad y no se le recibe hasta cuando vuelva con su padre. Casi tiene el año perdido. No estudia, falta cuando le da la gana y todavía se atreve a fumar en clase, ¿no?...

La luz gris de la mañana ilumina su rostro pálido de cera, sus ojos negros bien abiertos y el pelo revuelto en la frente. Con la mano izquierda se frota la curita adherida al dorso de la mano derecha: *metido hasta la cintura en el barro negro se hundía la collera del barrio saltando sobre las olas se perdió en el mar era verano su madre jovencita se había salido de la fotografía del comedor y estaba ahí al pie de la cama viéndolo dormir y Miguel quería botarlo de la cama con el codo lo empujaba y ya el barro negro le llegaba a la boca y su mamá joven pero vieja se hundía también en el barro negro muerta muerta muerto Miguel.*

-García, llame al auxiliar de normas.

Afuera, el viento del mar, arremolinado, seguía golpeando los ventanales que dan a la terraza; adentro, en el salón, en atmósfera naranja de calefacción eléctrica, conversaban animadamente, mientras bebían whisky, pisco y coñac. Don Manuel, señora de casa, de grupo en grupo, iba en bamboleo suelto de caderas y manos de traviesa mariposa. Con el jefe del partido alabó la inteligencia de su joven editorialista, su estilo sensorial, ortegueano. El jefe anotó que era digno de destacar la habilidad que tenía el joven editorialista de presentar las abstractas y grises ideas políticas en imágenes tangibles, comprensibles, al mismo tiempo que el empleo correctísimo, admirable de una terminología comunistoide que hacía rabiarse de contento al grueso público. Después, habló de la maravilla irresistible de la juventud y se remontó, erudito, a la antigua Grecia. Don Manuel sostuvo, caprichoso, que toda la administración pública debería estar en manos de jóvenes hermosos y no de viejos y jamonas decrepitos. Con el general discutió largamente sobre el peligro comunista; el político, cuerpo de araña, dijo que el miedo al comunismo ya estaba pareciéndose a esa fábula del lobo y las ovejas: tanto asustar con el lobo, que, cuando el lobo, de verdad, estuvo listo para el ataque, las ovejas ya no hicieron caso a la alarma y el lobo se las comió. Entonces, el jefe dijo que al comunismo se le derrotaba en la plaza pública, que a la masa comunista había que enfrentarla con la masa democrática organizada en su partido, sólo así se daría el golpe de gracia al comunismo. Don Manuel con el dueño de la in-

dustria del mar habló pestes de los agrarios y de los americanos que querían controlar de cerca la economía nacional. El viejo dirigente sindical apenas si hablaba, se dedicó a tomar whisky. Don Manuel dijo al jefe del partido que Churchill había dicho que la guerra era un asunto tan importante que no se podía dejar en manos de generales. El joven editorialista comprometió al general para que le relatase su acción en el conflicto bélico del norte, quería escribir un libro a manera de reportaje sobre el heroísmo de nuestro glorioso ejército. Y el viento del mar seguía golpeando los ventanales.

Y ahora, ahí estaban sentados en torno de la mesa de tapete rojo oscuro del directorio del Banco de don Manuel. El joven editorialista, serio, leía unos documentos: esa noche de la comida en Ancón, había tenido que huir de la lujuria desencadenada de don Manuel que, desvergonzado, lo había perseguido por toda la residencia de verano, el general, circunspecto, mascaba chicle, esa madrugada, borracho, hasta el vómito sobre la alfombra persa, había celebrado la táctica que se pondría en juego para traer abajo el gabinete, luego, había tenido ganas de hembra y don Manuel tuvo que mandar al mozo a que trajera de cualquier prostíbulo decente a mujeres morenas, rubias o combinadas; el diputado se pulía las uñas, esa madrugada se había dejado desnudar, en medio del salón, por una prostituta, y después, borracho, fresco cristalino por la cocaína, sobre una joven morena, que paciente miraba el mar oscuro, se había movido como un insecto de extremidades flacas y pálidas, mientras el jefe, en la sala de estar, a media luz, hablaba a un joven sirviente del exquisito esplendor de la dorada Grecia: ahora, perfumado, contemplaba un ángel mestizo del cuadro colonial del directorio del Banco; el político, cuerpo de araña, intranquilo, revisaba unos documentos: esa noche de Ancón, con el viejo dirigente sindical regresó temprano a Lima. Don Manuel, antes de hablar, tiró hacia atrás su enorme cabeza calva.

El cielo gris: húmedo. En grupos alborotados corren por en medio de la calle. Frío tajante en la cara. Rápido vienen, y quedan atrás, muros de construcción, paredes blancas, postes largos y encorvados. El viento podrido en pescado arremolina polvo naranja de ladrillo y tierra. Tres obreros de construcción civil que, sentados en piedra almuerzan, levantan la cara del plato y se quedan mirando la carrera vocinglera, atropellada, de muchachos. Perros vagabundos corren mordisqueando zapatos y pantalones: ladran laberintosos. Los estudiantes, en grupos, por entre pardos cultivos de algodón sucio, van empujándose unos a otros.

-¡Aquí! ¡Aquí! ¡Aquí!

Bullangueros forman ruedo: terreno baldío, basural, urinario, desmonte, latas viejas: estercolero. Chaveta, pegatoda la clase, matapájaro, rodeado por casi todos los de tercero, amarra, fuerte, los pasadores de sus zapatos viejos, rotos; se remanga el pantalón hasta los tobillos; se echa saliva a las manos y, airoso, hace el que saca chispas de sus puños, golpeando al viento.

-Patitas, patitas, no se vayan que hoy les daré de almuerzo arroz con Zorro.

-¡Degraciao!

Todos rien.

Mientras tanto el Zorro, rodeado por algunos compañeros de su aula y otros alumnos de segundo, tragándose la respiración agitada, se

quita la casaca de cuero negro y se la entrega a Ojitos; desanuda la corbata morada, hecha jirones, sin sacársela; con disimulo se persigna y, nervioso, frota la curita adherida al dorso de su mano derecha.

-Manya, manya, el Zorro ya tiene su loquita.

-¡Ay, ay, Ojitos está de puta zorra!

Chaveta, mordiéndose los labios, entrecerrando los ojos, meneando, pícaro, la cintura, grita, ronco:

-Nadies me la toca. Es para mí solito. Esta noche tengo Ojitos a la cama: ¡ay, qué rico!

Ojitos, con la casaca de cuero negro del Zorro en la mano, se violenta, escupe, furioso, cierra los puños. El Zorro lo calma:

-¡Dejadeja, vas a ver cómo le saco la mierda!

El Zorro esbelto se perfila contra el cielo gris de la mañana: *pero, abí, clarito, al pie de la cama, estaba su mamá joven salida de la fotografía del comedor, viéndolo dormir, y, luego, la vio muerta bundiéndose en el barro negro, no, no, no era su mamá, era Miguel que no lo dejaba dormir, y desde esa noche del sueño negro de barro, hace más de tres días, sintió algo raro en el pecho, como si una mano grande le apretara el corazón: eso lo ponía triste, lo volvió callado, con pena.*

-ÉNTRALE, ¡CONCHETUMADRE! -emplaza Chaveta.

Los dos rivales frente a frente: con menudos pasos de baile se rodean, se estudian. Silencio: el ruido de un tranvía llega confuso, mezclado con ladridos, bocinas y voces lejanas. Respiración agitada de muchachos ansiosos. El Zorro elegante, suave; Chaveta rudo, pero manso: se miden. De pronto, Chaveta, no obstante ser uno de los más grandes del aula, se ha crecido, descomunal: nunca lo vio tan alto, tan fuerte, primera vez que se fijaba en sus ojos: los había tenido pequeños, opacos, amarillentos, daban miedo. Chaveta, matón de barriada, amigo de ladrones, baila de un lado al otro, ágil, veterano de broncas. El Zorro cierra los ojos y ese barro negro comienza a treparle por la cintura, sube por el pecho y ya está llegando a la boca, entonces, desesperado se lanza, violento, sobre su rival, y aturdido, da golpes y patadas. El estómago, la cara, el pecho, le arden, le duelen; siente la boca amarga de barro negro, el corazón se le oprime y contiene el llanto.

-¡Dale!, ¡dale!, ¡duro! ¡Chaveta!

-¡Chúpale el ojo!

Gritan y saltan los muchachos. Los tres obreros de construcción civil, comiendo plátano, se suman al ruedo bullicioso. Los perros ladrarán. El Zorro logra separarse. Ojitos, con la casaca de cuero negro y los cuadernos del Zorro, desde un montículo de basura, sigue la pelea. Chaveta, con su mano izquierda, levanta su puño cerrado, como los pugiles triunfadores. Ríen desbocados. Frente a frente los dos rivales. Vuelven a rodearse. Chaveta arremete; pero el Zorro, oportuno, lo detiene con una patada en pleno sexo.

-¡PUTAMA...!

La maldición le ahoga la garganta, siente el estómago vacío, la cintura se le parte en dos, las piernas se le doblan: desgarrado del corazón al sexo gime y lagrimea. El Zorro, sin moverse, frente a su rival, espera con los puños cerrados.

-Ahora, Zorro, ¡dale! -grita Ojitos.

Chaveta, encorvado, casi con el rostro en el suelo, ve, nebulosamente, entre lágrimas, los puños, duros, del Zorro. Nunca imaginó que el más pálido, el más flaco del aula, lo hiciera comer tierra. Sabe, por su experiencia de matón de barriada, que la tromería sólo se mantiene a fuerza que nadie lo gane en la bronca; ahora, ya no será el pegatodala-clase, hasta Conejo se volverá espeso con él; pero él no es gallina: es gallo de cuchilla, por algo le dicen Chaveta. Se incorpora y, rápido, saca del bolsillo trasero del pantalón una cuchilla. El Zorro salta atrás. La cuchilla de un lado a otro brilla en el centro gris de la mañana. Y Chaveta, alto, poderoso, cubre la mañana, todo el cielo. El Zorro traga saliva, quiere correr; pero el ruedo de muchachos se levanta firme, sólido, silencioso: muralla.

Siente que su mamá, como en el sueño, lo está viendo, está abí, a su lado, inmensa, por encima de la muralla de muchachos.

Y la cuchilla se mueve lenta, junto, cerca a los ojos. Se toca la curita adherida al dorso de su mano derecha. Ojitos, rápido, baja del mon-

tículo de basura y se coloca en primera fila del ruedo. Chaveta en baile continuo de rodeo al Zorro, astuto, busca, como gallo de pelea, a la libre, en descuido, para el ataque. Los jóvenes espectadores apenas si respiran. El silencio revolotea, mosca, por los oídos. Hay ganas de sangre. Ligero, Chaveta se lanza sobre el Zorro. Ojitos, raudo, salta y le arroja un puñado de tierra a los ojos.

—¡LACONCHESUMADRE!

Chaveta, ciego de tierra, enloquecido, con la cuchilla en la mano, arremete, desesperado, contra el ruedo de muchachos, vomitando gramputeadas: todos corren, se atropellan, caen, gritan. Chaveta, toro suelto, con la cuchilla filuda, brillante, en la mano, enceguecido de furia y de tierra, a tontas y locas, dispersa a los muchachos que, pollos atolondrados, caen unos sobre otros, en basura, latas viejas. El Zorro persigue a Chaveta, lo alcanza, le agarra la muñeca y se la tuerce, fuerte: la mano, poco a poco, se abre en racimos de dedos y cae la cuchilla. Chaveta, pálido, morado, de furia, maldice; a tientas, tropezando en piedras, camina con las manos en los ojos. Muchapinta se le acerca, lo toma del brazo y pregunta a los de construcción por agua. Le señalan una casa. Rápido, los muchachos se alejan, corriendo, en bulliciosos grupos, por el pardo cultivo de algodón y se pierden por las calles sucias de desmonte y ladrillo. Los perros se quedan ladrando.

En el terreno baldío, solo, Ojitos y el Zorro: silencio suburbano, un perro ladra, ruido lejano de tranvías y bocinas, respiración agitada del Zorro. Agrio olor a orines, a excrementos, a pescado podrido, a cuerpo sudado. Sin hablar, Ojitos le pone la casaca de cuero al Zorro, le entrega los cuadernos. El Zorro se los guarda debajo de la pretina de su pantalón comando, se anuda la corbata y se arregla la abundosa melena.

—Zorro, ¿y te expulsaron?

—Sí.

—¿Y ahora?

—Paloquemimporta.

—¿Vamos?

—No, voy solo.

Y el Zorro, con las manos en los bolsillos, arrugando la papeleta de

expulsión, con el cuello de su casaca negra de cuero levantado, se fue por en medio del pardo cultivo de algodón. Por detrás, Ojitos lo seguía.

Por la calle, pateando una piedra, caminaba el Zorro. Volteó y, al ver a Ojitos que lo seguía, le ordenó, con un movimiento de cabeza de espantapollos, que no lo siguiera. Entonces, Ojitos se quedó parado, arrimado a un poste: con la punta de su zapato roto comenzó a hacer dibujos en la tierra. Contra el cielo gris se recortó la figura de bailarín del Zorro: iba, con la cabeza inclinada, pateando, al descuido, una piedra; sus ojos negros, bien abiertos, lagrimeaban; sus mejillas, pálidas, de cera, sucias de tierra y sangre, se humedecían: iba comiéndose el llanto. Al llegar a la avenida corrió y tomó, al vuelo, el tranvía. Ojitos vio perderse en la bruma gris verdosa del mediodía la casaca negra del Zorro y el cabello abundante que iba en tremolina al viento...

El ruido de motores y bocinas lo despertó: la ventana estaba abierta, la cortina roja desteñida flameaba y un fuerte olor a pescado podrido invadía el pequeño departamento. Se levantó de la cama y pisando revistas y periódicos desparramados por el suelo fue hasta la ventana, la cerró, arregló la cortina y la habitación quedó en rala oscuridad granate. Volvió a la cama y se cubrió con las frazadas: hacía frío húmedo.

El mantel blanco está sucio de arroz, grasa, cerveza, salsas color ladrillo oscuro; los platos y las fuentes apenas si tienen comida. Y los miembros del personal civil del colegio Marista, sentados unos junto a otros, posamos para una fotografía: Pulga muerde, con gesto despectivo, su pipa; el doctor De la Colina, serio, se esfuerza por mostrar naturalidad; Rodríguez, casi borracho, sonrío; Felipe, agarrándose el mentón, mira profundamente a la cámara; don Bruno, reposado, desvía la mirada al techo, y yo, con el cabello sobre la frente, observo al jorobado que, subido en una silla, prepara el foquito del flash. El apartado del chifa se ilumina en relámpago. El fotógrafo baja de la silla y nosotros volvemos a rodear la mesa de mantel sucio de comida. Pulga pide, a su cuenta, otra rueda de licor de violetas. Rodríguez se suelta la correa del pantalón. Felipe, cubriéndose la boca con la mano, eructa. Don Bruno se escarba los dientes. El doctor De la Colina me pregunta:

-¿Y usted, profesor, qué opina de Fidel Castro?

-Es un auténtico revolucionario.

-De acuerdo, pero no debe emplear el paredón ni mucho menos sacar de Cuba a los religiosos.

Pulga, sin dejar de morder la pipa y poniendo el dedo pulgar en el bolsillo del chaleco, interviene:

-Yo nunca me he metido en política, no me interesa, pero para mí Fidel es un dictador -y toma de un solo trago su licor de violetas.

-La política es así -dice Felipe jugando con una caja de fósforos- siempre unos estarán arriba y otros abajo, los políticos sólo dan vuelta a la tortilla.

-No creo -afirmo, y luego dirigiéndome al doctor De la Colina, expongo- hay un proceso histórico que...

-De acuerdo, profesor -me interrumpe el doctor De la Colina- pero hay que defender la libertad.

-¿Y qué es la libertad? -le pregunto.

Don Bruno deja de escarbarse los dientes y dando un golpe en la mesa protesta:

-Por favor nada de política, hemos venido a divertirnos. A ver Pulga si te consigues un conjunto criollo.

Y Pulga sale del apartado.

-Es interesante la pregunta que formula.

-No malogremos la noche -protesta don Bruno-. A ver, seco y volteado y que traigan otra rueda a mi cuenta.

-Mejor, pisco -anota Felipe.

-Como quieran, pero a chupar que la noche es virgen -contesta don Bruno.

Entra el mozo y retira los platos y las fuentes.

-Te traes una rueda de pisco doble -ordena don Bruno al mozo.

-Profesor, ya hablaremos sobre ese problema de libertad -dice el doctor De la Colina.

Entra Pulga seguido por tres jóvenes con chalina al cuello y guitarra en la mano. Felipe, poniéndose de pie, nos dice:

-Les canto uno de la guardia vieja.

Los jóvenes rasguean las guitarras y Felipe hincha el pecho, levanta la cabeza y canta.

Abrió los ojos y, poco a poco, en la penumbra granate fue perfilándose la mesa llena de libros, cuadernos y papeles.

Hoy es día de asueto, día inútil, como los domingos, sin ningún provecho, descansar de la borrachera y del trabajo semanal, y nada más. Ya no soy el mismo del año pasado, es increíble comprobar cómo en tan poco tiempo uno cambia, lo cambian, lo transforman. El año pasado no más, cuando era estudiante en La Cantuta, era otro, pensaba en la revolución, discutía, iba a sindicatos, leía, escribía cuentos, ahora, como un animal trabajo ocho horas diarias, enseño geografía, anatomía, castellano, dibujo, música, zoología, repito de memoria nombres, soy una máquina y los sábados borrachera general, estúpida, y los domingos sueño pesado. Y durante la bendita semana enseñando, corrigiendo, gritando, soportando, maldiciendo a los jovencitos bien de familia decente, de colegio Marista, y en la propia vida, uno, casi sin darse cuenta, va adquiriendo formas y costumbres ajenas, no quiero ser como Pulga. Me toma del brazo al salir del apartado del chifa y me dice casi al oído: «Quiero hablar contigo». «Bueno», le contesto. Don Bruno recibe la cuenta del mozo, saca un lapicero y divide entre todos el monto del consumo, pero, Pulga, sacando ostentosamente billetes, quiere pagar todas las ruedas de licor. Todos protestamos. Después de mucho discutir se paga en partes iguales. Salimos del chifa. Felipe quiere llevarnos a una casa de la avenida Colonial, Rodríguez propone otra casa de Chacra Colorada y Pulga se hace lenguas de una casa de San Isidro. El doctor De la Colina se disculpa, dice que tiene que atender un asunto importante mañana por la mañana y se despide dándonos palmadas en el hombro. Rodríguez, achispado, detiene un taxi. Subimos y Rodríguez ordena: «Avenida Colonial, maestro». En el trayecto Felipe nos entretiene con chistes colorados. El auto se detiene y bajamos. Pulga, por propia iniciativa, paga la carrera. Felipe ya está en la puerta de una casa con foco rojo. En una ventanita aparece el rostro pintarrajeado de un joven. «Hola, Flor, abre», dice Felipe. Y la puerta de la casa se abre. Entramos en fila. Ingresamos por un corredor oscuro hasta el salón

de baile. Bruma roja con humo de cigarro. Olor a perfume, a sexo, a sudor hembras. Parados en la puerta del salón, sin hablar, reconocemos el terreno. En el bar hay varias mujeres que nos miran. Cuatro parejas, pegadas, bailan en la pista. Luz de colores en la radiola. Don Bruno nos señala una mesa vacía. En fila, mirando a las mujeres del bar, nos dirigimos a la mesa. Pulga llama al mozo, le pide cinco cervezas, Felipe dice: «Conozco a la de rojo, es una gramputa». «Llámalas», dice Rodríguez y Felipe se levanta y se dirige, por entre las parejas que bailan, al bar. Pulga, al oído, me vuelve a decir: «No te vayas a ir, quiero hablar contigo, nos amanecemos». «Ya», contesto.

Se levantó de la cama y pisando revistas y periódicos desparramados por el suelo se dirigió a la mesa.

Frente al ascensor permanecieron algunos minutos: comentaban la denominación del nuevo gabinete que iban a proponer al Presidente. El joven editorialista leyó un informe preciso y ordenado de toda la táctica empleada que había provocado la crisis ministerial de los agrarios:

Primero: la policía descubre en Cajamarca un plan extremista que tiene por finalidad la organización de un comando de guerrilla. Apresan a un cubano y le encuentran cartas comprometedoras, armas y dólares. Los diarios destacan la noticia en primera plana.

Segundo: explota una bomba en la puerta de la embajada de los Estados Unidos: trabajo perfecto de dos agentes especiales.

Tercero: la prensa exige al gobierno acción enérgica contra los perturbadores del orden público. Se publican en primera plana las noticias de las invasiones campesinas.

Cuarto: los sindicatos controlados por el jefe del partido decretan huelgas escalonadas en todo el país contra el alza del costo de vida. Quinto: la Cruzada Nacionalista para el Desarrollo del País publica una carta abierta al presidente de la República en la que pide garantías y protección para el normal desenvolvimiento de la vida económica y social del país. Los dirigentes de la cruzada inician una campaña por televisión contra el comunismo: comprometen a destacadas figuras del comercio, de la industria, de la política, de la religión, de la cultura, etc.

Sexto: el general da una conferencia de prensa y alerta a la nación de la bancarrota económica a la que está llevando el gabinete.

Sétimo: los industriales del mar merman la producción y depositan sus dólares en bancos europeos.

Octavo: los bancos de capital nacional cortan los créditos.

Noveno: se logra el alza de los pasajes del servicio urbano y se incita a la violencia callejera.

Décimo: el gobierno suspende las garantías y ordena el inmediato apresamiento de dirigentes sindicales y estudiantiles.

Undécimo: el gabinete de los agrarios ataca desde su prensa y el Parlamento. Desempolva leyes olvidadas y las aplica rigurosamente a la industria, al comercio interno y al capital bancario.

Duodécimo: se contesta al ataque: un diputado desde su cámara denuncia grandes peculados de gente vinculada al gabinete; un grupo de senadores presenta el proyecto de leyes que favorece a la industria nacional.

Decimotercero: después de largas conversaciones con altos jefes militares se logra su apoyo incondicional.

Decimocuarto: se mantienen entrevistas secretas con el presidente de la República.

Decimoquinto: el Parlamento, después de varios días de violencia callejera, interpela al ministro de Gobierno por no haber tomado las medidas necesarias para reprimir los desmanes populares. Se lamenta la muerte de estudiantes.

Conclusión: el gabinete renuncia y el presidente de la República encarga a don Manuel la formación del nuevo gabinete.

El joven editorialista con voz aflautada terminó de leer el informe. El político, cuerpo de araña, casi prendido a la mesa de tapete rojo del directorio del Banco de don Manuel, manifestó:

-Han sido días de lucha, pero ahora queda en nuestras manos el problema más delicado: tenemos que formar el nuevo gabinete. Les suplico tener la cabeza muy fría. Durante estos días hemos barajado muchos nombres. Tratando de conciliar la disparidad de crite-

rios al respecto, se elaboró una lista que se les hizo llegar hace dos días.

Con enérgico movimiento de mano cedió la palabra al joven editorialista. Don Manuel giró hacia la izquierda sus amplias posaderas y quedó atento mirando a su joven editorialista que, histórico, revisando unos papeles, dijo:

—No habrá cambio en las Carteras de las Fuerzas Armadas.

El general sin dejar de mascar chicle interrumpió:

—Correcto, las Fuerzas Armadas deben permanecer al margen de la política.

El político, mirando de reojo al general, sonrió levemente.

El joven editorialista continuó:

—Quedará el ministro de Educación.

El jefe dejó de mirar el cuadro colonial y protestó:

—Estoy en desacuerdo. No tengo nada contra Fernando, somos viejos amigos, nos conocemos desde las históricas jornadas universitarias del diecinueve, sin embargo, considero que es urgente tecnificar la educación, en esa Cartera hay que poner a un joven profesor inteligente y activo.

Don Manuel, apoyando los codos en la mesa, refutó:

—Fernando ha demostrado mucha habilidad en esa complicadísima Cartera. Está con nosotros, no hay razón alguna para desembarcarlo, por otra parte, Fernando da mucho prestigio, no hay que olvidar que es un venerable maestro, su fama de filósofo rebasa los límites de la patria. Es hombre de confianza, pues siempre ha estado al servicio de la nación sin fijarse en el color político de los sucesivos gobiernos que el Perú ha tenido en estos últimos años. Recordemos que fue diputado de Leguía, que luego colaboró ya como ministro, ya como representante, con Sánchez Cerro, Benavides, Prado, etc. Y ahora ha demostrado tener mucha muñeca para desbaratar la huelga de maestros, ha separado del magisterio a agitadores comunistas que estaban pasando por maestros.

El jefe ya se aprestaba a contestar, pero el general lo interrumpió:

-Fernando tiene el apoyo de los ministros militares y de las congregaciones religiosas.

El jefe habló:

-Insisto en el cambio de esa Cartera.

-Someteremos a votación -dijo don Manuel.

-No, no es necesario, que Fernando se quede, pero que se nombre una comisión técnica consultiva.

Todos aprobaron la propuesta del jefe. El joven editorialista siguió informando:

-No habrá cambio en Trabajo.

El viejo dirigente sindical intervino:

-Como dirigente obrero pedí que no se cambiara a don Antonio, nos entendemos con don Antonio, hemos resuelto muchos problemas laborales sin necesidad de ir a la huelga.

El diputado dijo:

-No olvidemos que en esta última campaña contra los agrarios Antonio nos ha ayudado mucho desde su Cartera.

Todos estuvieron de acuerdo en dejar a Antonio en Trabajo.

El joven editorialista continuó:

-Para la Cartera de Hacienda se propone a Jorge Concha Romero.

Don Manuel, haciendo girar sus amplias posaderas, volteó y pidió a uno de sus secretarios el fólder de Jorge Concha Romero, luego, dirigiéndose a la mesa, expuso:

-Claro que Coco aún no es muy conocido en el país, pero goza de mucho prestigio en el extranjero, en organismos internacionales. Ahora está al frente, como ustedes saben, de todas mis empresas.

Aprobaron sin discusión la denominación de Jorge Concha Romero para la Cartera de Hacienda.

El joven editorialista continuó:

-Para Gobierno se propone a Francisco Aragón del Solar. Será el premier.

El político, arañando en la mesa, dijo:

-Pancho es el hombre: cuando estuvo de prefecto en el Cuzco, él mismo, en persona, al frente de un pelotón de guardias de asalto, ha-

cienda por hacienda, comunidad por comunidad, a punta de bala y bayoneta, terminó con la organización comunista que instiga a analfabetos indígenas a invadir haciendas.

—Esa Cartera necesita cojones y Pancho los tiene bien rayados— anotó el general.

Fredy, joven agrónomo graduado en reforma agraria en Estados Unidos, Italia e Israel y en lucha antiguerrilla en Panamá, fue aceptado para la Cartera de Agricultura. Kike, ingeniero de una fábrica de don Manuel, fue designado a Fomento. Don Manuel, frente al ascensor privado del edificio de su Banco, con fuertes apretones de manos y cariñosos abrazos, fue despidiéndose.

En pijama, pisando revistas y periódicos desparramados por el suelo, se dirigió a la mesa repleta de libros, cuadernos y papeles. Tomó una pequeña calentadora y se encaminó al baño.

Del Callao avanza una espesa y fría neblina que se dora, luminosa, en los focos de los postes. Pulga no me suelta el brazo: está borracho y muere furiosamente su pipa. Todos ya se fueron: don Bruno fue el primero en desaparecer, se fue sin despedirse; Felipe se encontró con unos conocidos de su barrio y cargó con Rodríguez a una fiestita familiar en La Victoria. La avenida Colonial está desierta, sólo la luz amarillenta de los autos corta, veloz, la niebla. Llevo, casi en peso, a Pulga que se cae de borracho. Habla metiéndome la cara, trato de alejar mis narices para no sentir su hediondo aliento a licor y de enfermo hepático.

—Hermanito ya sabes que yo te invito lo que tú quieras, no es por nada pero te respeto franco hermanón donde quieras tú dices y allá vamos ¿whisky? tú nomás pides para esto estoy para servirte ¿me comprendes? franco sinceridad yo te invito manya a mí nunca me falta molido por mi madre—y saca un fajo de billetes de cincuenta soles— azules y de los buenos yo no soy ningún cojudo la vida se ha hecho pa' gozarla de verdadá yo vivo hay que ser pendejo a pendejo pendejo y medio franco a mí nadies me hace cholito le saco la conchesumadre hasta a Pancita franco que se vaya a la mierda.

Cruzamos la pista: el asfalto está resbaloso y brillante, negro. Un

zapato de Pulga se queda atracado en un hueco, trato de ayudarlo, pero dándome codazos me bota.

—Deja, deja, por mi madre a mi nadie me ayuda —me grita colérico. Logra sacar el zapato y nuevamente se prende de mi brazo. Pasamos los rieles del tranvía. Pulga recoge una piedra y agachándose hasta el suelo grita:

—Vas a ver cómo le saco la mierda a ese foco conchesumadre.

Y estirando el brazo lanza la piedra que apenas se eleva y cae en la vereda. Me vuelve a sujetar el brazo.

—Una carrera, yo pago, vamos, vamos —grita tratando de arrastrarme por la fuerza a la pista.

—Mira, allá hay una cantina que conozco.

—Por mi madre, hazme caso.

Sin contestar le sujeto fuerte el brazo y lo obligo a caminar por la vereda.

—Ya ya yaaa suelta tú mandas —me dice riendo.

La niebla fría nos humedece el rostro y las manos.

Llenó la calentadora con agua y salió del baño. Pisando revistas y periódicos desparramados por el suelo se dirigió a la mesa y colocó la calentadora sobre una cocinilla eléctrica.

Entramos a una cantina. Pasamos de largo frente a un mostrador blanco con vitrina y luz neón interior que ilumina carne cruda, pescados, mariscos y verduras. Ingresamos a un amplio salón. En el centro, junto a una columna de cemento, una radiola, y en torno de ella, muchas mesas, juntas unas con otras, en desorden, rodeadas de parroquianos que toman, juegan cacho, gritan y cantan. Ubicamos una mesa vacía cerca del baño. Nos sentamos y Pulga aplaudiendo fuerte llama al mozo.

—Tú te tomas un whisky conmigo.

—Mejor cerveza.

—Por mi madre, hazme caso —dice Pulga golpeando la mesa sucia de madera. Dirigiéndose al mozo que se acerca a la mesa le dice:

-Cholo e mierda a ver si te apuras.

-No lo trates así.

-Así hay que tratar a estos serranos de mierda, sino se te suben hasta el cuello y te joden.

El mozo, un muchacho con saco blanco roto y sucio de grasa, conteniendo la cólera pregunta:

-¿Qué hay?

-Dos whiskys dobles.

El mozo, rápido, entre las mesas, se va al mostrador.

-Serrano de mierda.

-A lo mejor es tu primo.

-¿Mi primo?, no jodas.

-¿No me dijiste que eras de Celendín?

-¿Yo?, ¿cuándo?, mis viejos, yo nací en el Rímac, soy bien, pero bien criollo.

De una caja de cartón sacó una lata de leche evaporada, con un clavo le abrió dos huecos y luego moviendo los libros, los cuadernos y los papeles de la mesa comenzó a buscar un paquete de galletas.

-No es por nada hermanito pero no sé por qué te tengo tanta ley tanta confianza hace días que quería sincerarme contigo tú eres bien carreta hermanón no quiero que seas cojudo ni que te cojudeen haz como yo a mí nunca me falta chamba dentro de poco me compro auto lo demás son huevadas mira y es bien suavecito abí en el colegio tranquilo nomá nadies se da cuenta ¿me ayudas? se trata de lo siguiente compadre me pasas la fija de los exámenes que tomes compadre y yo me encargo de lo demás y después te cae tu buen molido suave suave compadrón.

Lo miro de frente: Pulga desvía la mirada y muerde nervioso la pipa, ya no está tan borracho, luego, sigue hablando:

-Esos blanquiñosos tienen plata como mierda hay que aprovecharlos y cuando no tienen molido me traen encendedores corbatas relojes y todo lo que puedan robarse de su casa franco compadre hay que

joderlos siempre te he dicho que la política no me interesa pero odio a los ricos que se quedan brutos y es más nos tratan como sirvientes y ese Pancita que cree que uno puede vivir con la miseria que nos paga no compadre tú me comprendes a pendejo pendejo y medio tú que siempre andas hablando de revolución contra los ricos jódelos que se queden burros mozo mozo otro whisky.

Caminó hasta la ventana y descorrió la cortina roja. Se quedó mirando la avenida Venezuela: autos, colectivos viejos, ómnibus destartados repletos de pasajeros, carretillas de vendedores ambulantes llenaban la pista.

Le prometí no denunciarlo, le dije que de ninguna manera podría ayudarlo. Fue difícil hacerle entender que no entraba en su asunto, no por miedo, sino porque... en el fondo ni yo mismo sabía la razón de mi negativa, claro que estaba aburrido de soportar a tanto niño estúpido, engreído, claro que también ya no podía soportar a Pancita, le conté que el otro día no más entró Pancita a mi aula y a un alumno que había roto unas lunas le dijo que le diría a su padre que lo cambiara de colegio, que lo mandara a una unidad escolar, como castigo, para que sus amigos se burlaran al verlo con uniforme comando. Pero, a pesar de todo, uno se acostumbra a soportar, porque nos gusta tener un puesto fijo, porque tenemos miedo de quedarnos sin plata. Sin darnos cuenta nos cambian, nos quitan lo nuestro y nos dan en cambio una vida inútil, pero nunca seré como Pulga.

Dejó la ventana, se dirigió a la mesa, levantó la calentadora y echó el agua hervida a una taza.

Don Manuel, con fuertes apretones de manos y cariñosos abrazos, se despidió. Despachó a sus cuatro secretarios y cuando estuvo solo, en desenvuelta cadera al aire e incontenibles manos en vuela mariposa al viento, rauda, señora, cruzó el largo corredor. Abrió sigiloso una pequeña y disimulada puerta: sala amplia con grandes ventanales de vidrio celeste claro; alfombra muelle; en el centro, casi a ras del suelo, una cama turca, redonda; perdido en una esquina, el bar de cristal y madera negra; en la pared cuadros de pintura moderna; flores. Y su Tito, en mangas de camisa, jugaba abstraído en una máquina eléctrica de timbres y luces de colores. Don Manuel, jovencita, primaveral, pisando plumas, en amplio bamboleo, se le acercó suave, viento, por la espalda y, dulce, comenzó a acariciarle la peluca. Tito, sin dejar de jugar, lo rechazó con un rebelde y duro movimiento de cabeza y hombro. Don Manuel volvió a sentir, profunda y quemante, esa herida húmeda que se le abría, dolorosa, en todo el cuerpo. Callado, resentido, se quitó el saco y se tendió, redondo, sobre la cama turca: paladeaba gustoso la quemante herida que le desgarraba el vientre, el corazón, el sexo; desesperado comenzó a hablar: terminado este asunto del gabinete y del arreglo con los americanos se daría un tiempo para llevarlo a pasear por las excitantes islas del Caribe, luego se irían a Europa y regresarían para el Carnaval de Río, a su madre le regalaría un chalet, pero todo esto a condición de que fuera más tierno, más dócil, porque de lo contrario, era capaz de todo, de todo, de todo, sí, de todo, ya lo conocería:

lo podría dejar en plena calle y ¡en qué formal!, sí, a la calle, calato. Le pidió un gin. Tito dejó la máquina y se dirigió al bar.

Cuando se acercó a la cama con el vaso de licor, don Manuel, suplicante, lo tomó por el brazo; entonces, Tito le dijo que estaba cansado, agotado, que por favor mejor lo dejara para después de la procesión. Don Manuel, excitado, se puso de pie y, sin decir nada, comenzó a pasearse frente al amplio ventanal de vidrio celeste claro. Desde el vigésimo piso del edificio de su Banco contempló Lima: Babilonia de la porquería: a sus pies, casas chatas y sucias y, de vez en cuando, un alto edificio de cemento, cristal y acero; pocos parques; por las calles, angostas y largas, autos y tranvías destartados, aglomerados en las esquinas; y el cielo gris, triste, cochino; basurales colgantes, aéreos, color tierra podrida. Todo estaba bien: si su Tito fuera un incondicional, un pegajoso, como muchos, ya se hubiera cansado de él, pero su tierna rebeldía lo hacía, cada vez, más apetecible: había que soportarlo hasta que llegara el tiempo del asco, del aburrimiento, y, entonces, lo botaría como a un perro, como a un perro, de sus extensos dominios, es decir, de su ciudad. Y ahí estaba su ciudad: enorme, sin límites precisos, crecía crecía: los serranos hambrientos, hediondos, sucios, bajaban de los Andes y la ceñían desesperados; las casas con techos de basura se perdían, interminables, hacia la faja azul lechosa del mar; las casuchas de adobe y calamina, apiñadas, trepaban, como mala hierba, por los cerros, se desparramaban, sin fin, por los arenales, por los basurales. Aquí, en el centro de la capital, amontonados, como moscas en la mierda, viven zambos y criollos en callejones y quintas viejas, destruidas: se les da fútbol, toros, televisión y cantina con cerveza y ca cho. Afuera, en los cerros, en las pampas, los serranos con su porquería. Menos mal que al sur tenemos los hermosos barrios para la gente decente, civilizada. Hay que construir en el centro grandes edificios de departamentos para la clase media: hay que tenerla contenta: ellos están conmigo, me sirven. A los serranos hay que devolverlos al campo y si no tienen tierra hay que mandarlos a la selva: pueden rebelarse, tienen ya la cabeza caliente con la revolución, con China, con Fidel Castro.

Don Manuel terminó de tomar el gin, dejó el vaso y entró al baño.

12:38 p.m.

Departamento letra D

(domicilio de la familia Colmenares)

Rápido, sin que lo viera su madre, entró al baño. Miró en el espejo su rostro pálido, de cera, sucio de tierra y de lágrimas, con dos moretones. Se quitó la casaca negra de cuero, desanudó la corbata morada, hecha jirones, y comenzó a jabonarse la cara, fuerte, fuerte. Hasta ahí, llegaba confusa la voz, enojada, de su madre. De seguro, resonaba a Miguel, por la amanecida de anoche. Mejor que todas las noches no viniera a dormir: así tendría toda la cama para él; podría estirarse y dormir a sus anchas. Ya no tendría pesadillas. Se echó abundante agua a la cabeza: estaba fría, pero rica. Se abrió la puerta del comedor: seía su hermana Bety que llegaba del trabajo. No era bueno, pero ya le estaba gustando mirar las piernas de Bety. No podía evitarlo, todas las noches, ahí, cerquita a su cama, su hermana se desvestía. Chaveta contó cierta vez que su hermana mayor, que duerme en la misma cama con él, una noche se lo comenzó a tocar, y que él, como hombre que es, tuvo que montársela. Su hermana Bety llenaba el cuarto con un olor extraño, rico, que lo excitaba y, por más promesas que hiciera, volvía nuevamente a la mano viciosa, pajera, como dicen en la Unidad. Secó su cabeza con una toalla sucia, húmeda. Ahora, la voz chillona, colérica, de Bety se alzaba por encima de la voz de su mamá. Cuidadoso peinó su peluca. Los moretones de la cara, cada vez, se hacían más verde oscuro con pintitas rojas. Del bolsillo del pantalón comando sacó la papeleta de expulsión. Minucioso, la rompió; levantó la tapa del excusado y, uno a uno, fue botando los pedacitos de papel. Jaló la bomba: estaba

malograda. Tuvo, entonces, que sacar la ropa de la batea de plástico y echar el agua sucia, espumosa. Esperó, tranquilo, hasta que el último pedacito de la papeleta de expulsión, en remolino, desapareciera. Salió del baño, y cruzando entre las sillas y la pared del comedor, se dirigió al dormitorio.

Bety, sentada al borde de su cama, se quitaba las medias de nylon. Miguel, todo despeinado, con las frazadas hasta el cuello, haciéndose el distraído, miraba el techo. En el otro cuarto su mamá planchaba.

—Sí, sí, mami, como lo oyes, en plena calle me insultó con una mala palabra, ¡vieras la lisura que me dijo!, ¡me muero de vergüenza!

Entre las dos camas, cruzó el dormitorio. Entró al cuarto de sus padres. A su mamá le dio un beso en la frente.

—¡Toda la vida te andas peleando, pareces perro!

Sin contestar nada, se echó, largo a largo, sobre la cama de sus padres. Los dos cirios iluminaban el cuadro del Señor de los Milagros. Esta tarde no iría a la Unidad. Se juntaría, en la esquina, con sus carretas para ir a la procesión. No puede contenerse y, ansioso, mira al otro cuarto. Bety desabrocha el hábito morado y se lo quita por la cabeza. Se arregla el cabello y descalza, en combinación, abre el ropero y saca un delantal verde, viejito, de entrecasa.

—Yo no le he dicho nada, no le creas.

Doña María ha terminado de planchar su hábito morado. Lo pone en un gancho y cruza el dormitorio de los chicos.

—Ya me tienen aburrída, siempre con lo mismo, Miguel viene a dormir cuando quiere, como si esto fuera hotel, no hay día que Carlos no se pelee como perro, y tú con tus cuentos: ¡ésta ya no es vida!

—Ahora, como siempre, yo tendré la culpa, ¿no? —dice Bety, pintándose las uñas.

Carlos, desde el dormitorio de sus padres, pregunta:

—¿Almorzamos?, tengo hambre.

—¡Qué ocurrencia!, hay que esperar que el príncipe se levante.

—Mira, Bety, por tu bien te digo, no te metas, ¿ya?

—¿Qué pasará con Lucho que no llega?

—¡Cómo me olvidé!, fue al trabajo y me dijo que no vendría a al-

morzar. Me dijo que había pedido permiso en el Banco para buscar casa.

Después de haber dicho a Bety que no iría a almorzar a la casa, don Lucho se había dirigido al estudio del abogado Manuel Velarde. Tuvo que esperarlo quince minutos. Apurado, llegó el doctor rodeado de clientes y con papeles en las manos. Después de media hora de espera lo hizo pasar a una sala pequeña, oscura, repleta de armarios llenos de legajos amarillentos y libros gruesos, empastados. Tomó asiento frente al escritorio del abogado. El doctor Velarde buscó entre una montaña de papeles su expediente: por milagro lo encontró. Con el expediente en la mano le dijo: «Mi amigo, la suerte está echada, no hay salida: hoy mismo tiene que dejar la casa, de lo contrario, mañana a primera hora, vendrá el desahucio, se ha hecho lo humanamente posible, se ha detenido el lanzamiento por más de una semana: ya no se puede hacer más». «Pero, doctor, había dicho don Lucho, ¿no es posible entrar en acuerdo con la Empresa Ricardo Palma para que me concedan unos días más de plazo?, en una tarde no voy a encontrar casa, además el cambio cuesta mucho dinero y aún no me han pagado en el Banco.» Entonces, el abogado había contestado: «Imposible, unos días más de plazo significan para la Ricardo Palma una pérdida cuantiosa». «Pero, doctor, había interrumpido don Lucho, no es posible hablar con el abogado de la empresa, con el juez o con la persona que usted crea conveniente y pedirles por favor que aplacen el lanzamiento unos días más.» El doctor había contestado: «Ni pensarlo, mi amigo, la Empresa Ricardo Palma es muy poderosa, detrás de esa empresa está don Manuel, usted lo conoce, es el dueño del Banco en donde usted labora». «Entonces podría hablar con el gerente», propuso don Lucho. «Si quiere haga la prueba pero no le garantizo nada, el Banco no tiene nada que ver con la Ricardo Palma.» «Pero, doctor, podríamos detener la orden.» «Imposible, interrumpió el abogado, hay muchos millones en juego, está usted viendo cómo el dueño de la finca tuvo que venderla casi obligado a la Empresa Ricardo Palma y luego en menos que cante un gallo los técnicos del Municipio la declararon ruinoso y aprobaron los planos para un edificio de más de

quince pisos. Han invertido mucho dinero y no lo van a perder por usted.» «Sí, doctor, comprendo, había contestado don Lucho, así es.» «Pero usted también tiene la culpa, usted se ha dormido, ha tenido como dos meses para buscar casa, buscando se encuentra.» Entonces don Lucho había contestado: «Si usted supiera todo lo que he caminado en busca de casa. Claro que hay, pero carísimas, no estoy en condición de pagar un alquiler por encima de los mil, ni puedo llevar a mi familia a una barriada ni a un barrio de maleantes. Gano poco y el gasto es fuerte, mi situación social no me permite vivir de cualquier modo, tengo mis compromisos, mi hija ya está señorita y necesita un ambiente adecuado. Hace más de veinte años que vivo en la quinta y siempre he cumplido con pagar el alquiler por adelantado, ya estamos acostumbrados a vivir en esa casita, tiene que haber alguna solución, doctor».

Don Lucho había salido del estudio del abogado Velarde, triste, desorientado. Si en la tarde no encontraba casa y no conseguía un préstamo para la garantía, para el traslado de cosas, mañana, a primera hora, todos sus muebles, sus cajas, sus cubiertos, sus vergüenzas estarían en plena vía pública. Era como abrirle el vientre y sacar y exhibir, a la luz pública, su estómago, sus intestinos, su riñón, su hígado, la intimidad de su mujer, de su hija. Había caminado hasta el Paseo de la República y frente a las columnas y a las aves de rapiña del Palacio de Justicia se había sentido aplastado por el orden perfecto y mecánico de los millares y millares de expedientes en papel sello quinto que iban y venían de mano en mano, de oficina en oficina, iban como las letras, los cheques, los documentos que él durante más de veinte años había revisado, sellado, firmado, para nada, don Lucho había pensado que detrás de tanto expediente, detrás de tantas letras, cheques, documentos había algo poderoso, oculto, que nunca llegaría a comprender: don Lucho tuvo miedo.

—Si Lucho no consigue casa, ¡Dios mío, qué será de nosotros! —dijo doña María, sentándose en la cama de Bety.
Miguel botó las frazadas y comenzó a vestirse. Carlos entró al dormitorio. Bety terminó de pintarse las uñas.

-Miguel que está de vago ha debido buscar casa.

-Mira, Bety, no te metas conmigo, ¿ya?

-Sí sí, tú tienes la culpa: eres un vagoneta.

-Por favor, Bety, ¡CÁLLATE!

-Todos los de la quinta han encontrado casa: el papi de Mery encontró casa aquí no más al frente.

-Sí, qué fácil es hablar: «aquí no más al frente», todo el barrio sabe que el dueño de esa casa quiere vivirse con tu Mery.

-¡Mentiroso!, eso lo dices por despecho, Mery ya no quiere saber nada contigo.

-¡Ves, mamá, cómo esa Bety me molesta!

-La señora Del Carpio se fue a un chalecito por Matute.

-¿Señora?, si es una de ésas.

-¡Chismoso!

-¿Y los escándalos que hacía?

-Hasta los Rodríguez se fueron a casa propia, ¡si vieran la casa que tienen en la urbanización Jardín!

-Y quién no sabe que el Rodríguez era un soplón que andaba con ladrones.

-¿Y qué dices de los pobretones del fondo, ah?, ¿acaso ya no están bien instalados en Pueblo Libre?

-Con todo lo que roba el Tuerto yo estaría en Monterrico.

-¡Envidioso!

-¿De qué?, ¿de qué?, habla.

-Sí, la envidia te hace hablar.

-¿Y por qué no hablas de los Tapia, ah?, ¿acaso no quisieron llevarnos a esa barriada y tú, la muy señorita, gila de blanquiñoso, no dijiste: ni que estuviéramos en la última lona para vivir con serranos?, ¿recuerdas?, no, ¿ah?

Miguel en bividí, colérico, paseaba de un lado al otro, por el estrecho dormitorio. Bety, arrimada al ropero, llorosa, dijo:

-¡Qué vergüenza!, ¡qué dirán mis amistades!, ¡botados como gitanos!

-¡A la hora!: debes tener vergüenza de otras cosas.

-Ves, estás viendo, mami, cómo ese Miguel vuelve a insultarme, lo oyes, ¡y en tu presencia!

Entonces, Carlos, sin decir nada, se sentó al lado de su madre. Luego, abrazándola, le dijo:

-Viejita, no llores.

-Todas nuestras cosas en la calle, qué dirán los vecinos, los catres, la mesa, los cubiertos, la porcelana, el cuadro del Señor de los Milagros, y dónde dormiremos, ¡Virgen Santa!

Miguel, poniéndose en cuclillas, tomó las manos de su madre. Y Betty, sentándose al lado de doña María, la abrazó.

-No llores, viejita, verás cómo el papá consigue casa.

-Sí, viejita, ya no llores -dijo Carlos.

1:00 p.m.

-Un cebiche y una Cristal chica.

Don Lucho se afloja la corbata y los cordones de sus zapatos marrones. *Claro que la fianza es lo de menos; el compadre puede garantizarme: su taller tiene cuenta corriente en el Banco; casi firmo el contrato: tuve que escribir despacio: Luis Colmenares Díaz, cincuenta y cuatro años, casado, empleado en el Banco del Perú.* Un borracho, con chalina al cuello, pasa, cerca de su mesa, al baño maloliente a cerveza, a orines y a aserrín mojado. *El dueño de la casita empleó unas palabras bonitas para el baño: había dicho instalaciones sanitarias: tenía razón: lo mejor de la casita era el baño: había que ver esa ducha, ese espejo empotrado, esa tina, esa taza y ese, cómo se llama, creo que le dicen bedet, no sé, blancos, brillantes y esos mosaicos negros relucientes del piso: si hasta daban ganas de transformarlo en salita de recibo, pero para estar a la altura de tal baño habría que comer mucho y fino.* Un muchacho, con uniforme comando, peluca y libros debajo de la correa del pantalón, entra seguido de cuatro jóvenes de casacas y chompas negras. Ponen una moneda en la radiola. Entre ritmo de tambores se distorsiona un alarido. Sin hablar, bailan. *Miguel y Carlos dormirían en el cuarto para sirvientas: es amplio y ventilado; Bety ocuparía el dormitorio que está junto al comedor: es necesario que la chica esté lejos de sus hermanos; para nosotros sería el dormitorio con ventana a la calle.* En las cuatro mesas de la tienda-cantina-restaurant de japonés, obreros y empleados almuer-

zan, callados, con la mirada perdida, sonámbula, en los platos. Sus mandíbulas se mueven maquinales. *El comedor es grande: habría que comprar más muebles; un ventanal lo separa del jardín y una cortina de la salita.* Frente al mostrador un grupo de borrachos: discuten, a grito pelado, de la última tarde de toros. *Y hasta en la azotea se podría tener gallinitas para salir de cualquier compromiso familiar.* El japonés despacha aceite y té a una niña colegiala. El único mozo, de saco blanco, mugre, con platos en las manos, va y viene, rápido, entre las mesas. Don Lucho se saca los anteojos. Limpia las lunas con el pañuelo. Se los vuelve a poner. Mira hacia afuera: un tranvía plomo, viejo, pasa en dirección a Lima. La avenida Brasil termina al borde mismo del barranco que da al mar. El mar, azulopacogrisverdoso, se pierde en la niebla sucia, turbia del mediodía frío. Los muchachos melenudos, recostados sobre la radiola, escuchan, tristes, una melodía. *Sí: la pobre María podría distraerse mirando la calle desde la ventana del dormitorio.*

-Su cebiche, señor.

-¡Siempre pescado con cebolla! ¿Ya no te he dicho mami que no me gusta? -dijo Bety.

-¡Cómo me gustaría que fueras a la paradita para que tú misma te convencieras de lo cara que está la carne!

que si como pescado todo el santo día tendré ese maldito aliento en la boca y esta noche tengo que oler rico: a Coqui le gusta olerme: está que se muere de ganas, primero iremos a la procesión, luego le diré que me lleve al Embassy: bailaré pegadita a él, después que haga lo que quiera conmigo: y mañana seremos novios y dejaré esta casa que ya me tiene aburrida.

-Pero mami no te digo eso, compréndeme, es que... no sé cómo decirte, tú no me comprendes.

-Lo que gana tu padre no alcanza para más -dice doña María sirviendo el pescado de una fuente a los platos.

Coqui tiene que sacarme de este infierno: me llevará a comer a la Pizzería de Miraflores, me traerá pasteles de la Tiendecita Blanca, nos

iremos a un departamento de esos elegantes de edificio, con teléfono y todas las comodidades: tele, lavadora, aspiradora, refrigeradora y todas esas cosas eléctricas que son una maravilla; seré íntima de sus hermanas y me vincularé con la gente decente de Miraflores, ya me veo hecha toda una señorita de sociedad.

—Seguro que esta noche se ve con el blanquiñoso y no quiere ir apestando a pescado —comenta Miguel echando limón a su guiso.

—Sí, sí: ¡para lo que te importa!

Ya no tendré que soportar al borracho de mi hermano: ¡lo odio!, sucio que no le gusta lavarse los pies, todos en este barrio son sucios y apestosos: por eso lo dejé a Julio, antes yo también era cochina: no me importaba que el Julio viniera a verme con olor a cebolla en la boca, apestándole los pies, y con la camisa hedionda de sudor: hasta creo que me gustaba, pero Coqui me enseñó a ser limpia: mi Coqui anda siempre como recién salidito de la ducha.

—¿Por qué a los blanquiñosos siempre les gusta tener gilas flacas, ah?

—pregunta Carlos llenándose la boca con un trozo de pescado.

Claro que a Coqui le gustan las flaquitas relleñas como yo: no es cholo bruto como el Julio que le encantan las gordas sucias, entonces yo era más gorda y sus manos no se cansaban de estrujarme todo el cuerpo: me amasaba las piernas, las nalgas, ahí, en la azotea de la quinta y yo que me desmayaba en sus brazos y me quitaba el calzón con sus manos duras, tuve miedo, quise llorar, pero el Julio como un loco me besaba, me mordía los hombros, me pasaba la lengua tibia por el cuello y sus manos me colocaban su cosa dura caliente entre las piernas: fue la primera vez, durante más de una semana me estuvo doliendo: salió mucha sangre, el Julio asustado me limpiaba con su camisa: recién había cumplido los trece y el Julio estaría por los quince.

—Bety, si no quieres el pescado pásame tu plato —pide Carlos y estira la mano por encima de la mesa.

—Come, Bety, te vas a quedar con hambre.

—¡Que se quede! No le hagas caso mamá —dice Miguel limpiando su plato con un pedazo de pan.

—Claro que me importa: es mi hija, mi única mujer.

Mujer desde niña, cierto, en las tardes de verano jugábamos, y todas las noches con el Julio y dándole plata para que comprara esa como bombita blanca: la inflábamos y yo recordaba carnavales, luego se la ponía en su cosa dura y riendo me decía: «para no tener hijos».

—¿No hay otro poquito, mamá? —pide Miguel estirando su plato vacío.

Creo que a Coqui no se le cocina que estoy virgen; menos mal que Gladis me dijo cómo engañarlo: ella es bien viva: sabe mucho de estas cosas.

Terminando de tomar un vaso de agua Carlos pregunta:

—¿Qué has hecho de segundo, ah?

Variado y exquisito piqueo criollo sobre una larga mesa en el portal del patio principal de la casona colonial. Mozos de saco blanco y pantalón negro, rígidos, hacen guardia. Los tres amplios salones del primer piso desiertos. Silencio conventual. El criado negro arregla la cortina de los grandes ventanales. De pronto suena el aldabón de la puerta principal. El criado corre por el zaguán. Y hace pasar al niño Toño que, rodeado de amigos y muchachas, con un radio portátil en la mano, viene bailando twist. Sus ojos verdes relucen, extraños, en la cara ojerosa y demacrada: estragos de la amanecida en Ancón. Más de diez parejas de jóvenes, invadiendo el jardín, se distorsionan alrededor de Toño que, con el cabello castaño revuelto en la frente, salta como un loco al pie de la pileta. Los mozos, urgidos a gritos, corren al bar y vuelven, rápidos, con fuentes llenas de vasos de licor. Toño de un salto sube a la pileta y, desde ahí, pregunta al criado por sus padres. «No han venido todavía, niño Toño.» Una rubia, casi niña, medio ebria, llama al criado y le ordena que le traiga del auto rojo el hábito morado. El criado sale a la carrera. Toño se quita la corbata morada y, dando alaridos, anima a las parejas. Los mozos recogen vasos vacíos del césped húmedo de invierno. El criado vuelve con el hábito morado. La rubia se lo recibe y, desprendiéndose del grupo, se encamina a uno de los salones. Entonces, Toño, felino, salta de la pileta y toma del brazo a la rubia. «Aquí, aquí, te lo pones, aquí», grita. Los demás jóvenes dejan de bailar y ro-

dean, vocingleros, a Toño y a la rubia. Un muchacho fornido obliga a la rubia a que tome un vaso doble de whisky, «para los ánimos», dice. La rubia, riendo, toma el licor de un solo trago y sube a la pileta. Todos se sientan, en ruedo, sobre el césped perlado de invierno. Toño ordena al criado que saque al patio el tocadiscos del salón. Mientras tanto, la rubia se suelta su cabellera dorada y sus manos suben y bajan, suaves, detenidas, por las caderas. Toño, parado cerca de la pileta, con las manos en los bolsillos, mueve, maquinal, la cabeza; sus ojos verdes brillan, tristes; su mirada va envolviéndose en las curvas de la rubia. *Sin que lo vieran, se deslizó por el jardín; en la sombra de los árboles se perdían los tres compañeros grandes de su dormitorio: no habían querido llevarlo; pero, él, se hizo el que dormía y esperó, paciente, que sus vecinos emprendieran la escapada del internado. Con mucha dificultad trepó la enorme reja del colegio. Al bajar a la calle, se rompió el pantalón. Por entre la sombra de los árboles de la avenida alcanzó a ver tres lucecitas de cigarro prendido. Corrió escondiéndose entre los árboles. El cielo estaba oscuro, un perro ladraba y los vecinos de Chaclacayo dormían en sus residencias.* El criado con tres mozos termina de instalar el tocadiscos. Toño, rápido, se dirige a un salón y encierra en él, con llave, al criado y a los mozos. Vuelve, agitado, a la pileta. Un ritmo loco de maracas y tambores, desenfrenado, retumba en la casona colonial. La rubia, en mórbido meneo de serpiente, se saca el vestido por la cabeza. Toño, con la lengua entre los labios, respira, agitado; sus ojos verdes, candela, se vuelven oscuros, tristes, carbón. *Llegó a la esquina cuando sus compañeros de internado se iban en dirección al río con una mujer de cabellera suelta. Se hizo presente y, resuelto, sin decir nada, sacó del bolsillo un billete de quinientos soles. La mujer se lo quitó al vuelo, guardó el billete en el seno y, dándole un beso en la boca, lo abrazó. Era alta y gruesa como su mamá. Sus compañeros, riendo, lo aceptaron en el grupo.* Una muchacha se acerca, le pasa el brazo por la cintura y recuesta en el hombro su cabeza de cabellos negros. Los demás jóvenes, agitados, perplejos, no sacan sus ojos de encima del resplandor blanco, leche, de las carnes que aparecen por entre la combinación negra de la rubia que no cesa de moverse. Los tambores es-

tremecen el cielo gris, ceniza, que cae meloso al jardín. La rubia pide el hábito morado. Toño, atlético, en celo, sube de un salto a la pileta y abraza a la rubia. Le pasa, suave, las manos por las caderas. La rubia, graciosa, gatita, saca la lengua a todos, cierra los ojos y se acurruca, niña, en el pecho de Toño. *Al llegar al río, la mujer se tendió sobre paja seca y, levantándose la falda, lo llamó; pero, él, asustado, nervioso, dijo que luego, lo empujó a Fredy y comenzó a orinar. Cigarro tras cigarro, mirando la noche, escuchando el río, los perros, los grillos, la oscuridad, los gemidos de la mujer y la respiración agitada y las groserías de sus compañeros de dormitorio, esperó. Cuando le llegó el turno, se tendió junto a la mujer; pero su cuerpo, el de él, se encogió, tembloroso; su miembro, tercamente, se resistía, muerto, entonces, se levantó y llorando de vergüenza, corrió, corrió, tropezándose en las piedras. Desde el río llegaba la voz de Miky que le gritaba: «Maricón como tu viejo».* Violento, fuerte, le rasga la combinación, los sostenes y el calzón negros. La rubia lucha por zafarse de la furia de Toño. Los demás jóvenes, poniéndose de pie, aplauden y gritan. Un fuerte aroma de hembra, picante, dulce, se mezcla con el olor a flores, a cigarro y a sudor. Toño baja de la pileta. Y ahí, bajo el cielo gris, ceniza, la rubia, llorosa, cubre con las manos sus frescos senos que han quedado al aire. Toño apaga el tocadiscos y, como loco, casi sonámbulo, mueve el dial de su radio portátil. Los portales adustos, coloniales, se estremecen con una marcha de cornetas, tambores y bombos: es la marcha de la procesión del Señor de los Milagros. A la rubia le alcanzan el hábito morado. Entonces, con forzado movimiento de caderas y hombros se va poniendo el hábito morado. Toño se retira al salón más amplio de la casona. Se echa en un sillón. Del bolsillo del saco extrae un paquetito, lo desenvuelve, echa un poco de cocaína al dorso de su mano y aspira fuerte por la nariz el polvo blanco. *Escapándose del internado de Chacabayo llegó a Lima y de frente se fue a Ancón. Encontró la casa cerrada; trepando por la enredadera llegó hasta la ventana del dormitorio principal. Cuidadoso, levantó la persiana y vio a su padre que abrazaba a un muchacho moreno. Sus ojos verdes, tristes, carbón, se quedan contemplando el techo artesonado, el húmedo y cristalino mar...*

-Arroz con plátano frito -contestó doña María levantándose de la mesa con los platos sucios.

-¿No hay un huevito? -pide Carlos mientras se palpa los moretones de la cara.

-No hay -alcanzó a contestar doña María antes de entrar a la cocina. Miguel recostó la cabeza sobre la mesa y Bety comenzó a mirarse las uñas.

-¿Y si el papá no consigue casa? -preguntó Carlos.

-En la tarde saldré a buscar, pueda que consiga -ofreció Miguel sin levantar la cabeza.

-Después que salgas de la Unidad debes ir a donde la tía y decirle que nos ayude -ordenó Bety.

Doña María, entre las sillas y la pared, volvió de la cocina con tres platos en las manos. Miguel levantó la cabeza, puso los codos sobre la mesa y, apoyando el mentón en sus puños, se quedó callado, comiendo pan, con la mirada prendida en una fotografía de él (estaba con uniforme comando y con cristina) que estaba en la pared junto a la fotografía de su mamá jovencita.

Corrí al ver, desde la esquina, a todos los vecinos que, en mangas de camisa, formaban grupos en la puerta de la quinta y en media calle. Aún era verano, y yo estaba en segundo o tercero de Media, no recuerdo. Las señoras vecinas, con medio cuerpo fuera de la ventana, hablaban, coléricas.

-Esto es un abuso, no podrán botarnos. Trancaré las puertas y si vienen les echaré agua hirviendo a la cara.

-Viejita, no te preocupes tanto.

-¡Cómo no voy a preocuparme!

Varios hombres sudorosos, en mangas de camisa, sacaban a la calle las cosas de la bruja. Los carretas del barrio, uno al lado de otro, arrimados a la pared de la quinta, veían, callados, catres de perilla dorada, viejos; mesas rotas; colchones despanzurrados, amarillentos; un montón de periódicos y libros comidos por ratón; cuadros con marcos dorados

con fotografías de gente antigua; veladores que parecían cajones de gallina; frascos, muchos frascos de remedios: todo en plena calle. Sin hablar, arrimándome a la pared, me puse al lado del Julio.

-Pero si estamos al día en el pago de alquileres, es un abuso. Luchó ha debido protestar en el Juzgado.

-Todos quieren construir edificios grandes para sacar más molido.

Mi vieja, en la puerta de la quinta, hablaba con don Mario, el Choro Plantado, que, en mangas de camisa, moviendo las manos, todo despeinado, decía, a gritos, que eso era un abuso. Recuerdo que hacía mucho calor y viento: los papeles volaban y toda la calle comenzó a oler a enfermo, a remedios, a gallina, a bruja. Y los hombres, serios, sin mirar a nadie, entraban con las manos vacías, al cuarto de la bruja, y salían con macetas, con jaulas, con bacinicas abolladas, sillones con los resortes afuera. De pronto, salieron cuatro ratas grandes, grandes, se detuvieron en la puerta, alcanzamos a ver sus ojos asustados, y atolondradas echaron a correr por la calle. Entonces los chicocos de la collera del Zorro las comenzaron a perseguir; los borrachos de la esquina del japonés, que venían abrazados, cantando, por en medio de la calle, se dedicaron, también, a darles caza. Entre gritos y risas, con palos y patadas, una a una, las mataron.

-Los dueños de casa nunca se compadecen de nadie, ¿recuerdan cómo la botaron a la pobre viejita de enfrente?

-¿A la bruja, no? -comenta Carlos.

Miguel, sin levantar la cara, contesta:

-Le decían la bruja, yo también la molestaba, pero era una pobre viejita.

Y si no tomaba la sopa, si no hacía los deberes del colegio mi vieja me asustaba con la bruja; era una mezcla de bruja y pirata: un trapo negro le cubría el ojo izquierdo. Caminaba toda encorvada. De lejitos le tirábamos piedras y le tocábamos latas vacías.

-¿Recuerdan que cuando llegó de la paradita se encontró con todas sus cosas en plena calle?

-Claro, fue el día que ese loco borracho, a ése que le decían «El Ma-

lapata» casi se come una rata que habíamos matado a puro palo –dice Carlos riendo.

–No seas cochino –protesta Bety.

Había ido a la paradita a hacer el mercado. La vimos llegar por la esquina buscando sombra. Entonces el Choro Plantado, agitado, gordo, despeinado, casi a la carrera fue a darle encuentro. Nosotros, la collera de la quinta, corrimos tras de Choro Plantado. Abí, en plena calle rodeamos a la bruja. Alcanzamos a ver en la canasta que traía en el brazo, un paquete de fideo cabello de ángel, un huevo, una naranja y un pedazo de hueso con carne. No sé por qué nunca he podido olvidarme de lo que la bruja traía en la canasta. Estirando las orejas, entre el grupo de curiosos, escuchamos al Choro Plantado que le preguntaba si estaba al día con sus alquileres, que si le habían seguido juicio, que si tenía abogado y otras cosas más que no recuerdo.

–Tanto que se ha pagado al abogado, para nada –comenta doña María.

–¿Y tú, viejita, no comes nada? –pregunta Carlos.

–Se me ha quitado el hambre. Más tarde comeré algo.

La pobre bruja no sabía dar cuenta de nada. Lo único que decía era que había ido a la paradita, que si ese maldito ladrón dueño de casa la encontraba en su cuarto le hubiera echado orines a la cara. El Choro Plantado le preguntó por su hermano mayor y la bruja le dijo que vivía en el Callao y que no sabía nada de esto. Entonces, Conejo, abriéndose campo a codazo limpio, se ofreció ir al Callao y buscar al hermano de la bruja; pero la pobre bruja tampoco supo dar cuenta de la casa de su hermano, decía que había que tomar el ómnibus amarillo, bajarse en una placita y caminar como dos cuadras a la derecha y, abí, frente a una botica, vivía su hermano. Colérico, como nunca, colérico, el Choro Plantado dejó a la bruja y, siempre rodeado por los carretas del barrio, avanzó, sudoroso, despeinado, por en medio de la calle, preguntando, a gritos, por el dueño de la casa de la bruja.

–A los dueños de casa no les importa nada –dijo Miguel terminando de comer su arroz con plátano frito.

Avanzó por el amplio zaguán. Voluminoso, en tímido vaivén de cadenas, iba acompañado de su Tito. Al llegar al patio, indignado, casi se cae de espaldas; empuñó la mano mariposa, se le agitó la soberbia pasada y sus ojos, furiosos, relampaguearon. Enojado, enojadísimo, con voz de trueno en falsete, botó, arrojó, expulsó a los íntimos de su insolente hijo Toño. ¡Qué desvergüenza!: haciendo cochinateda y media sobre el césped, sobre sus hermosos sillones coloniales. Alcanzó a ver una mano que, asustada, se retiraba de la pierna blanca, lechosa, de una joven, casi niña, con la falda levantada; vio los senos al aire de una morena que se derretía en los brazos de un fornido joven; todavía pudo ver los ojos cerrados de una muchacha que era besada, desesperadamente, por un mozzallete de casaca roja: ¡y a mediodía! Todo esto lo excitó y lo puso irritadísimo. Las muchachas, asustadizas, lo vieron, voluminoso, digno, padre, al trasluz del zaguán. Dejaron sus parejas y, levantándose a prisa, arreglándose las faldas, los sostenes, las cabelleras, salieron de la casa, casi a la carrera, casi sin mirarlo, avergonzadas, gallinas, palomas. Los muchachos, en cambio, lentos, comenzaron a ponerse los sacos, las casacas, las chompas, sin dejar de mirarlo de reojo. Luego, uno a uno, toritos maltones, con pícara sonrisa en labios y en ojos, salieron, casi rozándolo. Y hasta hubo un jovencito, ternero, desvergonzado, que, sonriéndole, le cerró un ojo, mientras daba una cómplice palmada en el hombro de Tito. Don Manuel, goloso, no dejó pasar la oportunidad para catar, debidamente, los rostros frescos y los cuerpos gráciles de los íntimos de su hijo Toño. Se le quedó grabada, como una herida húmeda, agradable, la boca entreabierta, los ojos negros, la espalda fina y los cabellos revueltos en la frente de un chico que no llegaba a los veinte. Toda la tarde lo acompañaría esa imagen haciéndolo sufrir con deleite. Llamó al criado. Nadie contestó. Llamó a Toño. Desde el interior del salón del fondo del portal llegó la voz de Toño. Don Manuel avanzó furioso por en medio del portal. Toño, en mangas de camisa, con una botella de whisky en la mano, excitado, vino a su encuentro. Tito, con las manos en los bolsillos y un cigarro en la boca, se quedó parado en el zaguán. Don Manuel, irritado, enojadísimo, de un manotazo tiró al suelo la botella

de licor y, rápido, le dio una cachetada. Entonces los ojos verdes, candelada, de Toño se oscurecieron extrañamente como carbones encendidos, tristes; se pasó la mano por la mejilla, escupió, y, mirando de frente a su padre, le gritó a la cara: «¡TODOS ME DICEN HIJO DE MARI-CÓN!».

—Ni al dueño ni a la policía le importó nada la pobre señora y la pusieron a la calle —comenta doña María sirviéndose un vaso de agua.

—Pero recuerdo que hubo boche —dice Miguel partiendo un pan.

Entonces de la casa de la bruja salieron dos tombos y se dirigieron a un ford que estaba estacionado en la esquina. Varias vecinas, levantándose el mandil de cocina, rodeaban a la bruja. Todos los carretas del barrio íbamos tras del Choro Plantado. Los borrachos, gritando, se agregaron al grupo. El loco «Malapata» quería robarse un marco dorado. Del ford salieron cuatro señores elegantes con papeles en la mano. Con los tombos avanzaron por la vereda. Cuando el Choro Plantado estuvo frente a los señores les dijo: «Si la señora no tiene para el alquiler, hacemos junta y punto». El señor más gordo dijo que la sacaban no por alquileres, sino porque el dueño necesitaba la casa para vivir. La señora Berta preguntó por el dueño. El señor más alto y flaco, haciendo una venia, se presentó como dueño de la casa. Recuerdo que entonces el Choro Plantado le dijo que era un mentiroso; mirando a todos los vecinos preguntó: «¿Alguien cree que un señor tan bacán como éste quiera el cuarto de la señora Adelaida para vivir?». Todos los del barrio gritamos. Los borrachos comenzaron a insultar con pura grosería al flaco dueño de casa. El loco «Malapata» fue el primero en tirarle, al dueño de casa, el marco dorado. Y el Choro Plantado, amargo, lo agarró por las solapas al dueño de casa y ahí se armó la bronca.

—Pero ¿qué se ganó?, nada. Don Mario fue a parar a la cárcel —comenta doña María parándose de la mesa con platos sucios en las manos.

—Y dicen que le inventaron robos, y todo por defender a la pobre bruja —dice Bety jugando con miga.

—¡Bien trome es el Choro Plantado, no?! —se admira Carlos terminando su plato de arroz con plátano frito.

Los tombo se paseaban por toda la cuadra. La calle quedó desierta; sólo estaban las cosas de la bruja. Todos los vecinos en las ventanas, los borrachos en la esquina con curiosos de otros barrios comentaban a gritos la injusticia que habían cometido contra la bruja. El tránsito estaba detenido. La bruja sentada en una silla vieja lloraba, un sombrero de paja desteñida la protegía del sol fuerte del mediodía. De pronto, poniéndose de pie, caminó, toda encorvada, hacia su casa. Al momento, salió detrás de un ataúd que los hombres sacaban. Lo pusieron sobre un catre viejo. Los tombo se acercaron y los señores elegantes salieron, asustados, del ford. Nosotros de curiosos alargamos tanto el cuello que casi nos caímos de la azotea de la quinta. Un tombo abrió el ataúd y sacó una mortaja. Entonces la pobre bruja comenzó a llorar a gritos, decía que mejor hubieran esperado tres meses más, que en tres meses más ya se moría y que ella siempre había querido que la sacaran muerta de la casa. En medio de la calle, con su sombrero de paja desteñida, con el trapo negro en el ojo izquierdo, mirando las ventanas, con las manos en alto, bajo un sol pesado, gritaba: «En tres meses me muero, ya estoy vieja, quiero morir en mi casa, déjenme, a dónde irán mis pobres huesos». Tuve ganas de tirar una piedra grande sobre el ford, pero tuve miedo, franco.

—Siempre he sido un cobarde —dice Miguel levantando la cara.

Doña María, que vuelve de la cocina con el té, se queda mirándolo; Carlos deja de echar azúcar a un pedazo de pan y mira a su hermano mayor; Bety levanta el rostro, extrañada.

Por la tarde llegó el hermano de la bruja. Era más viejo y feo que ella. Recuerdo que ahí, en plena calle, abrazando a su hermana, entre sillones, catres, cajas, periódicos, mesas, frascos, jaulas, bacinicas, decía a gritos: «El Perú es una mierda».

Miguel, con la mano, se despeina, desesperado.

No sé qué le pasa a Miguel: últimamente lo he visto muy triste. Ya ni siquiera habla conmigo: casi todas las noches llega cuando ya estoy en cama. Varias veces ha dejado de ir a dormir a la casa. El año pasado todas las noches conversábamos: me tenía confianza y hasta me con-

taba de sus enamoradas, pero creo que desde que lo jalaron en la «U» ha cambiado mucho.

—Mozo, mozo.

Los muchachos de la radiola, empujándose, abandonan la tienda del japonés.

Qué fácil es hablar: háblale tú, aconséjalo, dile que haga otra clase de vida: para María todo es fácil. Las veces que he querido hablarle, que he querido sincerarme con él, no he podido. Cuando he estado frente a él y como asustado me miraba, he tenido miedo, no he sabido qué decirle y colérico lo he gritado por cualquier cosa. Desde hace más de cinco meses he estado pensando en salir con él una noche, llevarlo al club Futuro, presentarle a mis amigos, tomar algunas cervezas y al volver a casa, un poco borrachos, hablarle como si fuera un amigo; pero este proyecto lo he ido aplazando de sábado en sábado: pero es difícil.

—Mozo, me trae un tacutacu y otra Cristal chica.

Dos borrachos, coléricos, están por irse a los puños por Curro Girón.

Su madre debe hablarle mejor: las mujeres sí saben de eso, ella tiene más confianza con Miguel. Todo me lo dejan a mí. Y ahora este problema de la casa: claro que la casita estaba bien; pero es muy cara: son mil ochocientos soles mensuales, sin incluir luz, baja policía y otros gastos más: mi sueldo no alcanza para tanto: hay que pensar en el diario, en la ropa, en los pasajes, en el colegio de Carlos, en las propinas de Miguel, menos mal que ya Bety no es problema, casi todo lo que gana es para ella, ella tiene que estar bien presentada, como señorita decente.

Desde el interior de la cantina-tienda-restaurant del japonés se ve el mar de Magdalena. La tarde, fría, va envolviéndose en una niebla fina, húmeda, que bosteza el mar.

Aquí hay mucha humedad: los chicos pueden volverse asmáticos. Habrá que buscar casa por Jesús María, por Lince o por cualquier otro barrio decente que esté cerca del centro. No conviene vivir por La Victoria: hay muchas cantinas y vagos; por el Rímac, ni pensarlo; por El Porvenir, tampoco, mucho provinciano pobre y hay maleantes y pros-

titutas. Sería una gran cosa si consigo una casita barata por Miraflores o San Isidro, podríamos darnos un poco de tono, habrá que buscar. Orrantía, San Antonio, Monterrico, ni pensarlo, es sólo para ricos. Claro que ya tendríamos una casita propia; pero era una locura haber acompañado a don Erasmo Tapia en la invasión que preparaba a un arenal para levantar una barriada. Bety tenía razón al oponerse. ¡Qué hubieran dicho mis amigos, mi familia!: después de tantos años de trabajo decente en el Banco, después de tanta pretensión ir a parar como cualquier pobretón a una miserable barriada sin luz, sin agua, en plena pampa y sobre todo rodeado de provincianos: para ellos está bien, al fin y al cabo, en sus pueblos de la sierra viven peor; pero nosotros, somos diferentes, somos conocidos, decentes.

El mozo pone sobre la mesa un plato con tacutacu.

El portero del Banco tenía razón, mucha razón: la casita es amplia y hasta con corralito, se podría criar gallinas, conejos, qué sé yo, lo malo es el barrio, la vecindad: todos son obreros: ahí viven casi todos los empleados de servicio del Banco y no es conveniente, por ningún motivo, que yo, un antiguo empleado de oficina, los tenga como vecinos: esa gente es buena, servicial, pero pronto toma confianza y si no se les detiene se suben hasta el hombro. Claro que el alquiler es bajo: está regalada, pero Bety sería la primera en oponerse. Y tiene mucha razón: a María, tampoco, no le gustaría ver a su única hija de vecina y comadre de obreras, de huachafitas: Bety ya es una señorita y debe tener otro ambiente.

El viento frío entra a la cantina, los borrachos se levantan las solapas del saco y se echan a la garganta copas de pisco. El obrero que come cebiche se frota las manos y un señor con cartapacio pide un coñac.

Mucho frío: María puede enfermarse de reumatismo: la pobre está tan flaca y vieja y siempre oliendo a cocina y a jabón de lavar ropa: cada día se pone más callada y triste: ya hace muchos años que no hablamos de nosotros: en los primeros años de matrimonio nos amanecíamos hablando, pero ahora me mira como si yo fuera un extraño: apenas si hablamos del diario, de la comida, de la ropa, de la casa, de Miguel, de Carlos, de Bety, del trabajo. Ya ni siquiera la beso: debe sentirse so-

la, abandonada, como yo: pero no sé qué hacer: vivimos como quien sólo espera la muerte...

Y la muerte trajinaba por todos los rincones de la casa: en el patio, en la salita, y hasta en los dormitorios, amigos, vecinos y parientes, haciendo grupos, hablaban en voz baja; sus tres hermanos mayores, con una cinta negra en el brazo, iban de un lado al otro con tazas de café y copas de pisco. Y ella, oculta en la cocina, con la muñeca más querida en los brazos, lloraba. Esa tarde, de cielo rojo intenso, no saldría, colegiala de trenzas, a pasearse por la alameda de su barrio San Lázaro de Arequipa; no vería tampoco a César que le había prometido traerle de Chilina peras y moras. Era martes, y ya la Banda del 3 de Zapadores estaría llegando al parque para la retreta. Ya nunca más volvería a ver a su padre, gordo, contento, sentado en un venerable sillón, a la puerta de la casa, con una botella de vino en la mano, hablando e invitando a todos los vecinos del barrio, mientras ella, cogida del brazo de alguna amiga, a la sombra naranja de la tarde, iba de arriba abajo por el malecón, y los muchachos, mataperros, sentados en los bancos, fumando a escondidas su primer cigarro, tarareando tangos de Gardel, las enamoraban, cerrándoles los ojos. Pero, ahí, en el comedor, su papá, desconocido, amortajado, dormía entre coronas y cirios prendidos. Así, tal vez, la habían velado a su mamá: ella no recuerda nada: era muy niña. De pronto, se abrió la puerta de la cocina y apareció César contra la luz naranja del cielo: era la primera vez que se atrevía a entrar hasta la cocina. Los zapatos los tenía llenos de barro fresco, el pantalón corto hecho jirones, la cara sucia de sudor y de tierra y el cabello revuelto, casi tapándole los ojos. Tímido, tragando saliva, le alcanzó su pañuelo repleto de moras sangrantes, del bolsillo sacó peras olorosas y las puso sobre la mesa de la cocina y, abriendo su camisa rota, sacó un pajarito de plumaje gris que comenzó a aletear, asustado. Se lo entregó: «Para ti, ya no llores», dijo y se fue...

La casa resultó grande para tan poca familia. Muerto su papá sobraba la salita, un dormitorio, el sillón venerable, los cubiertos. Ella y sus hermanos mayores se perdían, se hacían nada en la enorme casa.

Las cosas de papá fueron vendidas una a una. Un día, en casa de su madrina, encontró el venerable sillón de papá en la cocina: lloró incontinente. Sus tres hermanos mayores tuvieron que dejar el colegio: Mario se fue a la carpintería de su padrino; Pepe pudo encontrar, por suerte, un puesto en la Empresa Eléctrica y Manolo, aventurero, se fue en enganche a trabajar a la montaña. Al poco tiempo, llegó una carta de su tía de Lima. Le decía que se fuera a vivir con ella. Entonces Mario tuvo que vender dos catres, un ropero y algunos ternos de papá para poder comprar el pasaje en el camión de su amigo Pedro. Y una tarde, abandonó la casa con un atado de ropa y una canasta de frutas, quesos y dulces para su tía. Sus dos hermanos mayores la acompañaban. Miró por última vez su barrio de San Lázaro: la empedrada alameda con su malecón que da a la torratera de agua chocolate en verano; la capillita con sus campanas de juguete y, entre sauces y eucaliptos, vio el Misti morado con sus nieves naranjas por el reflejo de la tarde. En el puente la esperaba César, nunca lo había visto con la cara tan limpia, con los cabellos como planchados hacia atrás. Sin decir nada se agregó al grupo. Ella estaba triste; al llegar al parque vio, por última vez, las callecitas estrechas, empedradas y retorcidas de su barrio de San Lázaro. Entonces, César, tragando saliva, sacó del bolsillo higos y un rabo de conejo: «Para tu buena suerte», dijo y ella extendió la mano. Poco a poco, César fue quedándose atrás. Ella, entre sus hermanos mayores, tomaron por Santa Catalina. Antes de llegar a los altos muros amarillos del convento, volteó y pudo ver, allá, en la esquina de la farmacia Cuadros, a César, en medio de la calle, con sus medias negras debajo del pantalón corto, su chompa azul oscuro estilo Jorge Chávez y sus cabellos bien asentados hacia atrás que, triste, en medio de una tarde de colores, acuarela, agitaba la mano...

Y fue la arequipeña la que enloqueció a toda la muchachada del barrio. Apenas si asomaba la cabeza de trenzas negras por las cortinas de la ventana; apenas si salía de la casa los domingos, muy de temprano, a misa: siempre acompañada de su tía. Pero el barrio era triste: una sola calle larga, larga, con casas grises, descoloridas, de paredes húme-

das, sin árboles, sin río, sin chacras de trigo, de maíz, con moras, peras y molle. Y el cielo siempre sucio, nublado. Y la casa estrecha, húmeda y oscura. Sólo en verano se animaba el barrio: entonces, al atardecer, sus tíos abrían, de par en par, la puerta de la calle y, desde la salita, sin luz, veían pasar a la gente vestida de blanco. En la esquina los muchachos alborotaban con guitarras cantando La Palizada. Ya, en la noche, se acercaban hasta la puerta de su casa y le cantaban tangos y valeses tristes. En invierno la calle siempre estaba desierta y fría. Le gustaba acompañar a sus tíos al centro de Lima: las avenidas amplias con edificios de muchos pisos la dejaban con la boca abierta; la gente, peleándose por subir a los tranvías, la asustaba, y el Jirón de la Unión con sus pastelerías, con sus jóvenes guapos de sarita la hacían sonrojar. Un muchacho vecino, hijo de un chofer, comenzó a rondar su casa. Varias veces le dio serenata: desde la cortina floreada de la ventana lo veía alto, un poco pálido, de ojos negros, negros. Le agradaba ver su saco corto de solapas cruzadas, ajustado al cuerpo; sus pantalones con basta vueluda como de marinero; su chalina blanca de seda, su peluca bien peinada, brillante. Cuando con voz de tenor le cantaba aquel tango de la viejita que se queda sola porque sus hijos se fueron a la guerra de Francia, recordaba su barrio de Arequipa y no podía contener el llanto, entonces, entonces, corría hasta su cama y sacaba de la funda de la almohada el rabo de conejo que le dio César y lo besaba, llorando. Una mañana, cuando volvía de la tienda, se acercó el muchacho y, haciendo una venia, se presentó. Le agradó su voz: hablaba rápido y fino. Desde entonces, noche a noche, ella se ingeniaba para escaparse de la casa de sus tíos y verse, en la esquina, con su muchacho. Ella le hablaba de Arequipa y, él, le contaba del barrio: volteando la cuadra hay un billar y, ahí, se reunía con sus amigos para jugar y tomar un poco de licor; le dijo que estudiaba en el Instituto de Comercio y que ya le faltaba medio año para recibir su diploma: le contó que su papá era el chofer del gerente del Banco del Perú. Y una noche de verano tocaron la puerta. Ella tuvo vergüenza de abrir y se escondió en la cocina. Pero su tía la sacó a la fuerza. Ahí, en la salita, estaba su muchacho, pálido, tembloroso, con un ramo de flores en la mano, acom-

pañado de sus padres. El señor vecino vestía un terno blanco, en una mano tenía la sarita y en la otra un bastón; su esposa llevaba un traje de seda floreada, brillante. Su tío, alegre, mandó a comprar una botella de champán y, entre cuentos y chismes del barrio, concertaron el noviazgo. Durante más de medio año, todas las noches, llegaba el novio con dulces y chocolates. En la salita, solos, conversaban tomados de la mano, mientras, desde la vitrola, llegaba la voz de Carlos Gardel. Le enseñó a bailar el tango, el vals, la polka y hasta el charlestón. Una tarde, llegó, contento, con el diploma en la mano: ya podía trabajar en el Banco; ya podrían casarse; se la llevaría al departamento de la quinta en donde vivía con sus padres: el dormitorio del fondo era amplio y bonito. Y así, una mañana, vestida de novia, bailó un vals, con su muchacho pálido de ojos negros, vestido de chaqué. Después del almuerzo, salió de la casa en medio de aplausos, música y gritos de toda la chiquillería del barrio. Su padrino de boda, el gerente del Banco del Perú, les obsequió el viaje de luna de miel a Chosica. Fue inolvidable el viaje por tren, la noche en el hotel, elegante, del Ferrocarril y los dos cortos días de amor y de paseos por la orilla del río, por las chacras: recordó mucho su barrio San Lázaro de Arequipa y, sonrojada, le confesó a su joven esposo la amistad que había tenido con César y, avergonzada, le pidió permiso para seguir conservando el rabo de conejo. Al volver a Lima sus suegros los esperaban en Desamparados. Ya en el departamento de la quinta la hicieron pasar al dormitorio del fondo: estaba limpio, adornado con flores. Luego vinieron días dulces de paseos, de teatro, de chifa y de bailes familiares. Su muchacho pálido de ojos negros, de hablar rápido y fino, era trabajador y cariñoso, y ella, con sus trenzas, su risa, iluminaba el dormitorio del fondo del departamento de la quinta...

Doña María, después de lavar los platos, se dirigió a su dormitorio del fondo, triste, oscuro.

2:05 a.m.

Jesús María - San Isidro

Don Lucho bajó del tranvía. La avenida Brasil se pierde en la bruma gris verdosa de tarde nublada. Bandadas de muchachos, con uniforme comando caqui y casacas de cuero, acosan, alborotados, a colegialas de falda azul y chompa azul. Camina apresurado por la avenida Mariátegui: casas con jardín delantero; ómnibus y autos van y vienen en fila interminable.

Y nunca pudo hacer plata: siempre en el mismo puesto del Banco desde hace más de veinte años. Y los hijos vinieron, se acabaron las fiestas y sólo de vez en cuando una amanecida en el club Futuro con su respectiva mesita de póker. Por más que todas las semanas compraba religiosamente un huachito de lotería nunca fue favorecido ni con un solo centavo. Probó suerte en la carrera de caballos, pero igual, siempre perdía.

Dobla a la derecha: Huamachuco: quintas y edificios de cemento, sucios, viejos: jardines, descuidados. Muchachos rocanroleros, parados en las esquinas y puertas, conversan y fuman; niños, en media calle, juegan con trompos y latitas. Don Lucho abre *El Comercio* y en la sección avisos económicos ve la dirección de un departamento en alquiler: Huamachuco 1837. Cruza a la izquierda. Tienda oscura de abarrotes y licor. Una señora gorda despacha cerveza a un grupo de jóvenes que juegan a los dados sobre el mostrador sucio. Luego pesa azúcar. Empaqueta y recibe de una niña un billete de cinco soles. Don Lucho espera. La señora gorda alcanza el vuelto a la niña y dirigiéndose a don Lucho le pregunta:

-¿Qué desea?

-Venía por el departamento que alquilan.

-Espere.

La señora gorda se acerca a la puerta interior de la tienda y llama:

-Mario, MARIO, MARIOOO.

Aparece un joven frotándose los ojos.

-¿Qué hay?

-Siquiera sirve para algo: enseña al señor el departamento.

El joven Mario, alto, macizo, se arregla la abundante peluca que le tapa los ojos. Al salir de la tienda da un manazo a la cabeza de un muchacho que está tomando cerveza. Se ríe. Se acomoda el bluyín, se frota las manos y bosteza. Camina por delante de don Lucho. De una patada abre una puerta. Suben por gradas oscuras y sucias. Llegan al segundo piso y siguen por un corredor húmedo. El joven Mario vuelve a bostezar y de un puntapié abre una puerta. Entran: una pequeña habitación sin ventanas; al fondo, una puerta. El joven Mario de un puntazo abre la puerta. Se recuesta sobre la pared mal pintada y saca del bolsillo de su camisa negra un cigarro. Don Lucho entra a un cuartito sucio de humo y de basura.

-Aquí se prepara la jamancia -dice el joven Mario, echando el humo de su cigarro a la cara de don Lucho.

-¿Y el baño?

-Afuera: ahí todos los feligreses de la cueva bajan de peso.

-¿Qué?

-Traducción: el baño es colectivo para todos los inquilinos.

-¿Y en cuánto lo alquilan?

-¿El water?: no, es gratis, gentileza de la casa.

-No, esta habitación.

-¿Cuál que no la manyo?: ¿habitación?, departamento.

-Bueno.

-En seis grandes o sea una quina y ten labias.

-¿Qué?, hable claro.

-Traducción: seis ferrocarriles; traducción: sesenta coloradas; traducción: seiscientos soles, ¿comprendido?

-¿Y con quién hay que tratar?

-¿Ya no estamos tratando los dos?

-Le pregunto por el dueño.

-Dirá la dueña.

-¿Quién?

-Mi tecla: traducción: mi drema; traducción: mi vieja; traducción: mi cocha; traducción: mi mami.

Y volvió a echar el humo de cigarro a la cara de don Lucho.

Salen del departamento. Bajan y entran a la tienda. El joven Mario se incorpora al grupo de muchachos que beben cerveza y juegan a los dados.

-¿Y le gustó el departamentito?

-Es un poco caro.

-¿Caro?, no me haga reír: si está casi regalado,

-¿Cuánto es lo último?

-Tendría que consultar con mi esposo.

-¿Con cuál de todos, ah? -pregunta, burlón, un borrachito que está parado en la puerta.

El joven Mario se lanza, furioso, sobre el borracho. Lo toma por las solapas y, en peso, lo lleva a media calle. Ahí le pega y lo revuelca, sobre el asfalto sucio de barro, a patadas. Los muchachos salen a la carrera de la tienda. Hacen rueda. El borracho chilla. Los niños dejan de jugar al trompo y, vocingleros, se incorporan al grupo.

-¡Dale! ¡Dale!

-¡Chúpale el ojo!

-¡Mario, déjalo corvina!

Gritan y escupen al borrachito que, tirado en el asfalto sucio, todo encogido, sólo atina a taparse la cara con las manos. Don Lucho sale de la tienda, se abre camino por entre el ruedo de curiosos y agarra al iracundo Mario por el brazo. El furioso Mario voltea y con movimiento fuerte de hombro se desprende de don Lucho y sigue pateando al borrachito que, tirado en el suelo, grita ronco. Los demás muchachos empujan a don Lucho y un niño, saltando en el aire, lo escupe en la cara. Don Lucho, sin decir nada, como atontado, se limpia el rostro y

se retira del grupo mirándole los ojos al niño roto, despeinado, que se mete el dedo a la nariz.

Y un compañero exaltado, en la asamblea general, quiso escupirle la cara, diciéndole que era un traidor, un soplón. Entonces, él, sereno, pidió la palabra. El director de debates hizo callar a todos y lo invitó a que saliera al frente y explicara su situación. Arreglándose la corbata, avanzó por entre sus compañeros de trabajo. Y, ahí, frente a todos, dijo que efectivamente su padre había sido chofer del gerente, que éste era su padrino, pero que eso no era razón suficiente para acusarlo de traidor, de soplón. Contó que hacía tres días el gerente lo había llamado a su oficina para interrogarlo sobre la asociación que estaban formando, pero él no dijo nada y para terminar dijo que estaba muy dolido por la falta de confianza que había demostrado un compañero hacia su modesta persona. La voz se le quebró y no pudo contener las lágrimas.

Angamos 437: edificio amarillo, nuevecito, de cinco pisos. Don Lucho mira su reloj pulsera. Corredor amplio: piso brillante, negro; paredes con espejos; olor a cemento y a pintura frescos; ascensor de metal rojo, reluciente. A la izquierda, debajo de las gradas, una puerta pequeña y casi escondida, encima una plaquita de metal: PORTERÍA.

Don Lucho toca el timbre. Espera. Vuelve a tocar. Se abre la puerta. Aparece una señora secándose las manos en su delantal.

-¿A quién busca?

-Venía por el departamento que alquilan.

La señora lo mira, detenidamente, de pies a cabeza, y pregunta:

-¿Es para usted?

-Sí.

-Creo que no le conviene: son dos mil trescientos al mes sin contar gabelas, agua, luz, portería.

-¿Puedo verlo?

-No me haga perder tiempo: tengo mucha ropa para lavar. ¿Para qué quiere verlo si no puede pagar ese alquiler? Buenas tardes. Y cierra la puerta con fuerza.

Y parado en la puerta sin saber qué hacer: los días pasaban y no podía conseguir dinero para sacar a su María de la Maternidad. El

gerente, su padrino, enojado desde aquel día del interrogatorio, ya ni siquiera lo miraba: le negó un adelanto de sueldo. No había a quién recurrir y su María, con Carlitos, recién llegado al mundo, estaba como presa en la Maternidad.

El cielo sigue color ceniza. La calle se pierde en bruma gris verdosa. Casas pobres de vecindad. Muchachos melenudos alborotan en la puerta de un cine. Señoras, con botellas en la mano, rodean un triciclo con latas de kerosén. Dos muchachas, despeinadas, con vestido de entrecasa, conversan arrimadas a una puerta. Niños rotosos, sucios, juegan con perros vagabundos. Tres hombres con chalina al cuello salen de un oscuro billar. Don Lucho, apurado, cruza una plaza y entra a una amplia avenida con jardines y árboles. Residencias elegantes con inmensos jardines. En la esquina un supermercado: autos con choferes uniformados, criadas vestidas de blanco y señoras pintarrajeadas. Don Lucho se saca los anteojos, los limpia con el pañuelo y se los vuelve a poner. Desdobla *El Comercio* y busca una dirección. Mira el número de una residencia. Cruza la amplia avenida. Se detiene frente a un hermoso chalet de estilo californiano. Abre la reja del jardín y camina hasta la puerta de fierro y vidrio catedral. Toca el timbre. Espera. Y sale un señor joven con impecable terno gris, corte inglés, camisa amarilla y corbata oscura. En la mano lleva un abultado cartapacio.

—¿En qué puedo servirlo?

—Vengo por el departamento que alquilan.

El señor vestido de gris clava, profundo y detenido, los ojos en el terno café, caído en los hombros, de don Lucho. Don Lucho, avergonzado, trata de arreglarse la corbata, esconder la camisa remendada en el cuello, ocultar los codos de su saco telita de araña.

—Creo que no le va a convenir: es caro. Pero tengo otra cosa para usted. Si desea podemos ir al instante.

—Bueno.

Y el señor vestido de gris invita a don Lucho a subir a un auto negro. El automóvil se pierde en la bruma gris verdosa de la amplia avenida.

—Cada día se hace más grave y angustioso el problema de la vivienda —comenta el señor vestido de gris.

Don Lucho lo mira de reojo: cutis blanco, ojos claros y bigote rubio: igual al que fue su padrino, parecido a los dueños del Banco, al gerente de la Empresa Ricardo Palma, igualito a los mejores clientes del Banco. El auto se detiene: luz roja en el semáforo.

—El gobierno tiene el irrenunciable compromiso de dar una solución justa y viable a este agudísimo problema. Ya don Pedro ha dicho: techo y tierra. Techo para los pobres de la ciudad y tierra para nuestros pobres e injustamente olvida dos indios. Pero eso sí, le advierto, que las soluciones tienen que ser peruanas, continentales, que no nos vengán con el cuento de Moscú, Pekín o La Habana, no, mi querido amigo, las cosas claras, soy demócrata, la libertad ante todo, nada de comunismo.

Luz verde: el auto avanza, veloz, por una interminable avenida que se pierde en la bruma gris de invierno: árboles, jardines, residencias, policías, grupos de marineros yanquis pasan, vertiginosos. Y el señor de gris habla:

—Hay que liberar a la juventud del imperialismo mental de Mao, la única solución es el relativismo histórico, porque el país necesita una profunda transformación, pero pacífica, sin distinguos de clase, todos los peruanos unidos trabajando codo a codo para el progreso del país, porque le digo, mi amigo, que hemos tenido la suerte de haber nacido en un país inmensamente rico: hay para todos, si trabajan y se esfuerzan, claro está, la selva es nuestro emporio, a toda esta gente que vive en barriada la mandaré a colonizar la selva.

Don Lucho mira las grandes residencias que van quedando atrás.

—Hay que traer abajo a esas inmundas quintas de vecindad: hay que levantar edificios modernos bien ventilados, con excelentes servicios higiénicos y, sobre todo, enseñar a nuestro sufrido pueblo a vivir decentemente, sólo así haremos patria, sí, mi querido amigo, ¿no le parece?

—Claro —contesta don Lucho mirando el hermoso reloj pulsera de oro del señor vestido de gris.

—Está comprobado que la quinta es un semillero de delincuentes, porque, ahí, mi amigo, no hay respeto a los padres, la moral ni la conciencia, y ahí la gente es sucia, apesta, yo siempre me he preguntado:

¿qué les cuesta bañarse, digamos, dos veces por semana?, no, qué vamos, y a propósito, usted ¿dónde vive?

-En una quinta.

-¡Ah!, entonces, usted, mi amigo, puede darme la razón.

Don Lucho, desde la ventanilla del auto, sigue mirando las residencias de la gran avenida San Felipe.

-Me da la impresión que esa gente es bruta, no quieren dejar la quinta, parece que gozan viviendo en la inmundicia.

El auto se detiene. Bajan: una larga pared pintada de blanco y un portón de madera. El señor vestido de gris, con la punta fina de su zapato nuevo, abre la puerta: tierra, piedras, desmonte y, al fondo, una caseta de eternit.

-Ése es el departamentito -dice señalando la caseta de eternit- pero le advierto que sólo lo alquilamos por seis meses. Pensamos construir un edificio de más de diez pisos. Todos departamentos residenciales, propiedad horizontal, ¿me entiende?

El señor vestido de gris abre la puerta de la caseta: tres salas seguidas, en fila, con piso de cemento.

-¿Y la cocina y el baño?

-Por el momento ése es el problema, pero mientras tanto con un poco de calamina y buena voluntad se puede levantar un cuartito para la cocina.

-¿Y el baño y el agua?

-Por el momento, hasta que pongan las instalaciones, se puede hacer una letrina allá, al fondo, y el agua la toman de allá, ve, a la entrada, ahí hay un caño.

-¿Y en cuánto lo alquila?

-Teniendo en cuenta todas estas incomodidades pasajeras se lo dejo en trescientos cincuenta soles. Podría quedarse durante la construcción al cuidado de los materiales, en ese caso, no le cobraríamos nada de alquiler, es más, le podríamos pagar algo.

-¿Habría que dar alguna garantía?

-Me sobra y me basta la garantía de su trabajo, perdón, ¿dónde trabaja?

-Soy bancario.

-¡Ah!, ¿entonces usted es todo un maestro en huelgas?

-No crea.

-¿En qué banco?

-En el Banco del Perú.

-Ah, en el de don Manuel.

- Efectivamente.

-Nuestras familias se conocen mucho. Mi tío Claudio es íntimo de don Manuel, precisamente, hoy en la mañana me decía que Manuel, el general y el jefe son los que han traído abajo al gabinete, es seguro que ya tengan listo el nuevo equipo, para estas cosas Manuel es muy hábil, habilísimo.

-Si no encuentro otro departamento mejor, ¿dónde puedo buscarlo?

-Hoy en la tarde será imposible ubicarme, mañana, a primera hora puede encontrarme en casa, usted ya conoce, y en la tarde me puede llamar por teléfono, tenga usted -y entregó a don Lucho una tarjeta- y si la cosa apura, en la noche puede encontrarme en el local del Partido.

Terminado el variado y exquisito piqueo criollo, íntimos y familiares, en grupos achispados, conversadores, subieron por la escalinata de piedra y azulejos. Ya en los portales del segundo piso, la señora Katy, con hábito morado, fumando, mostró, extasiada, un enorme cuadro colonial. Don Manuel, locuaz, movedizo, siempre seguido por Tito, hizo pasar a sus íntimos a una salita: entusiasmado, les hizo contemplar su extraordinaria colección de huacos y tejidos de las culturas preincas de la costa. El incorregible Fredy, con movimientos de gacela gorda, sin dejar de mirar de reojo a un joven displicente, tomó, delicado, un huaco y, con voz aflautada de senil canario, alabó la maravillosa, maravillosa y siempre maravillosa maestría de los antiguos peruanos: ¡eran todo, todo y todo un primor!

Don Manuel y sus ocho amigos, en grupo, colectivos, alabaron la erudición y la fina sensibilidad selecta de Fredy: ¡era todo, todo, pero todo un especialista, un encanto! Todos estuvieron de acuerdo: Manuel tenía la obligación de conseguirle una cátedra de Historia o de Estética o de las dos cosas juntas en San Marcos, en la Católica o en la universidad particular que estaba organizando Antonio: la República no podía perder, así porque así, ni mucho menos malgastar la inteligencia y el talento de Fredy. Don Agustín, pulcro, medido, académico, comprometió a Manuel a ceder su extraordinaria y maravillosa colección, cuando muriera, claro está, a un museo nacional. Numerosos jóvenes galantes rodeaban a la señora Katy que, entre fumada y fu-

mada, sin sacar los ojos de encima de un joven de perita recortada y tez canela, hablaba, docta, sobre la grave y ponderada exquisitez de la línea, sobre la profundidad cálida de los opacos naranjas, sobre la clarividente perspectiva del cuadro colonial. Un grupo de señoras maduras, de hábito morado y mantilla blanca, se entretenían, niñas mirando los peces de colores. En un rincón, Toño, rodeado de muchachas, contaba un chiste colorado. Los mozos iban y venían con fuentes llenas de fruta y chocolates. Tito, aburrido, salió de la sala y pasó de frente al salón de balcones a la calle. El criado moreno daba los últimos toques a la decoración especial. Los sillones estaban dispuestos cerca de los balcones. En la pared de la izquierda habían levantado un imponente altar con el cuadro del Señor de los Milagros; dos sahumerios aromaban el salón con incienso; cuatro grandes y gruesos cirios se consumían, lentamente, en llama azul; en mesas especiales varias canastas con flores picadas. Tito se asomó al balcón de negra madera tallada.

Camina hasta la esquina. Voltea y, nuevamente, se encuentra en la calle que dejó hace un momento: está perdido, no puede salir de San Isidro: es un entrevero de calles oblicuas, cortas, con árboles.

Estos barrios de gente rica son así: para que los que vengan por primera vez se pierdan, para confundir a los ladrones. Estos barrios se parecen a los barrios de maleantes, allí, el entrevero de calles sirve para despistar a la policía: los extremos se tocan.

Llega hasta una esquina y frente a él aparece El Olivar: la niebla se enreda, coposa, en árboles ancianos, retorcidos, nudosos; el césped brilla perlado y en las fuentes el agua, azulísima, refleja el cielo ceniza y el bosque de olivos, tristes. Frío. Silencio. Grandes jardines, que parecen parques públicos, rodean lujosas residencias; flores y luces entre la niebla de invierno.

Parece un cementerio, pero ahí, dentro de estas casas, la gente debe vivir con todas las comodidades; seguro, casi todas las noches, habrá fiesta: esta gente rica tiene muchos compromisos sociales, debe ser agitado llevar una vida así. Si no fuera por la página de sociales de los periódicos casi nada sabríamos de ellos, en esto también se parecen a los maleantes, sólo sabemos de ellos por los diarios, en cambio, de esta pobre clase media casi nadie se ocupa.

Cruza El Olivar y, agotado, se sienta en un banco. De una residencia sale una señora con hábito morado; detrás, una negrita con hábito morado y tres niños gordos con ponchitos morados. Esperan en la

puerta del jardín. Del garaje sale un auto negro, lujoso, se detiene frente al grupo morado. Un negro vestido de negro y corbata morada abre la puerta del carro.

Y por más que María se puso hábito morado y prendió velas al Señor de los Milagros nunca me mejoraron en el Banco. Veinte años, más o menos, haciendo lo mismo: sumas, intereses, descuentos, letras, grandes cantidades de dinero, pero casi nada para mí. Y en este mes de octubre, mes del Señor, el trabajo se triplica en la cuenta corriente de los fabricantes de tela morada, en la cuenta de los dueños de fábricas de velas, de cerveza, de pasteleros que hacen turrón de Doña Pepa, de joyeros que hacen milagros de plata y de los empresarios de corridas de toros. «En octubre, gracias al Señor, hacen su agosto.»

Se levanta del banco y vuelve a caminar frente a las enormes residencias. Desde la reja de un jardín, un mayordomo, pantalones negros, camisa blanca y chaleco negro con rayitas rojas, no le quita los ojos de encima: su temo café, caído en los hombros, con los codos telita de araña, su camisa limpia, pero remendada en el cuello, lo hacen sospechoso. El mayordomo entra a la casa y, al momento, sale con un furioso perro que, poniendo las patas delanteras en la reja, ladra, ladra.

Se quita los anteojos, los limpia con el pañuelo y se los vuelve a poner. Sigue de largo, alejándose un poco de las rejas de los grandes jardines. En la puerta de una mansión hay un aviso:

SE ALQUILA

O

SE VENDE

—¿De parte de quién?

—Del señor don Luis Colmenares.

—¿Ha venido con usted?

—No. Él me envía para que le informe sobre la casa que se alquila o vende.

—Adelante.

El mayordomo, un mestizo de temo negro y zapatos de charol, abrió la puerta de fierro y opaco vidrio catedral. Un amplísimo salón:

piso de parquet y paredes plomas con entornados blancos. Asombrado, examina el salón. Al fondo, una pared de cristal. Y, más allá, tras el ventanal, el jardín con flores extrañas. En el centro del salón una escalinata de mármol, blanquísimo, con alfombra roja y fierritos dorados en cada grada. Detrás del mayordomo, mirando las arañas de cristal que penden del techo, sube por la escalinata.

-¿Y este señor que se interesa por la residencia, cómo dijo que se llamaba?

-Don Luis Colmenares.

-¿De los Colmenares dueños de la hacienda «La Fortuna»?

-Tienen cierto parentesco, don Luis es miembro del directorio del Banco del Perú.

-Creo conocerlo.

Llegaron al segundo piso: un largo corredor con muchas puertas. Se acercó al ventanal y vio el jardín de flores extrañas, la piscina y, al fondo, un pequeño chalecito suizo.

-Qué hermosas flores.

-Son de la señora, es su hobby, algunas las ha mandado traer desde el África.

-¿Y ese chalecito?

-Es para la servidumbre.

-¿Y la otra casita que está al lado?

-Ahí viven los perros.

-¿Y quién es el dueño?

-Esto es de los Carban, ellos se fueron a Monterrico, la señora decía que es la mejor urbanización de todas y que ya San Isidro se estaba llenando de nuevos ricos y de serranos con plata.

-¿Y en cuánto la alquilan?

-En trescientos.

-¿Trescientos?, no puede ser.

-Perdón, dólares, los señores me han encargado que diga que ellos no quieren saber nada con los soles.

-¿Y en cuánto la venden?

-En cuarenta mil dólares.

Seguido por el mayordomo, baja por la escalinata de mármol y alfombra roja.

-Gracias -dijo don Lucho al salir de la residencia en alquiler o venta.

El pequeño departamento —una habitación y baño—, como siempre, estaba desarreglado: periódicos y revistas desparramados por el suelo; debajo de la cama deshecha medias y ropa sucia; sobre la mesa libros, cuadernos y papeles en desorden. La cortina roja de la ventana corrida dejaba entrar la luz gris de la tarde nublada; fuera, por la avenida Venezuela, autos y ómnibus, vendedores ambulantes y peatones en ruido insoportable. Se quitó el saco del pijama y se puso una chompa gruesa para el frío. Se tendió sobre la cama, abrió un libro de poemas, pero no pudo leer: le dolía la cabeza. Se quitó los anteojos, cerró los ojos e intentó dormir.

De verdad que a uno lo cambian, lo transforman: nunca imaginé que podría vivir solo. Hasta los dieciocho años viví en Arequipa en una casa grande con patio y con más de siete hermanos; luego, en La Cantuta éramos más de cuatrocientos alumnos, en el internado compartía una habitación con dos compañeros y en el comedor en cada mesa comíamos hasta ocho alumnos. Ahora, almuerzo solo, vivo solo en este hueco húmedo. Sin embargo ya estoy acostumbrado. Cuando recién llegué de Arequipa me fue difícil comprender el sentido de esta enorme ciudad de Lima; ahora, ya estoy metido en ella, hormiga. Enseño a sus niños bien, camino por sus calles, bebo en sus cantinas, simulo amar en sus prostíbulos y como dice un poeta amigo «lloro en la oscuridad de sus cinemas». He cumplido veintitrés años y no sé qué hacer. Hace un año me creía un revolucionario porque era dirigente estudiantil, por-

que estudiaba marxismo, porque escribía cuentos con «claro mensaje socialista», porque visitaba sindicatos; pero ahora ¿qué?: profesor en colegio de curas y borracho sabatino y nada más. Alguna vez pensé dejar todo esto, partir a la sierra con armas, organizar a los campesinos y declarar desde cualquier Sierra Maestra guerra a muerte a la burguesía, pero me pareció muy romántico, además no sé hablar quechua. Me duele mucho la cabeza: es la amanecida de anoche, el pobre Pulga, después de haber tomado mucho, se puso a llorar, tuve que dejarlo en la puerta de su casa, salió su esposa y me insultó, me dijo que sólo servía para hacerlo emborrachar a su marido.

A la pasada, rápido, se miró en el espejo de la cómoda. Tiró la puerta con fuerza y corrió por el estrecho corredor. Bajó de dos en tres las gradas viejas de madera gastada. La enorme quinta, oscura, parecía abandonada. Silbó en una ventana. Lejos, se oía el bombo, las cornetas y un opaco rumor de voces y gritos. Siguió hasta la puerta principal: la calle angosta, iluminada por débiles focos de luz amarilla, desierta. Corrió dando patadas a los postes de metal. Aminoró la marcha. Se abrió la bragueta y, con todo el miembro afuera, orinó por en medio de la calle, sin dejar de caminar. En la esquina de Manco Cápac todos los vecinos: las señoras, en la vereda, conversaban, animadas, pudo ver a su vieja; en la cantina, los esposos tomaban, discutiendo a gritos; en el centro de la avenida, los niños se revolcaban en la tierra del jardín pelado. Pasó de largo hasta la cantina del chino José.

En la puerta de la cantina varios muchachos tomaban cerveza y ponían discos a la radiola. Se detuvo.

-Vamos.

-Espera, Caradehumo, Kerosén ya viene.

-No, si lo silbé en su hueco y nadie salió.

-Espera, espera, patita, todavía hay cebada.

Caradehumo tomó de un solo trago la cerveza de un vaso. El Loco está que baila solo frente a la radiola. Paulanca, apoyado en el mostrador, canta en dúo con el disco. Primus juega cachito con el Serrano.

Melenita lee un chiste. A la carrera, por entre autos y colectivos viejos, llega Kerosén.

-Vamos.

Primus paga la cuenta y toda la collera, andando rápido, uno detrás de otro, se dirige a la plaza de La Victoria. Por delante, Caradehumo camina, tropezándose, a propósito, con toda chica que encuentra. Kerosén va pegando la cabeza de muchachitos que corren de un lado al otro. Paulanca, con un cigarro en la boca, se abre campo por entre la gente que colma la acera. Primus va molestando al Serrano: le mete la mano, le pone el pie; el Serrano voltea y, riendo, da de puñetes a Primus. Por detrás, Melenita, preocupado por no quedarse al último, corre agitado. Caradehumo se detiene y toda la collera rodea a un vendedor ambulante de sánquches.

-Carmenrosa, un sánquche y bien servido pa' tu firme.

-Caradehumo, primero el molido, si no nelson.

-¡Cómo!, ¿le vas a cobrar a tu marido?, ¿ah, ah, ah?

-Tú Caradehumo, ¿mi marido?, ayyayayayyyy, no me hagas reír.

-¿Qué más quieres choloemierda, ya, yayaya, un sánquche y no jodas.

-Mira, Caradehumo, por favor no te metas conmigo que yo te mando a la cómica, y ya sabes por qué te lo digo.

-No te calientes, Carmenrosa, ¿ya?, un sánquche y después de la proce me esperas en tu choza, ¿ya?, mira que estoy bien aguantadito, te hago lo que quieras, ¿ya?

Entonces, Melenita le metió la mano a Carmenrosa. El vendedor le torció los ojos, afeminado. Toda la collera comenzó a dar vueltas, como pieles rojas, alrededor de Carmenrosa.

De pronto, Kerosén toma, veloz, una pierna de chanco grande y echa a correr seguido por toda la collera.

-¡POLICIAPOLICIAPOLICÍA! ¡LADRONESLADRONES! ¡MERROBAN!

Kerosén, con la pierna de chanco, escondida debajo de la chompa negra, abandonando Manco Cápac, corre por una calle oscura, angosta. Caradehumo, que va pisándole los talones, le pone el pie. Kerosén cae de bruces. Todos los carretas se lanzan sobre él en cargamontón.

Kerosén, en medio de la pelea, logra llenarse la boca con carne de la pierna, luego, la arroja lejos. Melenita es el primero en salir disparado tras la presa de chanco: la recoge y, ávido, muerde. Caradehumo, rápido, se la quita y corre, mientras, desesperado, arranca con los dientes grandes trozos de carne y de grasa. Primus lo alcanza y pelean. La pierna, toda mordida, rueda por el asfalto. Paulanca recoge la presa, la muerde y se la pasa al Serrano. A la luz de un débil foco amarillo de un poste de metal de una calle angosta, oscura, desierta, de La Victoria, Caradehumo, Kerosén, Melenita, Paulanca, el Serrano y Primus, sentados en el sardinel de la vereda, mastican, callados, la parte que les tocó de la pierna de chanco. Melenita bota el hueso a tres perros que a mordiscos, rabiosos, se la disputan.

Vuelven a Manco Cápac y avanzan en grupo bullicioso, movido, hacia la plaza principal de La Victoria.

La esquina estaba ful de chelfas, giles y teclos: todos peleándose a codazo limpio por tener su sitio bacán para ver pasar al Ñorse Milagrero. La proce ya estaba en la plaza. En plan de cochineo comenzamos a meternos entre la gente. Íbamos en fila agarrados por la cintura: había que ver a ese Kerosén por delante, vicioso, metiendo la mano pajera a todas las gilas. Melenita riéndose se defendía con las manos de los golpes que le daba en la mitra una grone tecla. Primus le había pisado los callos a la pobre tecla. Y la gente se amontonaba, así, en las veredas y en la calle. Un gil con cara e raya lo agarró por el brazo a Paulanca: quería entregarlo a un tombo, decía que lo había chapado metiéndole la mano en el pozo de su corsa. Mentira: seremos collera palomilla, pero nunca entramos en plan de labore. Los faroles de Paulanca ya se iban en plan de lágrima. Pero, primo, para eso están los carretas: entre toda la gente que se empujaba nos fuimos en cargamontón sobre el gil con cara e raya. Le regalamos firmeza: pura patada en los tobillos. Abí se armó la grande, todos se pegaban, las gilas se defendían con las carteras y gritaban como gatas, y las teclas, asustadas, nos arañaban y pedían perdón al Ñorse Milagrero. No había por dónde salir de la pelotería: detrás, la esquina repleta de feligreses; delante, la calle ful de hermanos y hermanitas que tropezándose avanzaban en tropel de vere-

da a vereda. Y allá por la esquina de Veintiochoejulio el Ñorse Milagrero ya entraba a la plaza con sus luces y sus flores. En el cielo oscuro se prendían fuegos artificiales. Sin que nos diéramos cuenta ya estábamos en el centro de la calle en medio de la proce. Suspendidos por la apretadera de los hermanos casi íbamos en el aire. Paulanca, degrecao, se había colocado firmeza detrás de una gila bien rica: apachurrado por la gente que avanzaba despacio, pero empujando, iba todo serio, haciéndose el rezador, con la boca abierta de arrecho que es, bien pegado a la gila. El bombo y las cornetas sonaban lejos. La apretadera de gente nos llevaba de un lado al otro, apachurrándonos como a conejos. Casi me quitan las tabas, casi también me sacan una manga del corsario. Todos los carretas de la collera a gritos nos llamábamos para no perdernos. Un gil, tecló él, con lentes, disimulado, sapo, se colocó junto a mi pájaro. Había que verlo, pendejo, aprovechándose de la empujadera, cómo se me pegaba. Por mi madre, que sentí una mano por la pierna. Creí que era el vicioso de Primus, pero nelson, patita, era la mano del gil lentejudo. Amargo le metí un rodillazo de alma. No dijo nada, más bien, peleándose con todos, logró colocarse delante de Melenita. Paulanca ya estaba perdido de la collera: seguro estaría detrás de esa costilla punteándose de lo lindo, pendejo, Primus me dijo: «Manya, manya, Melenita ya se encontró su cabrilla». Cuando torcí el pescuezo, curioso, para luquear a Melenita vi, cerca, a la Samaritana. Lueguito la reconocí por su cabello rubio y su cara pintada de meca. La gente apretujándola la llevaba en peso. Entonces dije a los carretas para acercarnos a la Samaritana. Todos dijeron: «yeso, primito», y nuevamente agarrándonos por la cintura nos pusimos en fila. Pisando callos y empujando con codos y rodillas nos abrimos paso por entre la apretadera de giles y chelfas que avanzaban tropezándose. Por fin logramos llegar a donde la Samaritana. Yo de puro sapo que soy me puse detrás de la meca: ¡qué buen trasero, compadre! Kerosén riéndose se colocó a un lado de la Samaritana; Primus empujando con los codos a unas teclas se puso al otro lado. Y el Serrano, caliente, quería botarme. Melenita se había ido en plan de mostaza con la cabrilla lentejuda. Y la proce avanzaba y avanzaba. La Samaritana volteó y me

reconoció. Claro que ya me manyaba: varias veces me la había pirobeado en el baño del cine Odeón; quería que yo fuera su camote, su papalindo, pero, nelson, compadre, es muy locateli: nunca está tranquila, le gusta el pájaro como azúcar. Me sonrió. Entonces, haciéndose la rezadora, comenzó a menearse, suave, disimulada, al ritmo de la proce. Y la gente apretaba más y más. Arrecho le metí la mano por debajo del hábito. Kerosén y Primus, serios los giles, se iban en plan de paleta. La gente que nos rodeaba, apachurrándonos, ni cuenta se daba de la trafa. Todo estaba casi oscuro. Arrecho, arrecho, le puse el pájaro entre las nalgas. Todos los giles que se empujaban en la proce nos juntaban más. A la Samaritana casi la llevaba en el aire. Kerosén, riéndose el de graciaio, le agarraba las tetas y Primus, serio, con la boca abierta, apenas si se movía. Y el tumulto avanzaba hacia adelante. El Serrano, espeso, estaba que me apuraba. En una de tantas empujadas las di, y la Samaritana de loca y arrecha que es me arañaba las manos. Menos mal que pude zafarme de tremenda locateli y el Serrano apurado, desesperado, ocupó mi sitio. Entonces, poniéndome de puntas miré a todos los lados: gente como mierda, estábamos en el centro mismo de la proce: la plaza todititita repleta de giles y chicocas y teclas y costillas; a lo lejos, el Ñorse Milagrero avanzaba con sus luces y sus flores por encima del tumulto que casi hacía estallar las paredes de las calles. Poniéndome serio, de seriedad, compadre, al Ñorse Milagrero le recé un padrenuestro.

Tito, de temo oscuro y corbata morada, con un vaso de licor en la mano, desde el balcón colonial de la casona, mira la calle estrecha del centro de Lima que comienza a llenarse con vendedores ambulantes que en triciclos y carretillas llevan frutas, sánbuches, anticuchos, turrón de Doña Pepa y comida criolla. La tarde sigue nublada, ceniza. Desde que don Manuel lo recogió no sabe nada de los carretas de su collera de La Victoria. Hace ya mucho tiempo que nadie le dice Caradehumo.

El Jirón de la Unión se llenó de gases lacrimógenos y de policías a caballo. Miguel lo había levantado del suelo. Sus ojos le ardían y sus lentes estaban rotos sobre el cemento mojado de la acera. Luego, había caminado, sin hablar, hasta la casa. Sus pálidas simpatías hacia el Apra se desmoronaban: no podía comprender cómo los jefes de ese Partido apoyaban y compartían el gobierno con los dueños de los bancos, pero era así, en la política sólo existen las ambiciones personales, el acomodo, y siempre será así, el hombre por naturaleza es egoísta, nunca cambiará. Por eso es que él nunca quiso militar en ningún partido político, sólo era simpatizante aprista y nada más: era, como decía él, un ciudadano honrado dedicado a su trabajo y a su familia; sin embargo, escondió en su propia casa y corriendo muchos riesgos, al compadre Pepe, dirigente sindical y alto jefe del Apra, que era buscado por la soploneña de Odría. Después de la comida, entre cerveza y cerveza, ante el asombro de María y la curiosidad de sus hijos, el compadre Pepe contaba las atrocidades que había tenido que sufrir durante la dictadura de Benavides y el primer gobierno de Prado. Hablaba de fugas increíbles, de misiones peligrosas, del infierno del Sexto y de la crueldad de los castigos del Frontón. Un día Miguel le preguntó: «¿por qué lo han tratado así?». El compadre Pepe había respondido: «Porque siempre he creído que los pobres debemos gobernar». Pero cuando el Apra ordenó votar por Prado y entró en alianza con Odría, el compadre Pepe, poco a poco, fue retirándose del Partido. Ahora le daba la razón

a don Lucho: la política siempre será así, es para los vivos, para los blancos, para ese señor elegante, parecido al gerente del Banco y al gerente de la Empresa Constructora Ricardo Palma que lo estaba botando de la casa, todos eran igual: tenían el mismo modo de hablar, la misma manera de vestir, como los obreros que todos son iguales. Le había hablado tanto de democracia, de transformación y, al último, sale ofreciéndole tres cuartuchos sin cocina, sin agua, sin baño: ¡qué se habrá creído!, uno es gente decente y no puede vivir de cualquier manera.

Esperó, paciente, que el señor alto y flaco diera las últimas instrucciones a la señora gorda de la «Portería».

—Saca las cosas del 33, del 15 y del 49, las manda al depósito y pone candado a los departamentos. A los otros, como de costumbre, les quita una máquina de coser, un radio, en fin, lo que usted crea conveniente.

—Sí, doctor.

—Y si el profesor ese del 33 reclama y trae policía, como la otra vez, usted se hace la sorda.

Y el señor alto y flaco salió de la «Portería» con un abultado cartapacio en la mano.

—¿Puedo ver los departamentos que alquilan?

—Cómo no.

La señora gorda, apoyando los codos en el vano de la ventana de la «Portería», llamó a Florentino. Por un corredor oscuro vino corriendo un muchacho.

—Enseña al señor los departamentos.

Tras de Florentino subió por unas gradas sucias. El corredor del primer piso era estrecho y largo: a un lado, puertas y ventanas se sucedían hasta el fondo, como las celdas de una cárcel, y, al otro lado, frente, un parapeto de cemento de medio metro de alto, a manera de barada. Un grupo de niños, bulliciosos, martirizaban a un gato jalándole la cola. Se acercó al parapeto y miró hacia arriba: cuatro pisos se perdían en una red, enmarañada, de cordones con ropa multicolor sobre el cielo ceniza: era una colmena de gritos, de radios a todo volumen. Florentino abrió la primera puerta del corredor: una habitación larga y

angosta dividida, por un cuartito de madera, en dos salas: la primera oscura y la del fondo con una pequeña ventana, como nicho, a la avenida Arequipa.

—Este departamento es malo: los autos que pasan por la avenida no dejan dormir.

Abrió la ventana: autos, en caravana ruidosa de motores, pasaban veloces por las dos pistas de la avenida Arequipa.

—¿Y en cuánto lo alquilan?

—En cuatrocientos cincuenta, fuera de la luz y del agua.

—¿Y el baño?

—Está aquí, en este cuartito.

Empujó la puerta de cartón: taza sucia y rota. Una enorme rata se metió a un hueco del piso.

—¿Y los otros?

—Todos son *iguales*.

Salieron: apoyado en el parapeto un muchacho de casaca negra besaba a una joven. Los niños iban por el corredor tras el gato que maullaba penetrante. Una morena de hábito morado bajó, en ondulante movimiento de caderas, por las gradas. Volvieron a la «Portería».

—El alquiler es por adelantado y tiene que dejar dos meses de garantía.

—Son muy pequeños, creo que no me conviene, tengo familia.

—No crea, si ahí viven familias íntegras, hay que saberse acomodar. Tiene usted que en el cincuenta vive una familia con más de cinco hijos y todavía en verano recibe alojados que vienen de la sierra, parientes, y nunca se han quejado.

—Sáqueme de una curiosidad, ¿de quién es el edificio?

—Es de la Constructora Ricardo Palma: una gran empresa, le diré que tiene edificios por casi todo Lima.

—Y el doctor ese, ¿por qué hace que saque muebles y eche candado?

—Viera usted que hay inquilinos que además de no pagar los alquileres son insolentes, quieren vivir gratis, así la empresa quiebra, y le diré que el doctor es muy bueno con ellos, en lugar de sacarles las cosas a plena calle, los molesta de esa forma.

Don Lucho, desde el jardín del centro de la avenida Arquipa, mira, detenido, la enorme mole rectangular de cemento, sucio, con sus ventanas como nichos: cementerio húmedo, de corredores bulliciosos, de ropa multicolor tendida a la tarde ceniza, de olores familiares a comida, a frazadas sudadas, colmenar de niños y gatos y amantes clandestinos. Y la avenida Arequipa, desde Lima a Miraflores, con jardines limpios, colección de árboles gigantes, con residencias soledosas, con autos relucientes y ómnibus azules, con muchachas alegres, con pista de asfalto de azucarado olor a gasolina y jazmín: se desliza veloz en la tarde nublada de cielo ceniza.

Miró su reloj pulsera: 4:05. Volvió a sacarse los anteojos.

La tarde casi ya está vencida y no he encontrado nada bueno: habrá que seguir buscando, apurado, por Lince.

Sí, antes de que la noche cierre el desvelo diurno de las sucias y apestosas porterías de edificios de departamentos.

4:05 p.m.

Tienda de la esquina del barrio

El cuaderno doblado lo metió debajo de la pretina de su pantalón comando; aspiró el olor tibio de sus axilas; corrió el cierre de su casaca de cuero negro; se miró en la vitrina de la tienda: los moretones con pintitas rojas resaltaban, aún, sobre la palidez de su rostro de cera; con las dos manos y un poco de saliva se alisó la peluca. Con aires de adulto, encendió un cigarro y, con descarado gesto de maldito, echó humo a los ojos de la joven japonesa que, detrás del mostrador, leía un chiste. Pícaro, corrió hasta la puerta y, sin sacar el cuerpo afuera, estiró el pescuezo a la calle: un viento húmedo y frío le tasajeó el rostro: las casas de dos y tres pisos recortaban el cielo gris, ceniza. Un perro vagabundo se le quedó mirando. Con un chasquido de dedos lo llamó; el perro, moviendo la cola, entró a la tienda: era un perro de mirada triste y lanas sucias. Poniéndose en cuclillas, comenzó a echarle humo a los ojos castaños. Frayjodas, con las manos en los bolsillos, el cuello levantado de la chompa verde y un cigarro colgado de los labios, entró y, de frente, jaló, fuerte, la cola al perro que trataba de apartar los ojos del humo azul que denso salía de la boca del Zorro. El perro logró zafarse y salió corriendo de la tienda. Abrazados por el cuello entraron Parafina y Ojosdeviento. Con los codos sobre el mostrador y estirando las cabezas, comenzaron a molestar a la joven japonesa que por nada levantaba los ojos del chiste. El Zorro, mímico, cerrando y abriendo los ojos, gracioso, contaba a Frayjodas la bronca que había tenido en la mañana con el más trome y chavetero de su clase. Conejo, de uniforme

comando y casaca de lana ploma, entró seguido por el perro que se le metía entre las piernas. Saludó al Zorro dándole un manazo en la espalda. Parafina dijo:

—Patitas, junta para cáncamos —y estirando la mano—, tuen solifacios por mitra.

Todos sacaron sencillo de la secreta.

En la puerta de la tienda de la esquina del barrio Parafina repartió los cigarros de una cajetilla de chéster. El Ronco se agregó al grupo.

Rápido, con las manos en los bolsillos, el cigarro colgado de los labios y pegado a la pared, iba, por delante, Frayjodas. Pisándole los talones, el Zorro, Parafina, Ojosdeviento y el Ronco, caminaban en grupo conversador. Por en medio de la calle, corriendo, para darles alcance, Conejo venía jugando con el perro. Se había quedado en la tienda comprando galletas. La collera caminaba por una calle estrecha de Chacra Colorada. Y el cielo gris, ceniza, caía, húmedo, sobre las casas de dos y tres pisos, sucias y viejas.

El cielo gris, ceniza, cae, húmedo, sobre la estrecha y larga calle del centro de Lima: casas viejas, plomas, con pintura descascarada y polvo negro en las paredes y con oscuros balcones de madera apolillada. Ya habían pasado, en caravana confusa y vocinglera, los vendedores ambulantes, en triciclos y carretillas, llenando el aire frío de la tarde con claros y frescos aromas de fruta, con pegajosos olores a dulce y picarones y con calientes humos de anticucho. En las aceras, señoras de su casa, empleadas con permiso y padres de familia con hijos, se apretaban en constante marejada hacia la pista. Y por el asfalto, sucio de barro, cubierto de cáscaras de fruta, de papeles con miel y grasa, de quemados palitos de carrizo y flores chamuscadas, avanzaban, de espaldas, empleados, obreros, muchachas y señoras de barrios populares, en grupos distanciados, casi todos con hábito morado. Un espeso olor a cuerpo sudado, sucio, se elevaba hasta los balcones coloniales de la casona: paralelepípedo, de recia madera negra tallada, pegado, a lo largo, a la pared de piedra: recuadro delantero abierto y baranda con rico mantón de manila. Don Manuel, voluminoso, con su gran cabeza calva y su patricia papada, en el centro mismo de la baranda; a su izquierda, la señora Katy, religiosa, de hábito morado y mantilla blanca sobre el rostro; a la derecha, Toño, serio, digno. A los lados de la católica familia republicana, señoras fervientes y, detrás, los íntimos en grupos recatados. El tumulto de fieles, cada vez, se hace más denso en rítmico y morado mar que lento avanza por la calle. Lejos, se siente el bombo

y las cornetas; cerca, rumor compacto de voces que llaman, rezan y cantan. Pero las inquietas manos de mariposa buscan, por lo bajo, las manos tibias de Tito que, detrás de don Manuel, trata de mirar a la calle. Y la señora Katy, de reojo, devora, ardiente, al joven de perita recortada y cutis de canela que no deja de mirarla. Y Toño aleja con el codo la impertinencia deshonestista de una joven que quiere acomodarse delante de él. Y Fredy, la incorregible gacela gorda, junta sus nalgas, señora, al vientre del joven displicente que, de pie, permanece en éxtasis de primera comunión. Y abajo, por la calle, el mar humano, cada vez más denso, avanza en lento y desesperado oleaje rumoroso: olor terrible, vinagre, a pie podrido; olor picante de axila sudada; olor amarillo a ropa interior sucia, turbia. Don Manuel se fastidia: nervioso, pide perfume, rápido, rápido, de inmediato, ya, porque si no se desmaya. Todos los íntimos corren buscando al criado. Por fin, llega, de mano en mano, un frasco con agua de colonia importada. Don Manuel, apurado, apuradísimo, empapa su pañuelo con colonia y se lo adosa a las narices: *Pueblo sucio, por naturaleza: el sudor de los indios parece manteca con queso rancio; el sudor de los zambos es brea pestilente y los mestizos apestan a mierda y orines; pero los muchachos del pueblo, así no se bañen, huelen a leche de canela con flores. Ya mi padre decía que la gentuza de Lima estaba formada por hediondos animales que parecen gente: si no fuera por el profundo sentimiento religioso que ponen de manifiesto en la procesión sería fácil pensar que Lima es un corral repleto de animales sucios, brutos. Y ahí estaban, apretándose, de pared a pared, como ganado en redil, gritando, rezando, empujándose: animales, sí, animales, bestias y nada más.* Don Manuel miró con desprecio a la multitud que avanzaba por debajo de su negro y tallado balcón colonial.

Y fueron los esclavos, sólo los esclavos negros, los que, desde sus inmundas cuadras encontraron, en el Cristo pintado en un muro de Pachacamilla, la magia salvaje de sus antiguos dioses africanos. Este Cristo, pintado por alguna mano esclava en un miserable muro, era de ellos: qué diferente a los lujosos Cristos que sus amos veneraban en las iglesias de piedra tallada adornados con oro y plata; qué distinto a los Cristos vestidos de raso y seda que sus señores sacaban, entre flores, incienso y perfumes, a pasear por las calles de Lima. Mágico muro levantado con sangre que resistía la violencia igualadora de los terremotos.

Y mientras los chapetones, lujuriosos, se revolcaban, sucios, con hembras indianas; mientras, cortesanos, vestidos con seda, oro y encaje, al atardecer de brujas, se paseaban por La Alameda en omados carruajes halados por árabes caballos relucientes; mientras la Colonia era una fruta amarga en las minas, en las reparticiones, y su jugo, apetitoso, dulce, se bebía, generoso, en Cuzco, en Huamanga, en Lima y en España; mientras la hispánica nobleza y la criolla burguesía no se cansaban de agradecer al Altísimo por el orden social y pedirle que lo haga eterno: los esclavos, en torno de su Cristo de Pachacamilla, fueron aprendiendo que ellos, también, eran humanos. Y en la sangre reseca de sus espaldas azotadas, en el insólito sudor de sus cuerpos famélicos fue naciendo, como una cristalina semilla, el sentimiento de la solidaridad. En torno de ese muro se dieron cuenta que eran muchos: más que sus amos.

Llegado octubre, juntos, frente a su Cristo africano, rezaban y sus quebradas voces se oían en todo Lima. Y cuando cantaban, fuerte, las sólidas paredes de piedra de las casonas de sus amos temblaban, rajándose. Entonces, nobles y criollos, asustados, desde las tímidas celosías de sus balcones de madera oscura, miraban al cielo y pedían, de rodillas, a su Cristo Rey la muerte inmediata de ese impostor del muro de Pachacamilla que tenía el poder de juntar y rebelar a todos los mu-grientos esclavos de la suave, cortesana y leal ciudad de Lima.

Y el Cristo Rey envió, con bendiciones papales, desde la Metrópoli, al vejete Amat. Y mientras garabateaba un delicado verso a la rosa no sentida y, como perro histérico y baboso, perseguía, oliendo, por alamedas y por puentes y por teatros y por salones, el rabo de la grandísima puta Perricholi, robó a los esclavos el peligroso Cristo africano que mostraba el paraíso en la tierra y lo cambió por el Cristo Rey que enseñaba la humildad, bendecía la esclavitud y prometía un paraíso para la otra vida. Y en octubre, cuando los esclavos llegaron al muro de Pachacamilla, encontraron al poderoso vejete de rodillas, junto a un descomunal obispo, rezando a un Cristo Rey, ajeno, que ya no era de ellos.

Y hasta una beata, con oscuros parentescos nobles, de nombre Santa María Lucía, afirmó que el Señor de Pachacamilla se le había aparecido en sueños y que le dijo que todos los fieles deberían tener hábito morado. Entonces, nobles, criollos y esclavos pusieron sobre sus hombros un hábito morado y se sintieron iguales ante el Cristo Rey. Y desde 1760 amos y esclavos, señores y pueblo, señoritos y plebe, en octubre, son iguales por la magia celestina de un simple hábito morado.

Se abrió una puerta e, inmediatamente, volvió a cerrarse. Al instante volvió a entreabrirse y apareció un rostro con barba crecida y ojos soñolientos.

-¿A quién busca?

-¿Aquí dan razón de una casa en alquiler?

-Sí, espere.

La puerta volvió a cerrarse. Después de algunos minutos se abrió y una señora, con bata de seda roja brillante, con rulos y cara embadumada con crema blanca, lo hizo pasar. Salita llena de humo de cigarro fino. Olor a hembra sudada en licor y perfume.

-La casita queda en prolongación Iquitos, ¿quiere verla?

-Cómo no.

-Le digo que tiene su salita comedor, tres dormitorios amplios y ventilados, cocina, baño completo, cuarto para sirvienta, un patiecito interior y jardín delantero.

-¿Y el alquiler?

-En mil.

-Quisiera verla.

-Un momentito, tome asiento. Julio, Julioooo...

Y el hombre de barba crecida salió poniéndose el saco.

El hombre de barba crecida manejaba, serio, sin hablar; sus ojos soñolientos se le cerraban. El auto se deslizó lento por las amplias y sucias calles de Lince. En las puertas de los callejones, morenos, con

hábito morado envuelto bajo el brazo, toman cerveza. Muchachos juegan pelota en plena calle. Cinco marineros yanquis parados en una esquina.

-Aquí es.

Salieron del auto. Una casita verde con jardín delantero. Entraron.

Ya ese Julio quiere ensartar a un gil; pero nelson. Pa' qué se metió con el trome de la tromería: yo soy bien maldito, ahora, lo jodo: promesas son promesas. Ese Julio, espeso, me tiró arroche y delante de mis carretas y de una chelfa: pa' qué se metió conmigo.

Salieron de la casita verde. El Julio subió al auto y el señor de terno café y anteojos apuntó algo en una libretita. Se sacó los lentes y los limpió con el pañuelo. Luego caminó hasta la esquina de la pared amarilla de la Unidad Melitón. De la quinta ya está saliendo el entierro.

Ahora sí que le paso el yara, ya ese Julio se jodió conmigo: pa' qué se metió, quién lo mandó.

Un muchacho de chompa negra y descomunal melena se le acerca a don Lucho. Se pone junto a él y lo mira. Por la calle pasa el cortejo fúnebre. En las puertas y ventanas de las quintas y callejones señoras con vestido de entrecasa miran, tristes, pasar el ataúd. Por delante del cortejo, en grupos, van muchachitos abrazados por el cuello. Ocho hombres con corbata negra llevan en hombros el cajón. Detrás una señora de luto llora en silencio. Y luego los deudos, los amigos y conocidos. Todo el barrio está en la calle y los perros, como asustados, van y vienen a lo largo del cortejo.

-Es el tecló de Corsario -dice a don Lucho el muchacho de chompa negra y, señalando a un joven pálido con corbata y cinta negras en el brazo, continúa:

-Ése, ése, ése es el Corsario, mi carretita. Su tecló se mató en el accidente del tranvía de Chorrillos. Y yo vi toditito, estaba ahí gorreando cuando pasó lo del accidente, franco.

El cortejo tuerce por la esquina. Y el cielo nublado palidece los rostros de los vecinos que se quedan en las puertas y ventanas de las quintas y callejones.

-Maestro, no alquile esa casa, yo sé por qué le digo.

-¿Qué hay?

-Ha sido bulín. Hace tres noches nomá vino el patuto y cargó con todas las mecas, estaban calatas. Y anoche nomá unos giles que no sabían nada vinieron y casi rompen la puerta a patada limpia. Por eso quieren alquilarla, quieren ensartar a un gil, ese Julio es bien pendejo.

Ya lo jodí al Julio: pa' que aprenda a no meterse con la tromería del barrio, pa' que nunca más me tire arroche. Sólo por joder no me dejó entrar: abí, en la puerta yo estaba con mis carretas y el espeso del Julio hizo pasar a todos menos a mí y delante de una meca me dijo: "Zafa, zafa, aquí no venden leche, regresa dentro de dos años cuando ya lo tengas grande y se te pare".

Y el muchacho de chompa negra y descomunal peluca corrió a dar alcance al cortejo fúnebre del padre de su amigo Corsario. Don Lucho caminó pegado a la pared amarilla de la Gran Unidad Escolar. El cielo nublado, frío, frío.

Frío, frío. Frío verde gris. Niebla lechosa en ramas; brillante, en césped; azul, en mezcla tibia de humo de tabaco; ardiente, en rostros y manos: Paseo de la Reserva. Lejos, autos veloces entre bruma gris verdosa de la tarde ceniza. Y, aquí, en ruedo, sentados, bajo un árbol: sobre pasto mojado de niebla, la collera fuma, conversa. El Zorro, con saliva, trata de limpiar la curita adherida al dorso de su mano derecha; Conejo, niño, juega con el perro de lanas sucias y mirada triste; Ojosdeviento, feliz, disfruta esta tarde de vaca, de pera, llenándose la boca de humo, hasta atorarse; Parafina ordena sobre el césped fotos de mujeres desnudas; el Ronco las mira y, suave, se acaricia el sexo; Frayjodas, intranquilo, espera la noche para cochinear de lo lindo en la procesión. El Zorro se queda mirando a Conejo; examina, atento, la cara de su amigo: deslumbrado, dice:

-Se han dado cuenta que nadie se dio cuenta que Conejo no tiene nada de conejo. En mi clase hay un gil que le dicen Conejín y hay que manyarlo: igualitito a un conejo, por mi madre.

-¿Y tú?, ¿y tú?, ¿qué chamuyas, ah?, ¿acaso tu fachada es de zorro, ah?, ¿ah?

-Claro que mi raza no tiene nada de zorro; pero el zorro es sapo y yo soy bien sapo, por mi madre.

-Zafazafa.

Y todos los carretas de la collera le pegan al Zorro. Entonces Conejo dice:

-Esa chapa se la debo a la collera del barrio en donde antes yo vivía.
-Cuenta, cuenta, Conejo.
-Pero ya sabes, Conejo, si tu cuento no es bacán: cargamontón.
-Ronco, puta si eres espeso: déjalo a Conejo que chamuye como
quiera, no lo jodas, ¿ya?

-Cuenta, cuenta, Conejo.
-Antes yo vivía por Santa Cruz. Desde chicobolo, no sé por qué
siempre quise tener en mi casa un perro, pero la cueva era chica. Perro
que encontraba por la calle lo cargaba a la choza y el teclo, caliente,
lo botaba. Quise tener canario; pero no sabía de dónde sacarlo. Un día
me robé una paloma...

-¡Putamadre!, así que a Conejo le había gustado el pájaro desde chi-
coco.

-¡Puta, si eres espeso, cuáquer Ronco e mierda!

-Sigue nomá, Conejo, tu cuento está firmeza.

-Entonces llevé la paloma a la casa: «paloma malahuera», dijo la ja-
vie y la botó a escobazo limpio, casi me la deja corvina. Pero una no-
che el teclo, que hacía colepato a la Parada, trajo tres conejos chiqui-
titos. Por mi madre, sí eran bacanes. «Tanto que quieres animal, toma
éstos para que los críes», dijo el viejo y me los tiró al rin de las cuatro
perillas. Quise que en mi cama tiraran conmigo plan de pestaña; pe-
ro la drema, como siempre, dijo: nelson y se los llevó al techo. Al día
siguiente, tempranito, con una caja de zapatos les hice un jato como
la puta madre. Todos los días yo mismito les preparaba jamancia fir-
meza. Ya me olvidé de la collera, de la esquina, del cochineo, de la pe-
lota, de los cubiletos, hasta del cine, pordiosito: sólo estaba para mis
conejos. Y palabra, sin mentira, franco, por mi madre, los conejos co-
menzaron a tenerme camote. Había que ver sus ojalitos azules cómo
se les iban en plan de brillo cada vez que me manyaban; como perri-
tos me daban vueltas y se trepaban por mis piernas; y cuando los tenía
en mis manos movían sus hociquitos como si me chamuyaran algo.
Pero una tarde, ¡maldita sea!, el teclo llegó droga con unos párceros.
Entraron a la cueva haciendo tremenda bulla con palos trinadores. Pe-
ro mi vieja que no aguanta pulgas les puso cara de bruja. Mi padrino

salió disparado a la calle. Al poco rato llegó con mi madrina. Entonces ya mi vieja se hizo al plan de jarana y ahí se armó tremendo tono. Se quemaba vinatea, cerveza y pisco, como mierda. Pero no sé qué se le dio al tecló y en medio de su tranca me llamó a gritos y me dijo: «Saca los conejos». Contento los traje del techo. Puta que si fui cojudo: creía que el tecló sólo quería enseñárselos a sus párceros para tirarles arroche; pero naca, carretas. En cuanto los luqueó gritó: «¡A la olla, a la olla!», y me los quitó a la fuerza. Casi me muero de pena. Mi madrina los agarró por las orejas y se los llevó a la cocina. Todavía alcancé a ver sus ojalitos azules que me llamaban tristes. Quise hablar, gritar; pero aquí en la garganta sentí un nudo jodido y mis crisoles se fueron en plan de llore. Amargo, salí de la casa y ahí, en el malecón, frente al mar, me fui en lágrimas, patitas. Al anochecer, volví a la cueva y entonces mi tecló al verme aplaudió: «A ese muchacho le debemos los conejos que están de mamey: él solito los engordó». Y mientras todos los párceros de mi tecló, drogas, con la boca llena de mis conejos y las manos sucias de guiso, aplaudían, mi madrina, saliendo de la cocina, venía con un plato en la mano. Me dijo: «¿Pero dónde te metiste, muchacho del demonio?, aquí tienes la mejor presa del conejo más gordo». Recibí el plato y me fui al techo y ahí, sentado sobre los cajoncitos de mis conejos, con el plato en las rodillas, lloré. Yo nunca había imaginado que mis conejos fueran para la olla, siempre pensé que eran como los perros o los canarios, que se mueren de viejos y que ningún gil piensa mandarlos a la olla, claro que en los restaurantes preparan conejo, pero eso es diferente, allí uno ya los encuentra listos en el plato. No pude comer mi conejo; amargo, me robé tres botellas de pisco. Salí caliente y triste del jato, busqué a mis carretas y ahí, en el malecón, los hice enchatar. Fue la primera vez que me drogué. A media noche, franco, por mi madre, todos mis carretas, chatos hasta la remaceta, lloraban por mis conejos. Desde entonces, en todo el barrio comenzaron a decirme Conejo.

En ruedo, debajo de un árbol, sentados sobre el césped perlado de garúa, la collera del Zorro fuma, conversa.

4:42 p.m.

Balconcillo

-Buenas tardes.

-Buenas.

-Vengo por el aviso del Comercio.

-Sólo me queda uno en el segundo.

-¿Puedo verlo?

-Espere.

Y el hombre de gruesa casaca de lana dio las espaldas y siguió hablando con una muchacha de pantalones negros. Jugando le echaba humo de cigarro a los ojos, y la joven, coqueta, se distorsionaba en risa. Luego, volteando, dijo:

-Vamos.

Entonces, don Lucho lo siguió por un corredor oscuro. Subieron por unas gradas sucias, resbalosas. En el segundo piso un largo, curvo y estrecho pasadizo, como galería de mina. El techo bajo y, a los lados, puertas, como nichos. El hombre de casaca de lana abrió una puerta: dos habitaciones oscuras, pequeñas.

-¿Cuánto?

-Cuarenta labias.

-No le entiendo.

-Cuatrocientos morlacos.

Salieron del departamento. Una vieja bota basura en un barril oxidado y hediondo; una puerta entreabierta, dentro, iluminándose con una vela, varios hombres, alrededor de una mesa, juegan a cartas y toman pisco.

-¿Y la luz?

-Sólo de noche.

Una muchacha, sin medias, con el vestido apretado en caderas y pecho, despeinada, entra, del brazo de un señor, a una habitación. Cierra la puerta. El hombre de gruesa casaca de lana, furioso, golpea la puerta. Sale la muchacha, toda despeinada; sacándose el vestido y mordiéndose los labios grita colérica:

-¿Qué hay?: es mi marido.

-Esto no es bulín.

-Y a mí ni me viene ni me va.

-Y en la cómica lloras, ¿no?

-¡Gua!, si todos los tombos son mis mariditos.

Y la muchacha tiró dentro del cuarto el vestido y comenzó a sacarse la combinación.

-Estriptiss gratis -dijo moviendo las caderas.

-¡Putemierda!, ya me las pagarás.

-Sí, camotito, a la noche si quieres: ahora, naca, estoy ocupada. Permiso, ah...

Don Lucho y el hombre de gruesa casaca de lana siguieron por el corredor.

Y andaba como loco detrás de la Doris. El compadre le dijo que se cuidara de esa mujer, por algo le decían «La Devoradora». La muy puta era del norte y parecía que entre las piernas tenía candela. Un amigo del club Futuro comenzó a correr el cuento que la Doris le había dado de beber agüita de su calzón. El compadre le hizo ver que una mujer como la Doris no valía la pena, no valía ni un centavo partido por la mitad al lado de la comadre María. Pero el compadre no podía comprender que su María ya comenzaba a ponerse vieja, que todo su cuerpo fofo sólo apestaba a cocina, a jabón de lavar ropa, y que, en cambio, la Doris tenía un cuerpo relleno, suave como las rosas, como el arrullo de la paloma, compadre, y que además olía a hembra joven, ardiente. En este punto el compadre tuvo que darle la razón: a él, también, le pasaba lo mismo con su esposa Julia. Pero el compadre insistió y le

habló del hogar, de los hijos. Está bien una escapadita al mes, para variar el menú, pero llegar al extremo de enamorarse de una cualquiera, como un muchacho, eso no, compadre, eso no se lo permito, compadre, asiente cabeza, el hogar ante todo. Y no fue fácil dejar así porque sí no más a la Doris: había que ser de piedra para no hacerle caso a esa riquísima hembra que se le ofrecía, facilita. Se dedicó a la bebida, y él, transformó su propia casa en un infierno. Por cualquier cosa la gritaba a la pobre María, como si ella tuviera la culpa: era la vida de señora de su casa que llevaba; y Bety, Miguel y hasta Carlitos pagaron el pato.

Avenida México: dos pistas y un jardín en el centro. Autos, ómnibus y destartalados colectivos de Viterbo van y vienen en nube oscura de gasolina. Y el cielo gris, por occidente, se torna, lento, naranja.

Y el cielo ceniza se quema, lento, en naranja, por encima de las casas viejas y grises del centro de Lima. Por occidente se anuncia la hora de brujas. Los rostros morenos van tornándose color ladrillo oscuro y los pálidos rostros van adquiriendo mágica tonalidad rosada. Y de pared a pared, por la estrecha calle, en rítmico oleaje, la multitud negromorada avanza empujándose, rezando, apretándose. En el balcón colonial de madera tallada se espera el paso del Señor de los Milagros. Don Manuel ha ordenado que no lo molesten: en el salón de la primera planta periodistas, fotógrafos y políticos lo esperan impacientes. Pero don Manuel, con el pañuelo perfumado en las narices, mira, atento, la multitud que avanza: es motivo de legítimo orgullo para cualquier peruano contemplar la emocionada expresión del profundo y arraigado sentimiento católico de nuestro pueblo. Y esto hay que conservarlo: las ideas extremistas del comunismo internacional quieren terminar con lo más noble que tiene nuestro pueblo: Pancho en la Cartera de Gobierno se encargará de ellos. Un muchacho moreno, que avanza con la multitud apretujada, levanta la cabeza y se queda mirando el balcón colonial. Don Manuel, sin perder la dignidad, le sonrío: seguramente, alguna presa de sus acostumbradas cacerías por los barrios populosos de la ciudad, por la manera de mirar parece que es del Rímac. Pero no puede olvidar el quemante desenfado de aquel mocito, amigo de su hijo Toño, que se le quedó mirando con esos hirientes ojos negros de ternero, ése más bien, parece que es de San Antonio. Excitado, con su

mano de mariposa inquieta, por lo bajo, comienza a soliviantar el miembro de su Tito; los íntimos presionan a Tito contra las nalgas fofas de don Manuel. *Esta noche se termina todo: ya nunca me encontraré y esa mano gorda sigue apretando y tengo ganas de vomitar.* Toño se da cuenta de los manejos clandestinos de la mano de su padre y, furioso, se retira del balcón. Cruza el gran salón y baja por la escalinata de piedra y azulejos; llega al bar y toma, a pico de botella, whisky. La muchacha que lo estuvo tentando en el balcón se acerca y lo lleva de la mano al dormitorio: se tienden en la histórica cama de la familia. (Oculto, detrás de unas rocas, esperó, nervioso: la brisa húmeda del mar llegaba con fuerte olor a marisco podrido; la noche estaba limpia; en línea curva las luces se perdían, allá, por La Punta; desde la terraza del club, iluminada con antorchas, el viento traía el ritmo cálido de una canción hawaiana. Una pareja, por la playa, avanzó hacia las rocas: eran ellos. Se ocultó más entre las rocas y contuvo la respiración. Pudo ver el rostro de Poncho y la cabellera suelta de Kiti. Poncho se quitó el pantalón de baño. Kiti, en silencio, como sonámbula, desenvolvió de su cuerpo la túnica hawaiana. La claridad de la noche de verano iluminó, extrañamente, la belleza bronceada de los jóvenes cuerpos desnudos. Kiti se tendió sobre la arena y se quedó mirando el cielo. Poncho, aún de pie, le dijo: «Si no quieres, nos vamos». Kiti le contestó: «No, no, tú sabes que lo amo, por él hago cualquier cosa». Poncho se tendió a su lado. Entonces, él, entre las rocas, se quitó el pantalón de baño, y esperó, agitado. Poncho comenzó a moverse sobre Kiti que, como sonámbula, sólo miraba el cielo limpio. Él, desesperado, trepó a la roca más alta y ahí, recibiendo la brisa hedionda de mariscos en todo su bronceado cuerpo desnudo, se masturbó, poderoso, frente al mar. Pero cuando Kiti ya se estaba envolviendo el cuerpo lleno de arena con la túnica y Poncho ya terminaba de lavarse con el agua fría del mar, él, bajó, rápido de la roca y, así, desnudo, se puso frente a Kiti. Furioso, llorando, golpeó a Kiti, mientras, temblando, le gritaba: «¡Putal, ¡puta!, con cualquiera lo haces, ¿no?, y así quieres ser mi novia, ¿no?». Kiti, cubriéndose la cara con las manos, decía: «¡Toño, Toño!, no te comprendo: si tú mismo me dijiste que estuviera con Poncho si te

quería, lo he hecho por ti». Corriendo se acercó Poncho y rogó a Toño que dejara ir a Kiti. Entonces, él, trepó a las rocas. Kiti y Poncho, tomados de la mano, cruzaron la playa en dirección a la terraza del club iluminada con antorchas y repleta de parejas en ropa de baño y túnica que bailaban suavemente. Los focos eléctricos, en línea curva, se perdían, allá, en La Punta.) La muchacha quiso besarlo en la boca, pero Toño se levantó de la gran cama reliquia de familia y salió del dormitorio. (El mar se volvió oscuro, oscuro.) El Señor de los Milagros sobre una compacta multitud negromorada ya se acerca al colonial balcón de la casa de historia republicana de don Manuel. Toño abandona la casa y se pierde por entre la multitud que de pared a pared avanza cantando.

Y el hábito morado se transformó en el símbolo igualador de los cristianos que moran en estas tierras del Perú y la procesión del Señor de Pachacamilla adquirió idéntico sentido a aquellos ríos que van a dar a la mar que es el morir.

Pero mientras todos por igual terminan en el polvo, en la nada; mientras todos son iguales por la magia celestina de un hábito morado, hay quienes, que son los pocos, esperan la muerte igualadora hartándose en demasía con los sabrosos frutos de la vida y dejando para los muchos la corteza dura de la tierra, el hambre y la incierta esperanza de los goces de un paraíso de ultratumba.

Y mientras el amo español pasea sus fragantes viñas, ebrio canta en los banquetes y lujurioso baila con señoras putas a la luz de la luna, los esclavos, tendidos en los inmundos galpones, van almacenando en sus ojos de tigre el odio.

Cuando la furia negra ya desborda los sueños delirantes, el amo, asustado, rasga sus vestiduras perfumadas; religioso, pone sobre sus hombros el mismo hábito morado de sus esclavos y, desprendido, abandona su hacienda. Y una mañana, humilde, junto a la plebe, se postra a los pies ensangrentados del Cristo de Pachacamilla.

Entonces, el sumo sacerdote de las viñas de oro terrenal habla del tránsito llorado de este valle de lágrimas y afanes, de la natural condición humilde de los hombres y de las abominables acechanzas del Maligno que enciende la rebeldía en las almas, y toda la furia coléri-

ca de los esclavos se desborda, inútil, en canciones, rezos y maldiciones al repugnante Ángel de las Sombras.

Pasado octubre, el amo invita a sus viñas al sumo sacerdote; y los esclavos, arrepentidos de la furia que almacenaron contra sus amos, vuelven, pacíficos, católicos, a la noria de este mustio valle que es la vida. Y los ríos grandes, por sabrosos valles, y los pequeños, por áridas tierras, terminan, por igual, en el mar que es el morir.

De esta forma y manera, durante casi dos centurias, los poderosos que tienen señorío sobre estas pródigas tierras del Perú han conservado, con buen gobierno, haciendas, minas y gentes.

Octubre a octubre, señores y monjes han construido un perfecto sistema alucinante en el que, a pesar de los pocos cambios habidos en las normas que rigen y establecen la propiedad que los señores y clérigos tienen sobre los hombres que trabajan y sirven la hacienda, el Cristo de Pachacamilla, más conocido con el nombre del Señor de los Milagros, aún es útil para aplacar la furia ardiente de los pueblos.

Por ello, octubre en Lima es ténpora de humildad; símbolo igualador de clase social; desborde, inútil, del odio popular; diversión alucinante de feria taurina y mísera vianda criolla; borrachera de azucena, pisco, incienso y cerveza; lujuria mística de multitud apretujada.

Durante días, por innumerables calles, se cargan las andas del Señor: son más de mil kilos de oro y plata.

Del suplemento dominical de un periódico copió lo que sigue:

«Se carga con hombro tenso y firme en equilibrio de oleaje, con parsimonia especial, ritmo y cadencia. Se forman cuadrillas de veinticuatro hermanos: ocho adelante, de lado del cuadro del Señor; ocho atrás, mirando a la Virgen. En cada grupo hay cuatro templarios que cargan interiormente y cuatro esquineros que lo hacen por el lado de afuera. Los hermanos de la izquierda cargan con el hombro derecho y con sus cuellos ofrecen mayor resistencia cuando los hermanos de la derecha dan un paso adelante»

Y agregó:

«de tal manera que las andas avanzan en lento ritmo de vals criollo sobre la multitud que de calle a calle se apretuja».

Dejó el lapicero, apagó el cigarro y se puso de pie. Caminando por encima de revistas y periódicos desparramados por el suelo se dirigió al baño. Se rasuró la barba, se limpió los dientes y se lavó las manos y la cara.

Las pesadas y ricas andas del Señor de los Milagros están detenidas frente al balcón de don Manuel: la multitud no avanza; pero continúa la violenta marejada humana que, naciendo en las paredes, choca y se rompe en el círculo que, afanosos, los hermanos, codo a codo, sosteniendo una gruesa cuerda y mirando a los fieles, forman en torno de las andas. Y ahí, en el espacio despejado, entre la muralla humana y el Señor, penitentes de hábito con capucha morada, sin zapatos, cargan pesadas cruces; viejas negras de mantón negro, con sahumeros en las manos, hinchadas, exageradas, los carrillos y soplan carbones encendidos en donde se quema el incienso; pálidas mujeres flacas cantan en alaridos destemplados; hombres morenos, altos y fornidos con hábito morado rodean las andas. Del balcón cae una nutrida y multicolor lluvia de flores. El criado, con un gran ramo de flores blancas, en alto, peleando con los fieles, se abre camino hasta la muralla humana que rodea las andas; un hermano vigoroso recibe el ramo y un sobre; entrega el ramo al jefe de la cuadrilla de cargadores y abre el sobre; saca un cheque y una tarjeta: asombrado, mira al balcón y con humilde reverencia saluda a don Manuel que, con gracioso movimiento de mano en trunco vuelo de mariposa al viento, le contesta. Habla con un grupo de hermanos, enseñándoles el cheque; entonces, uno a uno, los hermanos van levantando la cabeza en dirección al balcón de don Manuel; las viejas negras se hablan al oído y, conmovidas, saludan, siervas, a don Manuel; los penitentes, con disimulo, sin levantar el rostro,

miran al balcón: y de boca a oído se pasa la voz creciente entre la multitud que se apretuja en lenta marejada a los pies del balcón colonial. Todos se quedan, respetuosos, mirando a las damas elegantes que, contritas, contemplan las ricas andas del Señor de los Milagros. Un periodista, trepado a una ventana, toma fotografías a don Manuel. Retiran un ramo de flores de las andas y se lo entregan al criado que, importante, orgulloso, vuelve, peleando con los fieles, a la puerta de la gran casona de piedra y azulejos. Toño, borracho, perdido entre la multitud, trata de no mirar el balcón de su casa. La mano de inquieta mariposa está tranquila sobre la baranda; el voluminoso cuerpo se echa, soberbio, hacia atrás; la enorme cabeza de calva romana, de adormilados ojos femeninos, de mística papada, permanece en temible éxtasis de beatitud poderosa de cardenal, y las histéricas nalgas de señora, muelles, se aprietan al sexo ya soliviantado de Tito. La señora Katy, con el velo sobre el rostro, permanece en luminosa expresión de virgen, mientras, por lo bajo, acaricia, en lívido transporte de obscuro misticismo, la mano del joven de perita recortada y cutis quemado de canela. Fredy, la incorregible gacela gorda, con cara de niña monja, estática, goza del contacto en sus muslos del miembro del joven disolvente que está con expresión de seminarista masturbador. Y todos, íntimos y familiares, se apretujan en el balcón de oscura madera colonial.

La cuadrilla de hermanos cargadores levanta las pesadas andas de oro y plata; la banda militar irrumpe con marcha melancólica de procesión; la multitud, en oleaje rítmico y compacto, de pared a pared, vuelve, como un río, a avanzar por la calle; la muralla humana, circular, que rodea al Señor, se desplaza, trabajosa, lenta, empujando a los fieles que tratan de acercarse a las andas; el sacerdote, que acompaña al Señor, levanta la cara mestiza del misal, mira hacia el balcón y, haciendo una cruz con la mano, bendice a la católica familia de don Manuel.

-Y le dijo: Amalie, vamos a mi Quaker. La muy puta contestó, ¿para Shell qué cosa? Para que me des tu Conchán. No, contestó, porque estoy en Esso y además tú eres Castrol.

Una sonrisa ilumina el pálido rostro del Zorro que, mágico, aparece entre humo azul de tabaco. La niebla se diluye, tibia, en densa luz naranja.

-Calla, que éste es más bacán: Datsun le dijo: Mercedes Benz, ¿vamos a Chevrolelear? ¿Cuánto Packard?, contestó. A veces, Dodge; a veces, Ford; otras, Fiat y casi siempre Nash. Entonces, la meca Mercedes le dijo: ¡andavete a la Mercury, hijo de una gran Pontiac!

Ojosdeviento, por reírse, se atora con el humo del cigarro. Un vienteillo leve agita las flores del Parque de la Reserva.

-¡Puta que si Conejo está prendido del perro! -grita Parafina escupiéndole al perro de lanas sucias y mirada triste que juega con Conejo.

Los canillitas pregonan los periódicos de la tarde.

-¿Nos vamos ya a la proce?

-Espera, Frayjodas, el cochineo es más bacán de noche.

-¡Puta si estoy arrecho!

Sentados, en ruedo, bajo un árbol, ya no saben qué hacer. El cielo ceniza se aclara, por la avenida Wilson, en sucio dorado de invierno. Conejo se revuelca con el perro. Frayjodas, poniéndose de pie, propone:

-¡Que el perro se la chupe a Conejo!

Todos los carretas de la collera, riendo, se levantan. Persiguen a Conejo que corre por el parque. Parafina lo alcanza, le pone el pie y lo hace caer de bruces sobre el césped. Ojosdeviento jala la cola del perro que ladra, furioso. Parafina y el Ronco, tomando con fuerza los brazos de Conejo, lo ponen de rodillas. El Zorro defiende a Conejo; perro Frayjodas se traba, sobre el pasto, en lucha cuerpo a cuerpo con el Zorro: le tuerce el brazo por la espalda, fuerte. Se levanta Frayjodas. El Ronco enciende un cigarro y, acercándoselo a la cara de Conejo, le ordena:

-Ya, Conejo, sácate el pájaro.

-¡Que antes se la corra!

-¡Que la tenga bien al palo!

-Ya, rápido, ya, si no te quemó la raza, ¡por mi madre, que te la quemó!

Ojosdeviento, sentado sobre el perro, lo acerca a la bragueta de Conejo: los rostros se encienden, pícaros, en risa. El Zorro se levanta y, colérico, golpea al Ronco:

-¡Déjalo, ¿ya?!

El Ronco voltea, entrega el cigarro a Parafina y se traba en lucha con el Zorro. Conejo, ajustando las piernas para no orinarse, gramputea: ya está por llorar. Frayjodas le tuerce el brazo; Ojosdeviento, dejándose lamer la mano por el perro, se lo acerca a Conejo.

-¡Mira, mira, Conejo, qué rico, qué más quieres!

Desde calles y avenidas llega el confuso y continuo ruido de autos y tranvías. El cielo ceniza, ya dorado, ilumina, con pálida luz naranja, los adolescentes rostros excitados. El Ronco deja tirado en el suelo al Zorro y vuelve al grupo; pide el cigarro encendido y lo acerca a la cara de Conejo. Entonces, Conejo, lívido de furia, entrecerrando sus ojos, se abre la bragueta.

-¡Manya esa chelfa con su gil! -grita el Ronco botando el cigarro encendido al pasto.

Todos miran hacia una enredadera espesa: una joven, inclinándose, se pierde entre las ramas. Parafina deja el brazo de Conejo, se tiente en el pasto y, como soldado en guerra, avanza, arrastrándose por

encima del césped húmedo de garúa. El Ronco lo sigue, mordiéndose los labios. Ojosdeviento se desmonta del perro y, cauteloso, camina en dirección a la enredadera. Conejo se levanta, frotándose el brazo, llama al perro y le acaricia las lanas sucias, mirándole los ojos tristes. El Zorro y Frayjodas, silenciosos, se prenden a la enredadera. Entre las ramas, se encienden, pícaros, los ojos de los muchachos de la collera. La luz mágica, naranja, de la tarde, en verde oscuro, juguetea sobre los curiosos rostros. La sangre quema el cuerpo y se agolpa, violenta, en el sexo: una muchacha, casi oculta entre las ramas, abrazando a un joven de chompa verde, se deja besar en la boca. Hay un fuerte olor a hembra con jazmín mojado. El joven desliza la mano por la espalda de la muchacha y comienza a levantarle la falda. Negros, brillantes, centellean los ojos del Zorro. La mano sube por la pierna y, cuando ya está por llegar al calzón, la muchacha se desprende, enojada, de los brazos del joven. Lo empuja y comienza a darle de cachetadas.

-¡Ya te conozco! ¡Eso es lo único que quieres de mí!, ¿no?

-Pero, Pichoncita, no te pongas así.

-¡Nada!, aquí terminó todo: me crees una cualquiera: ¡qué te has creído!

-Pichoncita...

-Estás muy equivocado conmigo.

Y la muchacha, arreglándose el cabello, sale de la enredadera.

-¡A la fuerza!

-¡Ya!

-¡Putá, si eres cojudo! -gritan todos los muchachos.

El joven sale y agarra por el brazo a Frayjodas. Todos los carretas se lanzan contra el joven de chompa verde. Logra zafarse del grupo y corre detrás de la muchacha que ya está saliendo del parque.

Frayjodas, por delante, seguido por el Ronco, por Parafina, por el Zorro, por Ojosdeviento, por Conejo y el perro, los persiguen, insultándolos.

-Pide ayuda si no puedes.

Agitados llegan a la avenida Wilson. Se sientan en un banco y respirando fuerte descansan. Frente, edificios altos de acero y cristal.

El perro de lanas sucias y mirada triste ladra, desesperado, a los autos que, veloces, pasan por la amplia pista de la avenida. La luz naranja de la tarde vuelve color pálido morado los mágicos rostros inocentes.

La luz naranja de la tarde iluminaba su hermoso rostro adolescente de ojos grandes y negros. Era la salida de las colegialas del Rosa de Santa María y, en la esquina de la avenida Venezuela, los muchachos del Guadalupe, en grupos palomillas, las piropeaban. Apurada llegó a la esquina, levantó la cara, echó atrás los hombros tratando de sacar al aire los senos que tiernos se insinuaban bajo la blusa blanca del uniforme y en gracioso ondeo de falda azul colegiala, pasó de frente, casi sin mirarlos. Un estudiante alto se le acercó y al oído le dijo, suave, si podía acompañarla. Ella le torció los ojos y con coqueto movimiento de hombros, pretenciosa, lo rechazó. Por occidente, al final de la avenida Venezuela, la luz naranja diluía la niebla en polvo dorado que relucía, extrañamente, en los parabrisas de los automóviles, en los avisos de neón y en las ventanas de los edificios. Esquivando ómnibus y autos cruzó la avenida. Sus trenzas negras caían, largas, hasta la cintura. Divisó a su enamorado entre un grupo de muchachos que conversaban en la puerta de una cantina. Se mordió los labios y ensayó una mirada de desprecio. Su enamorado, apenas la vio, corrió por en medio de la calle a darle alcance; cuando ya se disponía a saludarla, ella, orgullosa, le volteó la cara y le dijo que ya no quería perder su tiempo con un cualquiera. Y hermosa, como nunca, siguió de largo con andares de mujer de mundo. Su enamorado la siguió hasta Recuay rogándole que le dijera la causa de ese sorpresivo desprecio, anoche no más, recordaba, que en la vermouth del cine Glory se habían abraza-

do fuerte y que sus besos habían estado tan dulces que casi lo vuelven loco. Pero ella, reina, siguió, seria, sin contestar nada, hasta la puerta de la quinta. Le torció los ojos y echó a correr por el largo y angosto jardín de la quinta hasta su departamento. Impaciente buscó la llave debajo de una maceta. De reojo, sin voltear el rostro, miró a su enamorado que recostado en la puerta, triste, se recortaba en silueta oscura sobre la tarde de niebla naranja, de polvo dorado. Abrió la puerta de su departamento y entró al comedor. Pasó al dormitorio. Tiró el bolsón de libros sobre la cama y dando vueltas de contenta fue quitándose el uniforme hasta quedar en combinación. Abrió el ropero y sacó una sábana limpia, la extendió sobre la cama, le hizo una serie de pliegues y luego se la colocó como si fuera vestido largo de baile. Se dirigió al baño y se contempló en el espejo: sólo podía verse hasta los senos. Del comedor trajo una silla y, subiéndose en ella, pudo ver cómo la sábana caía, dura, hasta los pies. Se bajó de la silla y comenzó a contemplarse el rostro. Se soltó las trenzas y la cabellera negra, larga, destacó el color pálido mate de su rostro. Se mordió los labios y entrecerró los ojos. Volvió al dormitorio y sacó de un cajón del ropero papel lustre dorado, tomó las tijeras y, cuidadosa, mordiéndose la punta de la lengua, recortó una corona. Regresó al baño y sobre la frente, rodeando la cabellera negra, se colocó, ceremoniosa, la corona de papel lustre dorado. Sus ojos grandes y negros brillaron con la luz naranja de la tarde que entraba por la pequeña ventana del baño.

Su mamá la encontró durmiendo con la sábana puesta como vestido largo de fiesta y la corona de papel en la cabeza. La despertó y le dijo que si también ya estaba loca como sus hermanos. Entonces, ella, contenta, se puso de pie y le contó que todas las secciones de tercero de Media de su colegio la habían elegido Reina de Primavera. Pero su mamá, en lugar de alegrarse, se había puesto triste. Le dijo que ése era un compromiso muy serio, que demandaba un gasto que no estaban en condición de hacerlo; había que pensar en el vestido, en la fiesta, en la casa no podía ser: era muy chica. Ella, entusiasmada, le contestó que ya todo estaba resuelto: el producto de la venta de los votos era para su vestido de reina y la fiesta la daría en la casa de una amiga muy

buena y con plata. Sin embargo, su mamá le dijo que de todas maneras había que pedir permiso a su papá.

En la noche, cuando su papá, sus hermanos menores y su mamá estaban sentados en la mesa, ella, alegre y orgullosa, les contó, con lujo de detalles, cómo la habían elegido Reina de Primavera de todas las secciones de tercero de Media de su colegio. Sus hermanos le pidieron, para todos sus amigos del barrio, tarjetas de invitación a la fiesta de coronación. Ella dijo que no, porque todos éstos eran unos vagos corrompidos. Pero su papá, molesto, dijo que él, de ninguna manera, iba a permitir que su hija recibiera como limosna un vestido, que para eso él todavía no se había muerto, que era una locura pensar en dar fiesta en casa ajena y que, por último, tenía que renunciar mañana mismo al reinado. Ella protestó, gritó y lloró desesperadamente. Entonces, su papá, acariciándole la negra cabellera, le había prometido ahorrar desde mañana para que al próximo año tuviera con qué afrontar los gastos de un reinado de primavera y además, seguro, que el próximo año estarían en una casa más grande y más decente. Sus hermanos menores, apenados, habían, también, renunciado a sus propinas para que su hermana pudiera ser reina el próximo año.

La luz naranja de la tarde ilumina su hermoso rostro colegial. Cruzó la avenida Venezuela y su enamorado, apenas la vio, corrió por en medio de la calle a darle alcance. Ella lo recibió con una sonrisa y le entregó, juguetona, su bolsón de libros. Juntos caminaron hasta Recuay. Ella le contó que ayer la habían elegido Reina de Primavera, pero que había tenido que renunciar porque todas sus compañeras eran unas pobres huachafitas. Y torció los ojos. La luz naranja de la tarde diluía la niebla en polvo dorado.

Su rostro hermoso de ojos grandes y negros se ilumina con la luz de neón, fría y blanca. Bety se muerde los labios y, pensativa, maquinal, detrás de un mostrador de vidrio y metal, envuelve una corbata.

5:39 p.m.

La Victoria

-Le conviene el del primero.

-Sí, pero esta urbanización es muy desolada.

-No crea, con el tiempo tendrá que llenarse de edificios. La empresa ya está construyendo.

-¿Y el alquiler?

-Ochenta libras.

-Caro.

Por las gradas del edificio recién construido bajaron tres jovencitos con bluyines negros, apretados, y gruesas chompas de colores encendidos. Alborotaban, femeninos, el corredor. El encargado y don Lucho tuvieron que pegarse a la pared.

-... si te lo veía diciendo, pero como eres toda una desconfiada...

-¡Te imaginas!

-Y tú que es mentira, mentira y mentira.

-Yo que tú lo corto...

Y los tres jovencitos, con descarados movimientos femeninos, salieron del edificio, dejando el corredor impregnado de apestoso perfume barato.

-Si tiene familia, no sirve.

-Ya veo.

-Pase a descansar un momentito.

-Gracias, se me hace tarde, todavía no he encontrado nada.

-Descanse no más.

El joven encargado del edificio, limpiándose el hombro de su saco azul, hizo pasar a don Lucho a la portería.

-Asiento.

-Gracias.

Don Lucho, sentado en una silla vieja, se desató los pasadores de sus zapatos y se aflojó el nudo de la corbata. Limpió las lunas de sus anteojos.

-¡Y esto no es nada!, si viera usted la cantidad de prostitutas, matones y maricones que entran y salen durante todo el día, para qué le cuento.

La habitación tenía un fuerte y húmedo olor a cemento y pintura frescos y a ropa guardada.

-¿Y la empresa?

-Nada, sólo piensan en el molido -contestó el joven encargado sentándose en una cama de frazada ploma con bandera peruana a los extremos.

-¿De quién es la empresa?

-Eso sí es un lío. Ni yo mismo sé para quién trabajo. Me pasan de empresa a empresa. Un empleado más antiguo que yo me dijo que el dueño de todo esto es el famoso Manuelito, ese que dicen que es del otro equipo, el dueño del Banco del Perú.

-Ah, don Manuel.

-¿Usted lo conoce?

-No, pero trabajo en la principal del Banco.

-Entonces, usted debe conocer de cerca los negocios de Manuelito.

-No tanto.

El joven encargado sacó cigarrillos e invitó a don Lucho.

-Dicen que el tal Manuelito es un mago haciendo negocios.

-Así dicen.

-Como le decía, ese empleado que le cuento me dijo cómo se había realizado el negociado de esta urbanización.

-Algo también me contaron.

-Usted sabe que estos terrenos hace muchos años eran de cultivo.

-Claro, si recuerdo que cuando era muchacho venía por aquí a robar uvas y a montar burro.

-Bueno, le iba diciendo que Manuelito en combinación con un ministro obligó al dueño que era un italiano a venderle toda esta tierra a precio regalado. Creo que compraron el metro cuadrado a dos soles. Claro que Manuelito no apareció en la compra, formó una sociedad anónima y puso al frente de ella a un gerente.

-Así lo hacen.

-Después que urbanizaron la zona con ayuda de tractores del gobierno, el mismo Manuelito formó otra sociedad con otra gente y compraron nuevamente los terrenos. Y así toda la urbanización fue comprada y vendida más de ocho veces. Pasaba de una sociedad a otra, pero Manuelito era el único dueño de todas las sociedades. Como comprenderá el precio de los lotes subió escandalosamente. Ahora los están vendiendo a trescientos soles el metro cuadrado. ¿Se toma una Coca-Cola?

-Gracias.

Y el joven encargado salió con dos botellas vacías. Don Lucho miró la hora de su reloj pulsera.

La tarde está vencida. Ya no hay tiempo para seguir buscando casa. Y así se encuentre, ¿de dónde sacar dinero para el traslado? Un camión por dos viajes cobrará, por lo menos, de treinta a cuarenta libras. Y en dos tandas, imposible, hay muchas cosas en la casa. Además, en todas partes me han pedido dos meses de garantía y uno de adelanto. Tuve que recurrir a esa vieja prestamista. Le llevé los aros de matrimonio y el reloj de plata que me dejó mi padre. Apenas si me dio lo justo para poder sacar a María y a Carlitos de la Maternidad. Ni pude festejar el nacimiento de mi último hijo. Y luego los intereses fueron subiendo de mes a mes. El sueldo no alcanzaba para nada. La pobre María economizaba en todo. Fue guardando plata de real en real. Pero sólo se pudo recuperar los anillos de oro. Mi pobre María decía que un hogar sin aros de bodas, por más hijos que tenga, no era hogar, que los anillos tenían un poder extraño para alejar la mala suerte y sobre todo para tener bien unida a la familia y había que respetar su creencia, porque, en el fon-

do, yo también creo en lo mismo. Desde entonces siempre he tenido que recurrir a prestamistas. Nunca tampoco Bety pudo dar una fiesta a sus amigas. Y mañana sacarán los muebles y, ¿a dónde iremos? Ni pensar en el compadre, se ha llenado de hijos y ya su casa parece una conejera. Mi prima, tampoco. Por qué pasa esto conmigo si nunca he hecho daño a nadie, siempre he sido un buen padre. A veces pienso que Miguel tiene razón cuando habla de la revolución, de Fidel, de Cuba, pero esto no sirve porque luego vendrán los rusos y nos quitarán la libertad. Pero debe haber otra salida, no sé. Una vez Miguel llevó un libro a la casa y después de la comida leyó una parte en donde decía que el Perú era una gran hacienda repartida entre diez familias y que nosotros los pobres vivíamos sólo para trabajar como animales y hacer posible que esas familias vivieran como reyes.

El encargado del edificio entró con dos botellas de Coca-Cola.

—Así que Manuelito es dueño de casi todo el Perú —dijo el joven encargado tomando la bebida a pico de botella. Luego se sentó en la cama y sacó cigarros.

—Un amigo universitario que tengo me dijo el otro día: aunque no lo creas, desde que te levantas hasta que te acuestas, estás comprando, trabajando y dando de ganar a Manuelito. Mira, me dijo, cuando te lavas empleas jabón que fabrica Manuelito; vas al baño y el papel higiénico que usas lo hace una fábrica de Manuelito; te vistes y la tela que te pones la produce Manuelito; lees un periódico y también es de Manuelito; vas a tu trabajo y en cualquier empresa que trabajes Manuelito tendrá acciones y la casa en donde vives también es de él en sociedad con los judíos y el cemento y las llantas y la gasolina y los cines y hasta las empresas funerarias. No te escapas de Manuelito.

El joven encargado del edificio, poniéndose de pie, comenzó a pasearse por la habitación.

—¡Qué sería de nosotros sin esta bendita familia! Hay que agradecerle a Manuelito que haya invertido su platita en este país de ladrones y hambrientos. ¡Gracias, gracias, Manuelito!

Y el joven encargado del edificio, riéndose, con las manos juntas a la altura de la cara, mirando el techo, siguió agradeciendo a don

Manuel. Don Lucho con leve sonrisa en el rostro no dejaba de mirarlo.

-Es peligroso que hable de estas cosas con cualquier desconocido, puede perder el puesto.

-Qué me importa. ya estoy aburrido.

-¿Y su familia?

-Está en Chíncha, soy de allá, me vine a estudiar comercio.

-Gracias por todo, me voy.

-¿Y usted sabe la última?

-No.

-Dicen que Manuelito para la procesión del Señor de los Milagros ya formó un monopolio de anticucheras y vendedores de turrón de Doña Pepa, nada se le escapa.

-Qué buena.

Don Lucho se volvió a anudar los pasadores de sus zapatos, se arregló la corbata y se levantó de la silla. El joven encargado le alcanzó una escobilla. Don Lucho se limpió el saco sucio de polvo de cemento.

-Por la urbanización Jardín puede encontrar algo como para usted.

-Gracias, hasta luego.

-Tanto gusto.

Avenida amplia, desolada. Edificios en construcción. El cielo de brujas se caía por occidente. Don Lucho, encorvado, caminó hasta la esquina. Ingresó a una estrecha calle larga, larguísima: casas de un solo piso, tristes, plomas; muchachos bañados en quemada luz naranja de crepúsculo juegan fútbol en plena calle. Hombres mal vestidos toman cerveza a la puerta de una cantina malacara. Y allá, al fondo, a la sombra dorada oscura de la noche que viene, El Porvenir: extraños bloques de cemento sucio; ventanas como nichos, soledosas, sin flores; insólitos corredores de pirámide egipcia; mujeres y niños pálidos de sombra, de encierro, jardines de tierra seca, sin árboles; cantinas vocingleras; hoteles de vergüenza clandestina. Don Lucho se pierde por una estrecha calle a la sombra de un quemado cielo naranja de brujas.

Y así como a don Lucho, mañana, a ti, también, pueden sacarte los muebles a la calle. Será como abrirte el estómago y dejar, a la mirada pública, tus intestinos: lo más íntimo que tienes. Entonces, después de muchos años de trabajo, comprenderás que nunca tuviste un pedacito de tierra para vivir, que todo lo tuyo fue ajeno, que ni siquiera eres dueño de tu patria. Y todos estarán contra ti: los pobres sólo verán, desde lejos, tu desgracia; los ricos dirán que fuiste un hombre sin voluntad, que te faltó energía para conquistar un sitio en tu país. Y si reclamas, la fuerza del orden te acusará de rebeldía y, violentos, te enseñarán los deberes de todo buen ciudadano. La iglesia te aconsejará paciencia, humildad; los políticos te prometerán un cielo terrenal a cambio de un voto; los sabios te avergonzarán al demostrar que no supiste emplear la inteligencia para hacer fortuna; los poetas señoritos verán tus cosas en la calle y luego cantarán al geranio de tu maceta rota o a tu gato que juega sonámbulo con el sol; los escritores puros tomarán debida nota de tu tragedia y escribirán un cuento perfecto en donde tú sólo serás un personaje interesante para sus artificios verbales. Y será antiliterario, nada formal, para los críticos de los diarios de don Manuel, dialogar contigo, a través de esta novela, decirte que la revolución socialista depende de la acción colectiva y consciente de todos los que, como tú, no tienen un pedacito de tierra en su país, para vivir.

Con las manos en los bolsillos y el cuello de la chompa negra subido como bufanda, camina pegado a las paredes que, plomas y viejas, se encienden en leve y dorada claridad celeste naranja. Despreocupado, va rozando, con el codo, a peatones apurados que colman la vereda angosta. En la puerta de una cantina, morenos, con el hábito morado bajo el brazo, toman cerveza. Pícaros, los ojos le brillan y apresura el paso para ver de cerca a colegialas de uniforme azul y velo blanco que, de dos en dos, al cuidado de una monja, se abren camino por entre el gentío de la vereda. Con ligera sonrisa en el pálido rostro, observa a una retahíla de estudiantes que, con los cuadernos metidos debajo de la pretina del pantalón caqui, por entre autos y tranvías, van palomillas, piropeando a monjas y pupilas. Luego, serio, con la cabeza levantada y los ojos brillantes, sigue de largo hasta la esquina. Autos y tranvías, sobre el sucio asfalto, se enredan, confusos, en terrible nudo de bocinas. Por la plaza San Martín, el cielo, en amarillo naranja, se diluye en tibia y extraña luz quemada. Rápido, con las manos en los bolsillos y el cuello de la chompa negra subido como bufanda, se encamina hacia el Parque Universitario.

Nadie recuerda cómo el Profesor se hizo amigo de los clientes vespertinos, nocturnos y madrugadores de la cantina de la segunda cuadra de la avenida Venezuela. Pero, seguramente, tuvo que salir airoso de las pruebas que la clientela veterana de la cantina somete a todos los

nuevos. De pronto aparece un nuevo y se le observa, desde lejos, con no disimulada curiosidad; en torno del nuevo se tejen, entre cerveza y cerveza, las más descabelladas suposiciones. Cada parroquiano informa lo que sabe y lo que observa, así, por ejemplo, se averigua la casa en donde vive para determinar si le corresponde la cantina o no. Cada cantina tiene su zona, zona que puede comprender una quinta o callejón, una cuadra o todo el barrio. Si el nuevo, por su casa, pertenece a la cantina se le somete a una primera prueba que consiste en lanzarle un imprudente para que lo pique con una indirecta; de acuerdo a la reacción del nuevo, los más experimentados lo pueden catalogar entre los tranquilos, o entre los calientes, o entre los sobrados. La segunda prueba es la definitiva: un grupo lo invita a tomarse unas «aguas» y a jugar cachito; ahí, en el trago y en el juego, se calibra su hombría, su rectitud, su sinceridad. Más tarde, no falta un conocido que lo invita a una mesita de billar. Si acepta y es buen jugador se lo considera entre el grupo de los anzuelos para pescar corvinas de otros barrios. Poco a poco, se le va descubriendo sus habilidades en el fútbol, en el trago, en la jarana, en la mujer. Y de acuerdo a sus preferencias se le va ubicando en el grupo correspondiente. No falta un gracioso que le pone un apodo. Así son las cosas que suceden en las cantinas de los barrios.

Y el Profesor se hizo amigo de todos los clientes vespertinos, nocturnos, madrugadores y permanentes de la cantina de la segunda cuadra de la avenida Venezuela. Seguro que por sus lentes gruesos y los libros bajo el brazo alguien le puso de apodo: «el Profe». No sabía jugar fútbol, ni billar, pero, en cambio, era buen chupador de caña, mago de los dados, jaranista con voz clara para los valeses y contador de historias. Persona muy leída, dispuesta a escuchar problemas personales y a dar prudentes consejos. Eran inolvidables las noches cuando el Profe, borracho, discutía sobre política.

Un sábado, por la tarde, el Profe trajo un amigo. Lo presentó, y se tomó bastante y se habló mucho de todo. Al anochecer, el amigo del Profe, ebrio, recitó un poema de Neruda. Un muchacho, que estaba jugando en la máquina eléctrica, dejó el juego y se acercó a la mesa. Dijo que él también escribía, pero no poesía, sino cuentos. El Pro-

fe le invitó una cerveza y lo comprometió a que le enseñara los cuentos.

A los dos días, el muchacho le trajo un cuaderno ajado y roto. El Profe leyó los cuentos y le dijo que estaban bien, pero que necesitaba leer mucho. Le prometió prestarle libros buenos. El muchacho le contó que no había podido ingresar a la «U», pero que estaba estudiando para el próximo año. Desde entonces, entre cerveza y cerveza, rodeados por los más leídos de la clientela de la cantina, conversaban de literatura, de política, de religión.

Una noche, el muchacho, un poco borracho, le dijo que quería comprender el sentido de la vida, la conducta de sus familiares más cercanos, que lo desesperaba el misterio de la pasión amorosa, que no llegaba a comprenderse, que ya estaba dejando de creer en Dios y que esto lo volvía triste, que era un cobarde, que no sabía qué hacer. Entonces el Profe le dijo que él también todavía tenía esos problemas, que había que superarlos, que había que tener fe en la lucha de los hombres que quieren cambiar el mundo.

Estirando el cuello, desde la puerta, pasea la vista por la rugiente leonera que colma la amplia y profunda sala del bar «Palermo». Una densa atmósfera de humo de cigarro envuelve su pálido rostro. Ingresando, con las manos en los bolsillos y la cabeza levantada, por entre los parroquianos que, en torno de mesas muy juntas, achispados de licor, discuten en charla fuerte, desenfrenada. Se detiene cerca de una mesa rodeada por más de quince jóvenes. Con ligero movimiento de mano saluda y llama, aparte, a Leonardo.

—Anoche te estuve buscando.

El humo azul de tabaco brilla, con luz fría de neón, en las lunas verde oscuras de los gruesos anteojos de Leonardo.

—Sí, me avisaron —dice Leonardo, levantándose el cabello de la frente. Se retira a un lado y un borracho, tropezándose con las sillas, pasa al baño.

—Sabes, quiero hablar contigo —un mozo con botellas en la mano pasa rozando a Leonardo.

-¿Te tomas un café? -dice Leonardo, buscando una silla.

-No. Mejor vamos, ¿tienes un cigarro? -Leonardo voltea y alza de la mesa una cajetilla de «Nacional Presidente».

-¿Adónde? -le entrega un cigarro y prende un fósforo. La charla de los parroquianos se encrespa en marejada.

-No sé, caminemos, así mejor te digo.

-Bueno -contesta Leonardo. Toma de la mesa unos libros y levantando la mano se despide.

El cielo quemado en naranja ilumina, en ladrillo, el rostro de la gente que llena, en hirviente y agitado tránsito, las húmedas aceras de La Colmena. Al occidente, en sombra, contra un mágico celaje de brujas, entre cables eléctricos aéreos, se destaca, negro, el monumento a San Martín.

Miguel: Sabes que estoy un poco fregado (sus ojos negros brillan desmesurados) no sé qué hacer...

Leonardo: Cálmate (lo toma por el brazo).

Miguel: Tienes que ayudarme... (mira de frente a Leonardo).

Leonardo: Caminemos un rato (se dirigen hacia el Parque Universitario).

Miguel: Como quieras (un vendedor ambulante le ofrece al oído, clandestino, sortilegios de amor). No, no, patita (saca la mano del bolsillo) ahora sí estoy fregado (entrega una moneda a un niño que le está enseñando el muñón de su brazo mutilado) tienes que ayudarme.

Leonardo: Caminemos un rato, después me dices (caminan por entre la gris y burocrática multitud que está saliendo del Ministerio de Educación. Tres guardias de asalto están parados junto a dos oficiales).

Miguel: Anoche te estuve buscando (mira los cascos relucientes, las bolsas con bombas lacrimógenas, las varas negras y las metralletas).

Leonardo: Con los del colegio nos fuimos a un chifa (se detienen en la esquina: un oficial deja la motocicleta, saluda a su jefe y le dice algo al oído. El jefe cruza la vereda, atropellando a Miguel). He comen-

zado a escribir una novela (el jefe de policía habla con un señor de sombrero que está arrimado a la pared).

Miguel: Crucemos (se limpia su chompa negra).

Leonardo: Cuidado, espera (tomándole el brazo detiene a Miguel que se dispone a cruzar por la pista).

Miguel: ¿De qué trata?

Leonardo: Del Señor de los Milagros (los autos en alboroto de bocinas se aglomeran, se enredan, en la pista sucia).

Miguel: Te estás volviendo beato (se apaga la luz verde del semáforo, se prende la roja) cruza (ingresan a la pista).

Leonardo: No, todo lo contrario (los autos que vienen de La Victoria se entrecruzan con los que vienen por Azángaro).

Miguel: ¡Cuidado! (detiene a Leonardo por el brazo. Un ómnibus enorme pasa rozándolos. Una nube negra de vapor de petróleo los envuelve. Miguel tose) ya no creo en Dios (por sus espaldas, cerca, siguen pasando los autos).

Leonardo: Ya he escrito como cuatro páginas (vendedores ambulantes van, imprudentes, empujando carretillas por entre el tránsito agitado, furioso) éstos ganan mucho con el Señor.

Miguel: Mejor (atentos, mirando a todas partes, Leonardo y Miguel, en cabriola, van esquivando a los autos que pasan en tumulto agresivo).

Leonardo: Todo el mundo va a la procesión (familias completas, con hábito morado, en fila india, se abren camino por entre la gente que pulula en el Parque Universitario).

Miguel: Ya debe estar entrando a La Victoria (salen de la pista e ingresan al parque).

Leonardo: No sé qué título ponerle (la luz naranja brumosa del atardecer cae lenta, fría, sobre el Parque Universitario).

Miguel: Primero termínala (los rostros de la gente que, en apretado y confuso hormiguelo transita por el parque se iluminan, mágicos, en traslúcido dorado).

Leonardo: Sí. «En octubre no hay milagros» o «¡Octubre octubre!» (caminan lentos por entre la multitud que llena el parque).

Miguel: «En octubre no hay milagros» mejor (mira la angosta y alta torre que, negra, recorta la sombra turbia dorada que cae, ceniza encendida, del cielo).

Leonardo: Sí (cruzan por el jardín pelado: tierra húmeda rojiza. Tres marineros yanquis van por delante).

Miguel: Nos emborrachamos: así mejor hablamos.

Leonardo: Mejor no (niños lustrabotas, sucios, rotos, siguen a los marineros yanquis) dime así no más.

Miguel: Tengo que tomar algo (pasan a los tres marineros yanquis).

Leonardo: Se creen superhombres, ¿no?

Miguel: Sí, y la gente que los mira tiene la culpa (mira a una señora de negro que está sentada en un banco).

Leonardo: Como quieras, una y nada más.

Miguel: No sé cómo decirte, estoy jodido (caminan sin hablar. Leonardo recoge una vara mojada y comienza a limpiarla con el pañuelo. Miguel, con las manos en los bolsillos y la cabeza levantada respira agitado. Pasan por delante de la Universidad Nacional de San Marcos. Un grupo de estudiantes insulta a los marineros yanquis).

Leonardo: Les deberían pegar.

Voz de una muchacha por altoparlante: ...invita a la manifestación de protesta contra el gobierno que ha desatado una gran redada en todo el país contra los auténticos dirigentes del pueblo. ¡Muera la oligarquía! ¡Muera el imperialismo yanqui! (grupos de estudiantes y obreros discuten).

Miguel: Dicen que ayer hubo muchos muertos (la puerta de la universidad está llena de carteles. El viento levanta, en remolino, pequeños volantes).

Voz de una muchacha por altoparlante: ...protesta contra la dictadura que nos quieren imponer (los marineros yanquis siguen caminando impasibles entre gritos furiosos de estudiantes y obreros).

Miguel: Leonardo, sabes... (desde el altoparlante llega una marcha cubana revolucionaria. Respira fuerte, agitado; sus ojos brillan, extraños; saca las manos de los bolsillos; se detiene y mira a Leonardo) sabes que quiero hacer algo no sé contra el Señor de los Milagros o con-

tra cualquiera soy cobarde no quiero seguir siendo cobarde tengo que hacer algo acompañame vamos a la procesión no sé pero si no hago nada mejor me mato los tombos le pegan a mi viejo y tengo miedo ¿ves? soy cobarde a mi hermana la hacen puta y a mí me llega al huevo mañana nos botan de la casa y yo me quedo hecho un cojudo ¿ves? compréndeme soy cobarde tengo que hacer algo contra todo esto acompañame franco sin mentira ayúdame no quiero ser mierda.

Leonardo: (pega fuerte, con la vara, su pantalón oscuro. Saca un cigarro).

Miguel: ¿Me acompañas? (mira a Leonardo. Se estruja, violento, las manos) eres mi mejor amigo.

Leonardo: (dobla la vara y se levanta el cabello de la frente) Miguel, te comprendo, pero hablemos.

Miguel: (mirándolo de frente) ¿Me acompañas o no? (su pálido rostro, triste, se ilumina en sombra oscura de naranja).

Leonardo: Caminemos (lo toma del brazo. La pista está repleta de autos que, unos tras otros, juntos, van rozándose) hablemos (el parque va quedando envuelto en dorada bruma).

Miguel: No sé pero tengo que hacer algo, algo violento. La procesión ya debe estar por La Victoria (camina con la cabeza levantada).

Leonardo: Todos tenemos miedo (con la vara pega fuerte a su pantalón oscuro) nadie es cobarde.

Miguel: No quiero ser cobarde (respira tragando saliva).

Leonardo: ¿Y crees que haciendo algo violento vas a dejar de ser cobarde?

Miguel: No sé. Tengo que hacer algo (policías a caballo, de dos en dos, pasan por entre los vehículos que colman la pista).

Leonardo: Eso no arregla nada (pasan frente a un ruedo de gente: en el centro un charlatán con una culebra en el cuello).

Miguel: Si no quieres acompañarme, voy solo (por en medio de la calle, contra el tránsito, un grupo de obreros con cartelones pasa dando mueras al gobierno).

Leonardo: Miguel, espera, escúchame... (del Ministerio de Educación viene una corriente fría de viento).

Lo llamó aparte y le dijo, al oído, que don Julio, el ex premier del gabinete, quería hablarle urgentemente.

Cuando el conserje –guantes blancos y levita negra– abrió la puerta y lo hizo pasar, no supo dónde colocar las manos: quiso correr hasta su casa y pedirle perdón a su mamá; pero ya estaba frente a su padre –cuidadas patillas y calva reluciente– que, detrás de un negro escritorio de madera, estudiaba unos pesados documentos. Sintió que la sangre le ardía en el rostro; quiso llorar: recordó la muerte de su abuelita, evocó el día cuando lo llevaron, a la fuerza, al internado, se pellizcó duro, fuerte, el dorso de la mano; pero no encontró lágrimas en sus ojos: estaban secos. Ayer, no más, en la hora de Historia Patria, el cura Domingo, interrumpiendo la clase, dijo, desde la puerta, que el padre director lo mandaba llamar. Todo el salón se agitó de miedo: debía haber sucedido algo muy grave, gravísimo, para que el cura director llamara a su despacho a un alumno y, todavía, en plenas labores escolares. Por el oscuro corredor siguió, rápido, al cura Domingo. Las puertas de las demás aulas estaban cerradas. Apenas si vio, de reojo, los cuadros de la Virgen, del Niño Jesús, de San Ignacio que adornaban la fría pared. Sus pasos menudos resonaban sobre el brillante mosaico negro y blanco del piso. Durante estos primeros meses del año, el cura director sólo una vez había llamado a un alumno. Nunca más se volvió a ver a ese compañero en el internado; nadie, tampoco, pudo

enterarse de la falta cometida; sin embargo, durante la misa, corrió, susurrante y nerviosa, la voz de que el cura Ignacio lo había encontrado en un baño haciendo el pecado deshonesto con el perro del internado, tal vez se dijo esto, porque el perro, también desapareció. Después de ese incidente no los dejaron vivir en paz: pues como si todos hubieran cometido la falta, se les privó del recreo; hubo ejercicios espirituales extraordinarios; prohibieron andar en parejas; si alguno se movía, más de lo necesario, en la cama, el cura de guardia comía y levantaba las frazadas y examinaba las manos. Y en la misa diaria se tuvo que rezar un rosario más, con letanías, para alejar la tentación de la carne y conservar el aroma santo de la castidad. Esperó algunos minutos en la salita de recibo de la dirección, mientras el cura Domingo lo miraba, extrañamente. Se abrió la puerta de opaco vidrio catedral y el director, serio, lo hizo pasar. El cura Domingo, rápido, cruzó el jardín. Tuvo miedo y apretó, fuerte, las rodillas. El cura director, sin mirarlo, sacó de un estante una estola, la besó y se la puso al cuello. Tomó asiento en un episcopal sillón, y él, se vio obligado a caer de rodillas. Se persignó, rezó el «Yo Pecador» y, luego, maquinal, comenzó a confesar sus pecados menores: había robado chocolates de la despensa del comedor; había fumado en el baño; había conversado durante la misa; había mentido al padre Bruno; había contado chistes groseros y, además, después del almuerzo, había hecho el pecado solitario más de tres veces desde la última confesión. El confesor, sereno, le preguntó si olvidaba decir algo en relación con el hijo del jardinero. El aire, como un nudo hiriente, se le clavó en la garganta; toda la sangre la sintió en la cabeza; los oídos le zumbaban y los ojos sólo veían puntitos blancos, relucientes, en el piso negro, frío de la dirección. Asustado, negó con la cabeza. El confesor, irritadísimo, le increpó su conducta de blasfemo al mentir en el Sagrado Sacramento de la Confesión: enojado, le dijo que estaba enterado de todo; colérico, le negó la absolución; airado, lo amenazó con las terribles llamas del infierno. Entonces, él, desesperado, apretando, fuerte, las manos, con los ojos cerrados, muerto de vergüenza, con voz tartamuda, confesó su odioso pecado: durante más de cinco veces, burlando la an-

tipática vigilancia del padre Bruno, había salido, furtivo, del dormitorio; escurridizo, por el jardín, había llegado hasta la casa del jardinero; susurrante, había llamado a Mario; asustados, habían caminado hasta los baños del gimnasio, y, ahí, en la oscuridad, silenciosos, conteniendo, a pausas, la respiración agitada, se habían entregado, poseídos por el demonio, al horrible pecado de Sodoma. Aniquilado, de rodillas en el suelo, contrito, se golpeó el pecho y pidió, suplicante, la absolución: hizo propósito de enmienda y, desesperado, prometió cortarse el miembro, las venas, si volvía a cometer ese terrible pecado. Enérgico, el confesor lo reprendió y le hizo ver, pedagógico, que en su horrendo pecado había que examinar dos hechos reprobables, a saber: primero, el acto mismo que por esencia es pecado que Dios castiga con el fuego eterno, ejemplo: Sodoma; segundo, el haber rebajado la condición ilustre y decente de su familia al haber tenido relaciones de esa índole con un asqueroso negro hijo de jardinero, la falta tendría atenuantes si la relación íntima, carnal, se hubiera producido con algún compañero de su misma condición social, le hizo ver que pertenecía a una aristocrática familia católica del país en cuyas manos estaba el destino de la patria y que por eso mismo no debía hacer ninguna concesión a la gente plebeya, concluyó diciendo que este segundo aspecto lo hacía más censurable a los ojos de Dios y de los hombres dignos, decentes y católicos. Le dijo que como penitencia se privara de tomar agua tres días y que durante tres meses rezara diariamente cuatro rosarios. Luego se regocijó por la vuelta al redil de la oveja descarriada. Recién, entonces, comenzó a sentir el olor rancio, hediondo, de los pies del confesor. Se levantó y, con la cabeza baja, esperó, humilde, que el confesor guardara la estola. El padre director abrió la puerta e hizo pasar a Mario que estaba con el cura Domingo. Tuvo vergüenza de mirar la cara morena y la camisa sucia de tierra de Mario que, nervioso, daba vueltas en las manos a una gorra plebeya. El padre director se sentó y, mirando fijo a Mario, le dijo que ya estaba enterado de todo. Entonces, Mario, tartamudeando, le había dicho que era verdad, pero que no le dijera nada a su papá porque era capaz de matarlo. El padre director, buscando unos papeles, le había

contestado que la solución de este delicadísimo problema ya estaba tomada: separaría, de inmediato, del colegio al jardinero y a su hijo pecador. Mario, llorando, había suplicado; pero el padre director le dijo que se fuera. Entonces, Mario, casi llorando, casi a gritos, enojado, había amenazado con decir a todos que no sólo había pecado con ese alumno soplón, sino con muchos más y hasta con el cura Domingo. El padre director, sereno, se puso de pie; abrió la puerta; llamó al padre Domingo; le habló al oído. Luego se quedó con Mario encerrado en la dirección. Caminaron hasta los dormitorios. El cura Domingo, mirándolo extrañamente, le ordenó que hiciera maletas. Fue la primera vez que sintió en su cuerpo esa herida que se abría dolorosa, quemante, y, al mismo tiempo, dulce, prohibida: Mario lo había engañado: creyó que Mario era su Mario: que era dueño de Mario como lo era de su rosario, de su misal, de sus ternos que colocaba en la maleta: el padre director tenía mucha razón: no había que confiarse de los plebeyos. Le dolía la presencia del cura Domingo que, flaco, seco, sucio, había sido también, dueño de su Mario. Y ahí estaba el cura, con el rosario entre las manos, hipócrita, mirándolo extrañamente. Levantó la cara de los pesados documentos y le clavó, hiriente, esos sus ojitos negros que se perdían en el enorme rostro de patillas bien cuidadas y de reluciente calva. «No vamos a remover ese asqueroso asunto. Te irás a Inglaterra. Menos mal que el padre director ha tenido el suficiente tacto y tino para que todo quede en nada. Eres un irresponsable. Tu tío se encargará de buscar en Londres un colegio severísimo para que te quiten esa reprobable costumbre. Por lo pronto te irás a la casa y no saldrás por ningún motivo. No hablarás con nadie. No escribirás a nadie. No puedo poner en juego mi cartera ministerial. No tengo más que decir.» El conserje –guantes blancos y levita negra– lo acompañó hasta la carroza de cuatro caballos que esperaban frente al Ministerio de Hacienda.

En suelto bamboleo de caderas y nervioso vuelo mariposa de manos, bajó por la escalinata de piedra y azulejos.

6:15 p.m.

La Victoria

-Don Ernesto, lo buscan.

Y los diez muchachos, que, en torno de una mesa, pegaban con engrudo etiquetas en pomos, callaron, y sin dejar su trabajo, miraron hacia la puerta. Sólo se escuchó la voz melodiosa que salía de un radio. Luego, desde el fondo de la sala, apenas iluminada por un débil foco, contestaron:

-Pase.

Don Lucho, poniéndose de costado entre la fila de muchachos y la pared cubierta de fotografías de revistas, ingresó. Un hombre gordo, colocando los pomos en cajas, sin mirarlo, preguntó:

-¿Cuántas quiere?

-No, el portero de un edificio me...

-Ya, espere un momentito. Primus, llama a mi mujer.

Un joven flaco se levantó y, limpiándose las manos de engrudo en el pantalón, salió. Don Lucho tomó un frasco y miró la etiqueta: era una estampita del Señor de los Milagros.

-Muy buena para después de la procesión -informó el hombre gordo-, se la recomiendo, buena frotación para el dolor muscular.

El techo de la sala angosta se podía tocar con las manos.

-Pruébela.

Y el hombre gordo siguió amontonando cajas con pomos. Los muchachos hablaban entre ellos. El locutor de la radio, después de un

twist, dijo con voz patriótica: «El Perú construye». El joven flaco regresó y sentándose avisó:

—No está, creo que se fue a la proce.

—Bocaellanta, anda empaquetando, ya regreso.

El hombre gordo, antes de salir, contó las cajas.

Don Lucho siguió al hombre gordo por un corredor descubierto, como calle, flanqueado por hileras de puertas con grandes números y cruzado por alambres de ropa lavada. Varias mujeres con ollas y baldes, en alboroto de voces, se agolpaban en torno de un caño. A la puerta de un cuartito, en medio del corredor, jóvenes y niños, leyendo revistas de historietas, hacían cola: alguien había escrito en la puerta de calamina: «wc probecho». Pasaron de largo. Niñas, tomadas de la mano, cantaban la ronda. Llegaron a la primera puerta de la izquierda del corredor. El hombre gordo abrió la puerta e hizo pasar a don Lucho.

—Éste es el más grande que me queda.

Tres habitaciones se sucedían en fila, hacia adentro.

—Puede hacer las mejoras que quiera.

Don Lucho paseó las tres habitaciones angostas, de techo bajo de eternit, oscuras, sin ventanas.

—Se lo dejo en doscientos.

Don Lucho salió al corredor.

—Un mes adelantado y nada de garantía.

Y el hombre gordo cerró la puerta del departamento.

—Mañana le contesto.

—Puede venir a cualquier hora, tengo mucho trabajo y no puedo moverme de aquí, hay muchos pedidos.

Don Lucho, despidiéndose, salió a la calle por una puerta angosta y baja de una larga pared de adobe pintada de blanco.

—Prefiero quedarme en medio de la calle y no ir a juntarme con esa gente sucia de corralón de un solo caño —dice Bety tomando su café con leche.

—Pero hay que ir a cualquier sitio, entiendan —contesta don Lucho anudándose la corbata.

-No le haga caso, papá, esa Bety es bien pretenciosa, si ya se cree de la jai -habla Miguel desde su cama.

Doña María, saliendo de la cocina con una taza de café, propone:

-Podemos acomodarnos por el momento en ese departamento que dices de San Isidro: ahí estaremos solos, tranquilos, sin vecindad.

-Mejor nos vamos a esa casa de Jesús María, ahí tengo tres carretas de la Unidad, en San Isidro no conozco a nadie, por ahí todos son sobrados -comenta Carlos poniéndose su casaca de cuero negro.

Don Lucho llegó hasta la esquina de la amplia calle de corralones. La luz naranja, oscura, turbia, del atardecer iluminaba a grupos de obreros que volvían a sus casas.

En recatado bamboleo de caderas, entró, por la puerta interior, al coqueto despacho de su casona de piedra y azulejos; señora, tomó asiento en el gran sillón, detrás del escritorio; prendió la lámpara de luz anaranjada; señorita, se miró en el espejo de marco dorado, colonial; enérgico, llamó al criado y le ordenó que hiciera pasar al ex premier. El criado abrió la puerta de madera tallada y, al momento, ingresó al despacho don Julio: nervioso, avanzó hasta el escritorio, extendió la mano y don Manuel, efusivo, la apretó.

–Asiento, mi ingrato amigo.

El ex premier se sentó al borde de un sillón y con voz entrecortada dijo, mientras don Manuel tiraba su enorme cabeza calva hacia atrás:

–Vengo a felicitarlo por el triunfo de su hábil maniobra política.

–Gracias, no es para tanto, las gracias para ti también.

–Siempre he estado en contra de sus oscuras maniobras. Para mí siempre el país ha sido primero.

–Interesante, ahora resulta que los americanos son el país.

–No he venido a discutir.

–¿Entonces?

–Simplemente a decirle que ha sido muy injusto conmigo.

–Así es la política.

–Sus diarios me han ridiculizado.

–Ya se encargarán de rehabilitarte.

–Espero que así sea.

-Tendrá que ser así, siempre te he tenido entre mis mejores amigos, dime ¿y ahora qué vas a hacer?

-Volveré a mi estudio.

-Emplearé tu experiencia en el foro y la política, te enviaré los casos más difíciles, pero ¿no te gustaría una embajada en Europa?

-Lo pensaré.

-Para acabar con este desorden de huelgas, de disturbios y sobre todo para tener tranquilos a los gringos se ha pensado reprimir a la izquierda, a esos extremistas.

-Eso fue lo que se trató de hacer.

-Pero ahora es distinto. Es necesario que tú, como ex premier, des una conferencia de prensa y denuncies un gran complot comunista.

-Quiero vivir en paz, ya no quiero saber nada de política.

-Piénsalo, aún no estás acabado, en algún momento de crisis puedes ser presidenciable.

-Lo pensaré.

Don Julio se puso de pie y al despedirse de don Manuel dijo:

-Consultaré con mi esposa, usted bien sabe que la Nena se muere por vivir en París.

Apenas si podía moverse entre la mesa del anafe y el cajón con cortina a manera de repostero de la angosta cocina de paredes bajas sucias de humo; retiró de la hornilla la olla de sopa de cabeza de pescado con fideo cabello de ángel y colocó la sartén con aceite. Por la pequeña ventana que da al paredón del edificio vecino se colaba la última luz del atardecer; desde el comedor llegaban los lamentos del radioteatro de las seis. Con una cuchara fue sacando de una fuente porciones de verdura mezcladas con harina y huevo batido y las fue vertiendo al aceite humeante de la sartén: esperó que doraran, luego les dio la vuelta y por último las sacó a una fuente; guardó la botella vacía de aceite debajo de la mesa cerca de una caja de desperdicios de cocina; volteó a la izquierda y sin tener que dar un solo paso se lavó las manos en el caño; tapó la fuente, apagó el anafe y salió de la cocina.

Cruzó el comedor, el dormitorio de los chicos y llegó a la última habitación de la casa: un ropero viejo brillante de barniz, la cama de dos plazas bien tendida, el velador lleno de frascos de remedios y unos cajones apenas si dejaban estrechos pasadizos para poder movilizarse por la habitación sin ventanas y de paredes bajas adornadas con fotografías de antiguas reuniones familiares y la repisa con flores y cirios encendidos al pie de un cuadro del Señor de los Milagros. Se quitó la bata de entrecasa, sacó el hábito morado del ropero y se lo puso; luego del velador tomó una mantilla, un rosario y un libro de misa; apagó la luz y pasó al dormitorio de los chicos.

Apretó el interruptor y la habitación quedó iluminada: el dormitorio se hacía pequeño con las dos camas separadas por un velador de puerta rajada, cajas de cartón, un planchador, una máquina de coser y una mesa llena de libros, papeles, cuadernos, coloretes, pomos de perfume y brillantina. Cerró la ventana que da al paredón del edificio vecino y poniéndose el cordón blanco en la cintura apagó la luz.

Pasó al comedor, encendió la lámpara del centro y entró al baño: cuadrilátero con una pequeña ventana. Frente al espejo colgado en la pared se arregló el cabello y se puso la mantilla; echó un balde de agua a la taza del baño y salió.

Pasando por entre las sillas de madera vieja y la pared adornada con fotografías familiares y diplomas de aprovechamiento y de conducta de los chicos llegó hasta la pequeña mesita del radio, dio vuelta al botón y la casa quedó en completo silencio. Antes de apagar la luz acomodó las flores artificiales del jarrón de vidrio de la mesa del comedor.

Después de cerrar la puerta del departamento escondió la llave debajo de una maceta.

El calor, sofocante, de las seis obligaba a todos los vecinos a abrir puertas y ventanas, entonces, el corredor de la quinta se colmaba del ruido enmarañado de radios; las niñas, con vaporosas percalas multicolores, tomadas de la mano, cantaban, incansables, matatirutirulá; los muchachitos, en tropel de gritos, entraban y salían, corriendo, saltando, por el corredor lleno de macetas con geranios, rosas y claveles olorosos; los jóvenes, con pantalones blancos y camisas rojas, verdes, amarillas, negras, abiertas en el pecho, alborotaban, enamorando a muchachas en la puerta de la quinta; y el aire caliente, pesado, húmedo, caía con el crepúsculo violento de verano. Y las señoras, en las puertas de sus departamentos, se abanicaban y hablaban de todo y de todos. Y el calor caía húmedo, pesado, violento.

Con el libro de misa y el rosario en la mano caminó por el corredor oscuro y silencioso: puertas y ventanas estaban fuertemente cerradas, ya nadie vivía en la quinta. Llegó a la puerta y detrás quedó la enorme quinta vieja, desierta, oscura, moribunda. Pasó por Recuay y

tomó una calle estrecha, sin tránsito. Llegó a la esquina de la avenida Venezuela. La avenida estaba luminosa, bullente de automóviles, ómnibus y peatones y grupos de hombres en las puertas de las cantinas. Las alegres tiendas relucían en alegres colores.

Desde los quince años era un buen jugador de billar. Con Pirata se iba a billares de otros barrios. Se hacían los pejes y luego de varias mesas perdidas de propósito entraban a fondo en el juego y barrían con el dinero de todos los tromes. Con las ganancias comían harto y rico en los chifas elegantes. A veces, se despedía de Pirata, y se quedaba en un hotel del centro a disfrutar, solo, una muelle cama, pues en su casa tenía que dormir con su hermano menor en una sola cama y el colchón era tan viejo y delgado que hacía sentir, punzantes, las varillas del catre.

Cuando se tiraba la vaca en la Unidad Escolar, no iba, como sus compañeros, al cine, sino que se echaba a andar, con las manos en los bolsillos y un cigarro en la boca, por barrios desconocidos: le gustaba descubrir calles y plazas extrañas, misteriosas. Le agradaba, también, observar a la gente.

En verano, solito, iba a la playa de Agua Dulce y, entre el tumulto de bañistas, echado sobre la arena, contemplaba el mar y pensaba en su enamorada.

A los dieciséis años tuvo su primera borrachera en una cantina de la segunda cuadra de la avenida Venezuela: una colegiala del Rosa de Santa María lo había aceptado como enamorado, pero luego lo largó, porque dijo que ya no le gustaba y porque se había conseguido un chico mejor que él. Durante más de dos meses se sintió el hombre más desgraciado y abandonado de la tierra, hasta pensó matarse

en presencia de la ingrata colegiala, escribió poemas desesperanzados, terribles, pero después los rompió: son malos, horrorosos, se dijo a sí mismo.

En unos carnavales, con un grupo de amigos de la quinta, se fue hasta Barranco, con el disfraz envuelto en periódico, al baile público de la plaza. Toda la noche estuvo de un lado al otro sin poder conseguir ni un solo plan: esto lo ponía, más que triste, amargo.

Casi lo expulsan definitivamente de la Unidad Escolar porque se negó a ensayar para el desfile militar de Fiestas Patrias. Subido sobre una carpeta dijo a todos sus compañeros de aula que el desfile sólo era para cameros.

El día que escribió su primer cuento —era sobre el billar de su barrio, en donde el personaje principal era el famoso Choro Plantado— salió corriendo de su casa con el cuaderno de tapa negra doblado. Buscó a sus amigos de la cantina y del billar. Les convidó cigarrillos y les pagó una cerveza, y después, tembloroso, leyó su cuento. El auditorio festejó con risas las palabras groseras de su relato, y nada más. Esa noche, decepcionado, estuvo, con las manos en los bolsillos y un cigarrillo en la boca, caminando, solo, por todo Chacra Colorada.

Nadie podía explicarse cómo, tan vago, tan billarista, tan borracho, tan frecuentador de mujeres malas, era el mejor alumno de su sección. Tampoco, nadie de su barrio, de su familia, pudo explicarse el porqué lo habían desaprobado en el examen de ingreso a la universidad.

Cuando se veía obligado a trompearse, le temblaban las piernas, le sudaban las manos: tenía miedo, por eso, tal vez, se creía cobarde. Cierta vez su contrincante sacó chaveta y, él, quiso correr, pero se quedó firme empuñando las manos, tragando saliva. El contrincante se lanzó furioso y, rasgándole la manga de la camisa, le cortó el brazo. Sintió un miedo desconocido, terrible, cuando vio cómo corría la sangre, su sangre, por el brazo. No llegaba a comprender el sentido de la cólera de su enemigo que era muchacho como él. Quiso comprender, también, la fragilidad de su cuerpo, de su vida.

Miguel: Hubiera querido nacer en otra parte (sus ojos negros brillan)

no sé... (mete las manos en los bolsillos) no, mentira: me gusta haber nacido aquí. Me parece que vivimos sumergidos en un mar (sonríe) como peces. A lo mejor por encima de esta neblina hay una ciudad en donde todos son felices (mira de frente a Leonardo) mentira: la veríamos en verano (sonríe).

(Los últimos pisos del Ministerio de Educación, como rompeolas, detienen una fuerte corriente de viento que luego, en amplio remolino, la lanza sobre el Parque Universitario y la avenida Abancay: papeles en polvo dorado oscuro se levantan, palomas, por sobre autos y peatones.)

Leonardo: A esta hora Lima parece la ciudad de una terrible pesadilla (la luz de los postes aún no está encendida: la amplia avenida Abancay con casas viejas despintadas, chatas, se va oscureciendo bajo un cielo quemado, sombrío, de fantástico rojo) y nosotros parecemos una mezcla de máquinas gastadas con hombres transformados en animales (por estrechas veredas el gentío hierve en agitado hormigueo y por la pista de asfalto mugriento de aceite y basura autos destartados y ómnibus repletos de gente se aglomeran en marcha lenta, confusa) caminamos como sonámbulos (el cielo cae negro, denso, sobre el Parque Universitario oscuro, sin luz eléctrica).

Miguel: Entonces, ¿me acompañas? (los faros de los automóviles proyectan sobre las paredes extrañas sombras que crecen, desmesuradas, y que luego, se disuelven) ya debe estar en La Victoria.

Leonardo: Después todo seguirá igual (golpea su pantalón con la vara) la violencia individual no cambia nada (camina por entre la gente).

Miguel: No sé (toman por la avenida Abancay).

Leonardo: Sólo la acción colectiva y organizada de un partido de campesinos, obreros y gente decidida podrá cambiar todo esto que está podrido.

Miguel: Hablas como si fueras un libro, pero mañana nos botan de la casa yo sigo cobarde mi viejo se muere de tanto trabajar sin haber gozado nada mi mamá se acaba lavando cocinando renegando y a mi hermana la hacen puta y al Zorro lo corrompen.

(Miguel, con las manos en los bolsillos y el cuello de la chompa negra subido como bufanda, y Leonardo, con el cabello sobre la frente y la vara en la mano, se pierden entre el gentío que hormiguea, hirviente, por la oscura avenida Abancay.)

7:15 p.m.
Centro de Lima

Coqui maneja y Bety se pinta los labios. Los autos en tumulto desesperan en marcha lenta por la avenida Tacna. *Es peligroso, no conviene.*

-Coqui, mejor nos quedamos en el carro.

-No seas tontita, en el auto es peligroso, no tengas miedo.

-No, no es por nada, *a cuántas habrá llevado* no sé qué me da ir así no más.

-Te digo que el departamento es lo más seguro.

-Sí, pero...

-O no me tienes confianza.

-No es eso. *Ojalá que el truco que me enseñó Gladis salga bien. Me dará los aros y mañana seré novia.*

-Me olvidaba decirte, mejor mañana no vayas a mi casa, yo te aviso mejor.

-Como quieras.

-Pero ahora me entregas los aros.

-Claro, Bitita, vas a ver la gran sorpresa que te vas a llevar.

-Sigue de frente me gusta ver los avisos luminosos *qué nervios, ¡Dios mío!*, con Julio era distinto. Mejor nos vamos hasta La Herradura.

-Mejor torcemos por esta esquina, ahí a la vuelta queda.

Bety no dijo nada. El auto dobló por el jirón Moquegua y se incorporó a la fila interminable de vehículos que avanzaban, lentos, por la estrecha y oscura calle. *Si todo sale bien te prometo Señorcito de los Milagros llevar el hábito hasta que muera.* El auto ingresó a un garaje.

Ahora puedo escaparme y nunca más verlo. Salieron del automóvil. Seguiría en ese infierno que es mi casa. Salieron del garaje. Sería como Gladis: sangradora de viejos.

–Pero qué te pasa, Bitita, ahora lo vas a echar a perder todo.

–Mejor lo dejamos para mañana.

–Siempre me dices lo mismo, creo que ya no me quieres.

–Sí, sí te quiero, pero me duele la cabeza, vamos mejor a la procesión.

–Siempre sales con lo mismo.

Coqui la tomó por el brazo. Caminaron sin hablar por la calle estrecha y oscura hasta un edificio de varios pisos. Entraron y subieron al ascensor.

–Coqui, por favor, espera, aquí no.

–Estamos solitos.

Los números con luz roja del ascensor fueron iluminándose uno después de otro. Salieron del ascensor y caminaron por un corredor apenas iluminado hasta la última puerta de la izquierda. Coqui sacó la llave y abrió la puerta.

–¿Y qué número tengo yo, ah?

–¿Qué? No te entiendo.

–Te digo que a cuántas has traído.

–Te juro que eres la única.

–Ya te he dicho que no me mientas.

–Otra vez comienzas con lo mismo.

–Bueno, te creo.

Entraron a una salita con alfombra, mesita de centro con florero, bar y luz indirecta. Bety observó minuciosamente los muebles lujosos y aparentando naturalidad se sentó en un sillón, cruzó las piernas y le pidió a Coqui un cigarro. Coqui se acercó, la tomó de las manos y la hizo parar.

–No, no, Coqui, espera un momentito, descansemos primero.

–Como gustes, ¿tomas algo?

–No, gracias, así no más.

–Tengo un licor riquísimo, ¿lo pruebas?

-No, Coqui, ¡por favor!, no insistas.

Bety volvió a sentarse y paseó la mirada por toda la salita.

-Pero, Bety, ¿qué te pasa?, te desconozco.

Me levanto, abro la puerta, corro por el pasadizo, entro al ascensor y me pierdo en la calle.

-¡Coqui!, compréndeme, es la primera vez, tengo miedo.

-Verás que todo saldrá bien.

No, no es miedo a él, es a mí, me tengo miedo.

Coqui caminó hasta el bar, sacó una botella y sirvió en dos copitas el licor color violeta. Volvió al sillón en donde estaba Bety y le dijo:

-Prueba un poquito no más, es dulce, te va a gustar, esto no embo-
rracha.

-Bueno, pero una sola copita, ¿de acuerdo?

-Okey.

Bety tomó el licor y paladeando comentó:

-En el chifa he tomado esto.

-Éste es especial.

Coqui recibió la copa, la dejó en la mesita de centro y se sentó jun-
to a Bety.

-Pero, ¿qué te pasa?

-No sé.

-Ya no quieres ni que te bese, ¿no?

Entonces Bety, maquinal, aflojó los músculos y se dejó besar.

-Ya vas perdiendo el miedo. Otra copita más, eso te dará ánimos.

-Bueno, otra y que sea la última.

Coqui se puso de pie y dirigiéndose al bar le dijo:

-Entra a la otra habitación.

Como sonámbula se levantó y se dirigió a la otra habitación. Era un dormitorio con alfombra y cama de dos plazas con colcha brillante. Bety miró detenidamente la habitación, puso las dos manos sobre la cama y presionó: era blanda, muelle. Sintió un aroma agradable *su dormitorio era estrecho y el olor a media sucia de Carlos le daba dolor de cabeza.* Llegó Coqui con la botella y dos copas más grandes que las anteriores.

–Mira qué bonita se ve la botella.

–Parece caramelo de violeta. *Julio sacaba de su bolsillo caramelos y yo escogía los de naranja y limón.*

Recibió la copa y con naturalidad fingida se la tomó de un solo trago.

–Espera, Coqui, apaga la luz.

–Así mejor, quiero verte.

–¡Coqui, por favor!, te digo, apaga la luz.

–Bueno, pero échate en la cama.

Entonces Bety, indiferente, se recostó en la cama. Coqui se quitó el saco y la corbata y se echó a su lado.

–¿Dónde compraste los aros?

–En la joyería Mas, ya los verás.

–Espera, me arrugas el hábito.

Y Coqui comenzó a quitárselo, desesperado. Luego se puso de pie y apurado se desvistió.

–Si tienes frío, tápate.

Y se echó a su lado.

–No Coqui, las medias no, por favor.

–Sí, sí, Bitita.

Bety cerró los ojos y se dejó abrazar.

–¡Bitita!

Es una casita con jardín, de esas de San Isidro. Y ella con vestido de baile, largo, recibe a los invitados. Luego pasan al salón y una orquesta anima la fiesta. Ella atiende cortésmente. Entra y sale y el vestido de baile, largo, vaporoso, resalta su belleza. En su mano brilla el aro de compromiso y el anillo de matrimonio.

Cauteloso, con excesivo cuidado, prendió la luz. Después de haber despedido a don Julio había subido, en abierto bamboleo de caderas y manos en vuelo de mariposa inquieta, al segundo piso: los salones estaban desiertos: todos los invitados se habían marchado sin despedirse: seguro, una hábil treta de su histérica mujer para quedarse sola, como todos los años, con su amante de turno y poder refocilarse en la histórica cama de su honorable familia; pero esta vez la sorprendería y, luego de sacar a plena calle y en paños menores al intruso cubano de perita recortada, la humillaría delante de su Tito y de toda la servidumbre. Decepcionado, contempló la cama vacía, bien tendida; furioso, desde la puerta, llamó a su Tito; impaciente, esperó algunos segundos y volvió a llamar: su voz temblorosa se perdió, inútil, en la gran casona colonial de salones, patios y portales.

Cuando, enojado, bajaba por la escalinata de piedra y azulejos, se apagó la luz. Nervioso, llegó al primer piso y, pegándose a la pared, caminó, temeroso, hasta su despacho; entró y, a tientas, sacó de un cajón de su escritorio un revólver. Y, ahí, en la oscuridad del portal morisco, vio avanzar, luminoso, el rostro de su padre —patillas y calva reluciente—; desesperado, ya iba a disparar, cuando el rostro luminoso de su padre fue transformándose en una lámpara de petróleo que el criado sostenía en la mano; avergonzado, guardó el revólver y, enérgico, lo hizo responsable del apagón; entonces, el criado, con voz entrecortada, le dijo que había visto a Tito sacar los plomos. Don Manuel,

irritadísimo, le quitó la lámpara y, en movimiento iracundo de caderas y manos en vuelo trágico de mariposa, subió al segundo piso, llamando a gritos a su Tito.

Avanzó, decidido, pegado a la baranda de piedra y azulejos, por el portal del segundo piso; la lámpara en sus manos movedizas iluminaba la galería de puertas de madera negra abiertas; sus roncos gritos chocaban, violentos, en las paredes de las salas oscuras, silenciosas; se extendían, lánguidos, por los desiertos corredores conventuales y morían, opacos, en el cielo negro lechoso que recortaba el patio de flores exóticas y pileta colonial. Fue de sala en sala; la lámpara iluminaba su enorme cabeza calva y lanzaba contra las paredes la sombra, deforme, de su voluminoso cuerpo. Llegó hasta la última sala del corredor y, miedoso, abrió, despacio, la puerta. Ingresó y la débil y temblorosa luz de la lámpara fue iluminando, desparramados por el suelo, fragmentos de sus queridas piezas de cerámica precolombina: eran los únicos objetos que había amado intensamente; levantó la lámpara y vio las telas de sus adorados cuadros coloniales tasajeados con odio; paseó la lámpara por las paredes y se contempló en un gran espejo de marco dorado: viejo, voluminoso, calvo, con gran papada y encorvado como un simio; alucinado, sacó el revólver y disparó contra la luna del espejo. La luz eléctrica se prendió y vio su gran retrato cubierto por una sustancia amarillenta; se acercó y pudo ver que estaba cubierto con porquería. Lanzó un ronco grito y, desesperado, salió del corredor; tiró la lámpara contra la pared de piedra y se levantó una violenta llamarada. Sintió miedo, era un miedo extraño que le punzaba, indeciblemente, esa herida húmeda que, ahora, se le abría, asquerosamente, del corazón al sexo. Se arrimó a la baranda y comenzó a sentir en olas quemantes la soledad de su enorme cuerpo: recién, entonces, comprendió que nunca había tenido contacto tierno, gratuito, amoroso, con los seres humanos, con las cosas: nunca nadie había amado su rostro; siempre estuvo solo en el mundo: había permanecido en el centro, pero aparte, distante, de todos los hombres, como las piedras, como las estrellas, frías, lejanas.

Bajó por la escalinata de piedra y azulejos: ya sus caderas no iban

en abierto y alegre bamboleo al viento, ni sus manos en pícaro y gracioso vuelo de mariposa inquieta, ahora, sus manos eran dos palomas muertas que colgaban de sus brazos de simio.

8:00 p.m.

Lima

Las manos, como muertas, le colgaban a los lados de su cuerpo inclinado; volvió a recibir en pleno rostro un feroz puñetazo dado con odio: abrió los ojos y una potente luz lo encegueció; sin embargo, alcanzó a ver a tres hombres con camisa: eran los mismos que lo habían llamado en el patio, en la calificación de detenidos, los mismos que los habían llevado por un corredor y lo habían metido, casi a la fuerza, a esta habitación de cemento y ladrillo en donde los ruidos eran opacos. Y ahí estaban silenciosos frente a él. Sintió un líquido tibio y espeso por los labios: pudo ver su camisa ensangrentada.

La sangre seca está pegada a la herida del pecho desnudo. La sangre de la frente, coronada de espinas, se ilumina con luz blanca de neón. La sangre resplandece en manos y pies clavados a la cruz. Los pies descalzos de un penitente sangran y las viejas negras con mantillas negras elevan sus cantos en grito salvaje. Y el tumulto de fieles, en oleadas de vereda a vereda, avanza, lento, rumoroso, por la amplia avenida de La Victoria. En el rostro pálido de Cristo la sangre seca brilla.

La sangre le corría por el rostro; el gas se le metía por los ojos, por la boca, le picaba todo el cuerpo; sin embargo, pudo correr por el Parque Universitario, huyendo de los perros, de los caballos de la guardia de asalto que arremetía contra la manifestación de obreros y estudiantes.

A lo lejos, en medio de una oscura multitud ya se distinguen las luces de las andas del Señor de los Milagros.

Leonardo: Hay que ser militante político y de izquierda.

Miguel: Claro (sus ojos negros, bien abiertos, relucen).

Leonardo: Mejor nos vamos al «Palermo», no me gusta la procesión (se levantó el cabello).

Miguel: Después. No sé, pero tengo que hacer algo.

Morenos con hábito morado, sentados en el sardinel de la vereda, toman cerveza; en ventanas, balcones y puertas se agolpan mujeres y niños con flores y cirios; por el centro de la avenida pasan vivanderas en atropellado tumulto de carretillas: a lo lejos, retumba el bombo en ritmo salvaje.

La banda del ejército marcha, lenta, entre la multitud, tras las andas del Señor de los Milagros. La collera del Zorro, tomados por la cintura, en fila, se abren camino dando codazos y patadas a la gente que los apretuja contra los músicos. Conejo saca del bolsillo un diario de la tarde, lo arruga hasta formar una bola y, con disimulo, la mete al trombón. Pasa la voz a todos sus amigos y se quedan mirando al soldado que sopla y sopla hasta ponerse rojo, sus cachetes parecen que revientan: ríen y gritan, palomillas. El soldado voltea el instrumento y cae al suelo la bola de papel; mira, furioso, a la multitud y al ver la burla de los muchachos trata de pegarles. Pero la collera se pierde por entre la muchedumbre que en tropel avanza por la avenida.

Los autos en tumulto de luces avanzan, lentos, por la avenida Wilson. Coqui desespera golpeando el timón; Bety, callada, mira, por la ventanilla del carro, los avisos luminosos y la gente que se aglomera en la esquina para tomar ómnibus y colectivos.

—Cada día el tránsito es más insoportable —dice Coqui, volviendo el rostro hacia Bety le pregunta—: ¿vamos a la procesión?

—No insistas —contesta Bety golpeando la cartera en su rodilla, luego mira a Coqui—, llévame a la casa.

-Dicen que la quinta se viene abajo y mañana quieren botarnos
-explicó doña María, acomodándose, tímida, en el filo de una silla de mimbre.

-Ya le digo que el sábado es la sesión y ahí presentaré su caso
-contestó un señor de lentes y bata de seda, mientras revolvía unos papeles en su escritorio-, por el momento no hay nada, materialmente es imposible -sacó un lapicero y mirando a doña María le ordenó-: llene este formulario -y le alcanzó un papel impreso con el sello de la Sociedad de Obras Pías del Santo Señor de la Caridad. Doña María tomó el papel y el lapicero y escribió: Luis Colmenares.

Había cruzado la calle, rápido, por entre autos y tranvías; dobló por la esquina y avanzó por un jirón oscuro hasta la reja de una casita con jardín. Tocó el timbre y esperó. La sala del segundo piso se iluminó y una señora se asomó a la ventana:

-¿A quién busca?, ¿quién es?

-Yo, Luis Colmenares del Banco.

-Un momentito.

Y la luz de la sala del segundo piso se había apagado.

La luz potente vuelve a enceguecerlo: ahora, tirado, de espaldas sobre el suelo frío de cemento, mira el techo; un golpe de vara de caucho le quema el estómago: dolorosamente, se retuerce sobre el piso, las paredes acallan sus gritos y la vara sigue cayendo ardiente en sus espaldas, los párpados se le cierran y sólo ve puntos luminosos.

Los cirios parpadean a lo lejos; muchachitos rotosos trepaban a los árboles, a las ventanas, alborotando en gritería escandalosa: la procesión se acercaba y la gente se aglomeraba en las aceras. (Leonardo: «tanta palabra para nada, estoy perdido en frases hechas, la revolución no es más que un bonito tema de conversación y nada más: no sé qué decirle a Miguel, y camina a mi lado y respira y se atormenta y quiere hacer algo violento y yo me pierdo en palabras».) Miguel, con el cue-

llo de su chompa negra levantada como bufanda, avanza por entre la multitud que en hormigueo incesante va llenando la amplia avenida. Leonardo, golpeando el pantalón con la vara, prende un cigarro.

Apagó el fósforo y lanzó el humo del cigarro al parabrisas opaco de garúa; volteó el rostro hacia Bety:

–Promesas son promesas –y le alcanzó un paquetito bien envuelto–; no, nonono, lo abres en tu casa.

–Como quieras –contestó guardando el paquetito en la cartera–, déjame en mi casa, me muero por verlos.

–No, yo no presto, vaya al Monte de Piedad –dice el señor de lentes y bata de seda, devolviéndole los aros.

–Una hermana me dijo que usted a veces prestaba.

–No, no, señora, le dijo que sólo soy el presidente –tomándola por el codo la empuja, levemente, hacia la puerta–; su caso lo veremos el sábado entrante, sí, sí, confíe en mí –la hizo salir de la casa y cerró la puerta.

A los pocos segundos abrieron la puerta. Y, ahí, sin hacerlo pasar, una señora gorda le había dicho que su esposo estaba en la procesión y que llegaría muy tarde y que le dejara el encargo. Entonces, don Lucho le había manifestado que mejor mañana, a primera hora, hablaría con él en el Banco. Se despidió y encorvado había caminado por la calle oscura: (que si lo encuentro le digo que él como apoderado que es hable con el gerente y le diga que hable con el abogado de don Manuel para ver si es posible llegar a un acuerdo y que por lo menos suspendan la orden de lanzamiento). Había llegado a la esquina: familias íntegras regresaban cansadas a sus casas después de haber estado en la procesión. Autos con luces blancas y rojas pasaban veloces por entre la fina garúa que comenzaba a caer con viento frío.

La garúa le tasajea el rostro. Con las manos en los bolsillos y la solapa levantada camina apurado atropellando peatones. Sube, corriendo,

las gradas del edificio hasta el tercer piso. Toca la primera puerta del corredor y al momento se abre.

-Tito, ¿qué te pasa?

-Nada, nada, viejita: hay que dejar la casa.

-Pero por Dios ¿qué has hecho, Virgen Santa!

-Tuve un lío con don Manuel.

-¡Qué locura habrás hecho, Jesús!

Sobre una multitud oscura, agitada, avanza lento el Señor en rítmico vaivén: izquierda a derecha; derecha a izquierda. Empujándose, atropellándose, apretujándose van los fieles de vereda a vereda por la amplia avenida a lo largo de más de tres cuadras. Viejas negras de negro hinchán los carrillos soplando sahumerios y cantando, chillonas. Miguel y Leonardo son arrastrados por la muchedumbre que, como riada turbulenta, avanza en tropel rumoroso.

En grupo, atropellando, metiendo la mano a muchachas de hábito morado, abandonaron la procesión: por delante, va Frayjodas, el Ronco le pisa, a propósito, los talones. Ojosdeviento y Parafina van abrazados por el cuello, el Zorro y Conejo cierran el grupo. Llegan a una esquina y, palomillas, sacando la mano, tratan de conseguir un colectivo. Gritan: «A México, a México, a México». Un señor flaco, perdido en sombra y garúa, los mira, ansioso; clava, hiriente, la mirada a Conejo; luego, tímido, mueve la cabeza llamándolo y, despacio, se aleja por un jirón oscuro. Conejo habla con sus amigos: todos voltean y ven al señor flaco parado cerca de un poste. Conejo se desprende del grupo y va resuelto al encuentro del señor flaco. La collera, empujándose, se mete en tropel a un colectivo destartalado.

-Kerosén ya viene con su colectivo -dice Caradehumo haciendo un bulto de ropa.

-¡Pero cómo te portas así con don Manuel que es tan bueno! -re-crimina su madre guardando el cubierto y los vasos en una caja de cartón.

-No preguntes nada, ya. Punto.

-Acaso no soy tu madre para saber.

-Tuve un lío y punto, ya.

-¿Y qué dijo mi comadre?

-La dejé arreglando su cuarto para que entren todas las cosas. De la selva ya te escribo, te mandaré un poco de viento.

-¿Pero qué has hecho?

-No me preguntes nada: ¿YA?

Entonces su madre, callada, descolgó el cuadro del Señor de los Milagros.

Las andas ya están cerca. Miguel se aleja de Leonardo y se pierde en la multitud: rostros exaltados pasan vertiginosos, avancen hermanos, gritan; se acercan y se alejan ojos, bocas; las viejas negras cantan penetrantes, avancen hermanos; hay un fuerte olor a incienso, a sudor agrio, a azucena, avancen hermanos, repiten; mantillas blancas, jazmines y zapatos destrozándose en la turbamulta. Leonardo lucha contra el torbellino morado y trata de acercarse a Miguel; avancen hermanos, dicen: cirios encendidos se alzan por encima de la muchedumbre. Allá, a lo lejos, entre el tumulto, alcanza a ver el rostro de Miguel (sus ojos negros bien abiertos) avancen hermanos: y se atropellan, gritan, se ahogan, se empujan. Una mujer lanza un quejido y se desmaya: «Está dando a luz», y corre la voz y la muchedumbre se estremece, delira, mirando al Señor. En remolino la rodean: abren un círculo y, ahí, en el suelo, la mujer grita.

Gritó y con la boca llena de sangre quedó desmayado sobre el frío suelo de cemento. El hombre más gordo, empujándolo con la punta del zapato, afirmó:

-En la segunda tanda se ablanda más.

-Si resiste -comentó el hombre más alto y tirando a un rincón de la habitación la vara de caucho, prosiguió-: dicen que la moña es seria.

-Con ramificaciones en toda la República -continuó el tercer hombre, anudándose la corbata morada.

Se abrió la puerta y entró un joven pelucón.

–La proce ya se acerca, lo llama el jefe –agachándose miró, detenido, el cuerpo ensangrentado–, ¿y?

–Listo para el canto –contestó el más gordo, ajustando la correa de su pantalón.

–En Puno dicen que encontraron a cinco extremistas que estaban armando a la indiada –informó el joven pelucón.

–Ese don Pancho es de cojones, ni siquiera ha juramentado y ya comenzó con la vaina.

Salieron de la sala.

Y la sala había quedado con muy pocos muebles. Caradehumo le iba diciendo a su mamá que no se preocupara, que era muy difícil que don Manuel lo encontrara, que no se dejara ver por nadie, que ya le había encargado a su madrina guardarse la lengua. Cargados de bultos bajaron, ocultándose del portero, por las gradas del edificio. Subieron al colectivo destartado de Kerosén.

Bajan del colectivo, y con olor a procesión (sudor agrio, azucena, incienso, esperma, perfume barato y humedad de garúa). La collera del Zorro camina por los corralones de la prolongación México. El Ronco, con un cigarro en la boca, pasea con aires de adulto; Frayjodas y el Zorro van atropellando a la gente que rodea a vivanderas que, en pequeñas mesas iluminadas con lámparas a petróleo, venden anticuchos y pescado frito con camotes. Ingresan a un corralón: en las puertas de un largo corredor, apenas iluminado con luz roja, se exhiben mujeres semidesnudas; los clientes van y vienen, contemplándolas; en una puerta cerrada hay una fila de marineros, soldados, obreros y estudiantes que esperan, impacientes, su turno. Frayjodas se acerca a la radiola del fondo y echa una moneda; Ojosdeviento y el Ronco, abrazados por el cuello, miran, serios, asustados, con ojos así tamaños, los enormes senos al aire de una morena gorda que lee *La Crónica* de la tarde; Parafina aguaita por la rendija de una puerta; el Zorro, tímido, se acerca a una prostituta que lo está llamando; su rostro

pálido se ilumina con la luz roja del cuarto; la mujer se abre la bata de seda negra y le muestra sus piernas blancas y el breve calzoncito que le cubre el sexo.

Con la falda levantada, tirada en el suelo, la parturienta es atendida por el médico de emergencia de la Hermandad; está en el centro de un círculo que la cuadrilla de policías hermanos han formado, trenzando sus brazos en cadena: contienen la furia del oleaje de la multitud que trata de avanzar, curiosa. La mujer se distorsiona, dolorosa en gritos, y el bombo y las cometas y los cantos chillones de viejas negras y los rezos en alta voz y avancen hermanos en coro se elevan por encima del tumulto que colma de pared a pared la amplia avenida de La Victoria.

Por en medio de la pista la guardia de asalto arremete contra los manifestantes que quieren llegar a la plaza San Martín. Las bombas lacrimógenas estallan, los perros ladran, secos suenan algunos disparos y en el cielo lechoso de garúa fina se desgranán, multicolores, luminarias de la procesión.

La luz débil de un fósforo ilumina la maceta; don Lucho, por fin, encuentra la llave; abre la puerta; entra y enciende la luz; sobre la mesa del comedor el florero con rosas artificiales.

Los tres hombres levantaron un ramo de flores blancas y, poniéndose detrás del jefe, salieron de la oficina de Seguridad del Estado. Caminaron por el corredor hasta el patio, en donde los presos de la redada política, sentados en el suelo, uno junto a otro, tiritaban bajo la garúa que lenta caía del cielo oscuro, lechoso. Pasaron de largo: por delante, muy tieso, el jefe; atrás, los tres hombres con el ramo de flores y cerrando el cortejo, el joven pelucón. Llegaron a la puerta principal y los guardias de servicio, poniéndose de pie, saludaron militarmente: uno de ellos abrió la reja y el cortejo en la puerta esperó el paso de las andas del Señor.

El oleaje, en torbellino, de fieles lanza a Leonardo a las andas: por todas partes manos, hombros, pechos, caderas, traseros, rodillas, pies, rostros, bocas, ojos, cabelleras que se estrellan, violentos, contra la muralla de hermanos que, agarrando una gruesa soga, forman un círculo en torno de las andas. Leonardo, desesperado, busca a Miguel: sólo el tumulto que se agita estremecido, delirante, en gritos, cantos, rezos.

Terminó el padrenuestro y, prudente, se acomodó en la puerta de una quinta entre señoras con vestidos domingueros. La calle estaba colmada de gente que, en la vereda, esperaba el paso del Señor. «Ya está por el billar», dicen y agitados se ubican, empujándose, en los mejores sitios. Doña María se persignó: «Señor, un milagro, nada más: una casita».

Se quitó el saco y tomó asiento en una silla del comedor; encorvado, sobre la mesa, comienza a revisar su libreta de apuntes: (con María y los chicos veremos a dónde nos cambiamos). Se sacó los anteojos y con el pañuelo limpió las lunas; luego, agotado, se le fueron cerrando los ojos y en torbellino se le acercaban los rostros de todos los porteros y dueños de casa que había visto durante el día.

Los rostros pasan vertiginosos: no terminan. Y las andas ya están cerca. Miguel, como borracho, peleando con la turbamulta, logra llegar a la muralla de hermanos que forman el círculo que protege al Señor: por delante de las andas, penitentes sin zapatos con capucha morada, avanzan de espaldas, con pesadas cruces en los hombros; niños vestidos de ángeles cantan chillones y cubren el suelo sucio con flores; hermanos morenos, gruesos, robustos, de hábito morado, caminan, orgullosos, en rítmico vaivén. Los ojos negros de Miguel brillan en lágrimas y sus manos tiemblan; traga saliva. Un fuerte olor a azucena, a incienso, a sudor, lo estremecen.

Olor a ruda, a esperma, a incienso, a orín podrido, a semen, a perfume, a cuerpo de mujer en celo, excitan al Zorro que, sentado sobre la

cama, mira, asustado, a la mujer que se quita la bata, el sostén: (no, no, no, no, no sirve: no tengo que pensar en las piernas de mi hermana).

Entró sin hacer ruido, para no despertarlo; pasó de largo hasta el último dormitorio y, luego de prender la luz, apretando fuerte el paquetito de Coqui, miró el cuadro del Señor de los Milagros iluminado por dos cirios que se agotaban en llama débil, azul dorada.

Grandes y gruesos cirios iluminan la frente pálida coronada de espinas ensangrentadas. Siente un escalofrío, pero sigue mirando los párpados oscuros, los pómulos salientes reventados en llaga viva, roja, los labios, la barba color de miel y el pecho blanco, herido. Las pesadas y ricas andas de plata labrada en arabescos reposan sobre los hombros vigorosos de más de treinta hermanos cargadores: empuña las manos. Enormes ramos de flores y cirios blancos con adornos multicolores rodean el cuadro del Señor: cierra los ojos y se lanza, violento, contra la muralla de hermanos. Y las viejas negras cantaron a gritos y los niños vestidos de ángeles cantaron penetrantes y los bombos y las cornetas retumbaron en sus oídos. Y el cielo oscuro lechoso descendía en garúa fina.

La garúa empaña el parabrisas del destartado colectivo de Kerosén. Caradehumo apenas si mira, por la ventanilla sin vidrio, las últimas casas de la avenida Grau. Menos mal que se pudo sacar casi todas las cosas. Su mamá, después de la impresión de tenerse que cambiar de casa, de un momento a otro, se había serenado. Claro que Caradehumo no le dijo nada de la clase de relación que había tenido con don Manuel; pero parece que algo comprendió, por eso, no volvió a insistir más. A su madrina sí le había contado todo con pelos y señas, y fue buena, ofreció su departamento. Las lucecitas de las casas de las barriadas, que trepan los cerros, parpadeaban en la garúa fina. El cielo estaba lechoso, húmedo.

Sintió húmedas las manos y, avergonzado, se las secó en el pantalón.

El señor flaco se le acercaba con una copa de licor, entonces, Conejo retrocedió y tuvo que lanzar el cuerpo hacia adelante para no caerse sobre la cama. El señor flaco, sonriendo, con un leve y gracioso golpe de mano, lo empujó.

Fue rechazado por los hermanos que, sin dejar la soga, rompían el oleaje furioso de la muchedumbre que, gritando, cantando, rezando, pugnaban por acercarse al Señor. Logra romper la muralla: alucinado, ebrio, avanza, atropellando a los penitentes, a las viejas negras con sahumeros, a los niños vestidos de ángeles: (no soy cobarde) y se lanza sobre las andas botando al suelo flores y cirios: (tengo que escupirlo); los robustos hermanos lo detienen. Miguel, enloquecido, trata de zafarse; pero los hermanos de hábito morado, furiosos, lo devuelven a la muchedumbre; en oleaje veloz corre la voz: es un loco, un borracho, un santo, sacrilegio, sacrilegio. La turbamulta estremecida, herida, lo recibe en remolino de golpes y patadas. Entonces, una vieja, que está cerca de las andas, alzando los brazos y cayendo de rodillas, grita:

¡MILAGRO! ¡MILAGRO! ¡MILAGRO! ¡OIGO! ¡OIGO! ¡ES UN SANTO! ¡PERDÓN!
¡PERDÓN, SEÑOR, PERDÓN! ¡OIGO!

un estudiante cae herido en la plaza San Martín
en San Isidro tres jóvenes ricos bajo añejos olivos violan
a una sirvienta
en el cielo oscuro lechoso se desgranán bombardas
multicolores
en la puerta de una quinta de Jesús María un muchacho
se declara a su vecina colegiala
por Barrios Altos un antiguo callejón se incendia
frente al mercado de la Aurora muchachitos rotos
juegan fútbol
atléticos y limpios marineros yanquis borrachos pelean
en un prostíbulo del Callao
un reluciente y veloz automóvil atropella a un niño
y lo deja muerto en plena avenida Brasil

los avisos luminosos parpadean en la garúa fina
mujeres harapientas con banderas peruanas esteras y niños
invaden una pampa por la Panamericana Sur
en Monterrico el cardenal bendice un banco
niños hambrientos se revuelcan con chanchos en el basural
del Montón
en el Club Nacional se habla del peligro comunista
en Magdalena una madre con sus hijos desde el malecón
se lanza al mar
niñas pitucas e hijos de gerentes aplauden el recital
de un poeta que dice ser de izquierda
en una boite de Lince una bailarina se desnuda
señoras elegantes rezan al Señor de los Milagros
desde balcones coloniales
en las comisarías los presos políticos tiritan
la garúa se cuele hasta los huesos
los hoteles del Porvenir devoran parejas clandestinas
a chaveta limpia dos jóvenes pelean en la Pampa de Comas
por las calles del centro van y vienen prostitutas de cartera
un general pone en guardia a la nación de la infiltración roja
de potencias extranjeras
en cantinas de Bajo el Puente obreros discuten
apasionadamente de fútbol
la guardia de asalto lanza perros y bombas lacrimógenas
los estudiantes se defienden con piedras y gritos

Y mis viejitos cubiertos con sangre me llaman desde su dormitorio y el Zorro no me deja dormir me empuja de la cama y Mery desnuda con todo el cuerpo ensangrentado me acaricia es Doris que me besa la boca y su saliva es sangre que corre por las piernas de Bety y habrá que dormir en la calle con todos los muebles bajo la garúa y Leonardo golpea su pantalón con una bandera roja sangre que me duele fuerte en todo el cuerpo arde y mis viejitos se pierden se alejan conmigo en sangre todo la casa está que revienta en sangre como si el mar de sangre na-

ciera en mi cama y se desbordara por la quinta por el barrio por Lima en tumulto de puños y pies que traspasa mi cuerpo en sangre en golpe sabor a sangre en golpe en sangre.

se persignó y apretujada por la multitud pidió al Señor el milagro de la casita

tirado sobre la carga de un camión se tapó el cuerpo con un costal vacío y soñó con la selva

don Manuel conversaba amigablemente con el presidente de la República y con el embajador de Estados Unidos (ya nunca se podrá cerrar esta herida húmeda ardiente)

Conejo sudoroso comenzó a ponerse la camisa sucia

el Zorro entregó quince soles a la puta y comenzó a tocarse la curita adherida al dorso de su mano derecha

Leonardo camina apurado por la avenida Grau (toda mi vida ha sido palabras palabras: no pude comprenderlo: no se vive con palabras)

abrió el paquetito de Coqui y encontró dentro de un estuche tres billetes de cien soles bien doblados

despertó y escuchó llorar a Bety

aspiró cocaína y sus ojos verdes carbones encendidos brillaron en la penumbra de una boîte de Miraflores

soñaba y soñaba con la selva

9:22 p.m.

Llegó a la Asistencia Pública de la avenida Grau. Rápido, golpeando el pantalón con la vara, entró por entre la gente que llenaba el pasillo. Dirigiéndose al interno de guardia preguntó por Miguel Colmenares. Después de muchos ajetreos logró pasar a la sala de emergencia. Un enfermero lo condujo hasta una camilla. Levantó una sábana blanca y, ahí, tendido estaba Miguel: su rostro cubierto con sangre coagulada y sus ojos negros perdidos en la cara hinchada: estaba muerto. Rompió la vara:

-LA PUTA QUE LOS PARIÓ.

[The text in this section is extremely faint and illegible, appearing as a series of light gray lines and shapes.]

Color de rosa

por Alejandro Romualdo

Si pintaras mi país color de rosa
serías un gran pintor para ellos.

Si tus pinceles pasaran sobre mi país
con el color de los sueños
de los sueños color de rosa
si tus pinceles pasaran sobre mi país,
tranquilamente, como la brisa de la playa
de la arena color de rosa,
y pintaras los árboles y el cielo
color de rosa
y la tierra robada
color de rosa
y mi casa y mi corazón
color de rosa
serías un gran pintor para ellos.

Pero no pintes con un solo color de rosa
las llagas de mi pueblo.

Que tus pinceles pasen sobre mi país
ásperamente, como los vientos de la sierra,
de la sierra color de furia

y que pinten los árboles y el cielo
color de rabia,
y la tierra robada
color de llanto,
y mi casa y mi corazón
color de fuego,
color de combate,
color de esperanza.

Fascinación por el mal y nostalgia de la inocencia

por Miguel Gutiérrez

Ninguno de los narradores importantes de la Generación del 50 ha sido tan injustamente tratado por los críticos y estudiosos de nuestra literatura como Oswaldo Reynoso. Antonio Comejo Polar, en su *Literatura en el Perú Republicano*, le dedica unas pocas líneas fuera del contexto de la denominada narrativa urbana –y Reynoso es uno de los forjadores de esta línea narrativa– y en el debate que sobre narración y poesía en el Perú que promoviera la revista *Hueso Húmero* –intervinieron Comejo, Delgado, Lauer, Martos, Oquendo y Montalbetti– apenas si se le mencionaba de manera oblicua. Con la primera publicación del primer libro de Reynoso, *Los inocentes*, la crítica oficial se mostró cauta y expectante, en parte quizá por el juicio entusiasta de Arguedas quien afirmó que *Los inocentes* iniciaba un nuevo período en la narrativa, tanto –señaló Arguedas– que en adelante habría que hablarse de un antes y un después de este libro de Reynoso en la historia de nuestra narrativa. En cambio, *En octubre no hay milagros* suscitó las furias de los gacetilleros –alguien afirmó que debía arrojarse la novela al estercolero–, mientras la crítica seria se complacía, de acuerdo con sus propios gustos literarios, en destacar los defectos artísticos del libro y los excesos verbales, además de apuntar contra el supuesto credo social-realista de su autor. En cuanto a *El escarabajo y el hombre*, el tercer libro de Reynoso, fue recibido con frialdad, casi en el silencio.

Existe una constante en los tres libros publicados por Reynoso: fas-

cinan, irritan, asquean o perturban, lo cual prueba la garra del escritor que no teme meter las manos en el fuego, o si se quiere utilizar la vieja metáfora, es el único entre los narradores peruanos que se ha atrevido a merodear por los primeros recintos del infierno. *Los inocentes*, según la conocida expresión de Víctor Hugo respecto a *Las flores del mal*, produjo un nuevo estremecimiento entre el no muy numeroso público lector de aquellos años, y por esto mismo conquistó un nuevo contingente de lectores que descubrieron por fin un libro que revelaba con espíritu moderno aspectos inéditos de la realidad humana y social generadas por una ciudad que se hallaba en pleno crecimiento. El libro resultaba innovador en los planos técnico-estructural, de lenguaje y en el nivel temático. Frente a las innovaciones que traía *Los inocentes*, el experimentalismo de Zavaleta, por ejemplo, aparecía como una empresa tímida y de limitados alcances; y lo que es más importante, la utilización que hace Reynoso de diversos puntos de vista, del empleo del monólogo interior (y es Reynoso el primero en utilizar este procedimiento retórico a cabalidad y de manera eficiente) y la ruptura de la linealidad temporal en el desarrollo del relato, no oscurecía la historia ni hacía fatigosa la lectura, sino la tornaba más incitante y novedosa. La crítica reconoció los aportes del primer libro de Reynoso en el plano del lenguaje; se dijo, con razón, que Reynoso introdujo la jerga y el habla juvenil en la narrativa; también, con pertinencia, se dijo que desarrollando la enseñanza de *La casa de cartón* de Martín Adán, Reynoso utilizaba la adjetivación, el empleo de imágenes en la descripción del paisaje urbano y la puntuación con fines estilísticos, como puede advertirse en el pasaje siguiente:

«El semáforo es caramelo de menta: exquisita menta. Ahora, rojo: bola de billar suspendida en el aire.

El sol, violento y salvaje, se derrama, sobre el asfalto, en lluvia dorado de polvo».

Sin embargo el aporte de Reynoso en el plano del lenguaje (y para comprender esto hay que considerar la totalidad de su obra) fue más profundo y significó una revolucionarización del mismo, por eso no sólo influyó en el campo de la prosa de ficción, sino también en la constitución del lenguaje de los poetas del 70. Se trató en realidad de un viento de liberación, de un verdadero vendaval que arrasó con el lenguaje señorial, gentil y de buenas maneras que imperaba hasta entonces, sobre todo en el campo de la poesía. Reynoso no es, por cierto, el primero en introducir el tema juvenil en la narrativa peruana; antes de él lo habían hecho Adán, Diez Canseco, Arguedas (en *Los ríos profundos*) y narradores de la propia Generación del 50, como Zavaleta y Congrains; pero Reynoso hace del tema juvenil uno de los soportes de su universo narrativo, de allí que en sus tres libros los protagonistas sean adolescentes y jóvenes, que además, y éste es otro rasgo característico, pertenecen a las capas más bajas de la pequeña burguesía. Por otro lado, no se trata de «artistas adolescentes» o de futuros intelectuales como Esteban Dédalus, Toño Krogger, el joven Torles o Demian –antepasados del Ludo Totem de Ribeyro, del Poeta y Zavalita de Vargas Llosa o Edgardo de Zavaleta, sino de jóvenes de conciencia más elemental, unidos en pandillas, colleras o bandas, cuya pulsión esencial es el sexo, pero un sexo maloliente, pervertido y mercenarizado, que no confiere exaltación o dicha, sino vacío y pánico y sentimientos de culpabilidad. Al referirnos a la obra de Ribeyro dijimos que existía un mundo ribeyrano basado en una determinada visión del mundo. También Reynoso ha creado un universo narrativo inconfundible, pero éste se basa en ciertas vivencias del mundo, a partir de unas pocas obsesiones, como la homosexualidad, sentida como una fatalidad y, por tanto, fuente de angustia y desesperación. Y uno de los méritos de Reynoso es haber tenido el coraje, en una sociedad machista e hipócrita como la nuestra, de abordar este aspecto de la vida y de la realidad humana y social.

No son, pues, irrelevantes y pocos los aportes de Oswaldo Reynoso a la narrativa y literatura peruana. Entonces ¿qué razones han obrado en la crítica para atacar, subestimar y aun silenciar a un autor de

indudable importancia? Una primera razón puede deberse al gran salto cualitativo que da Vargas Llosa con *La ciudad y los perros*, novela con la cual supera ampliamente el experimentalismo de sus coetáneos de mayor edad; a partir de entonces Vargas Llosa mantendrá una producción constante, llegando a publicar novelas ambiciosas, complejas y de estructura perfecta, como *La Casa Verde* y *Conversación en La Catedral*. La indudable calidad (y continuidad) de la novelística de Vargas Llosa, el reconocimiento y divulgación internacional de sus obras, más la sostenida propaganda en torno a él (son, recuérdese, los años del denominado *boom* latinoamericano) proyectará una gran sombra no sólo sobre Reynoso, sino sobre todos los narradores del 50 e incluso sobre los narradores más jóvenes. Una segunda razón de la hostilidad de la crítica contra la obra de Reynoso, por lo menos luego de la publicación de *En octubre no hay milagros*, fue, sin duda, de carácter político. Como había sucedido años atrás con la publicación de *Edición extraordinaria* de Romualdo, la crítica se sintió disgustada con la novela de Reynoso por su apuesta por el socialismo como único camino para la solución del problema nacional; arguyendo razones de orden estético se condenó el libro por la manera explícita y beligerante con que el autor defendía su ideología política. Se habló de realismo socialista, de zdanovismo, y se fustigó la visión maniquea de la realidad y el desconocimiento que tenía Reynoso de la vida y las formas de conducta de la gran burguesía. Una tercera razón pudiera ser una mezcla de criterios artísticos con criterios morales, o más bien, con prejuicios de orden moral. Según esto el autor carecía del espíritu de finura y mostraba predilección por los aspectos sórdidos de la realidad, y afirmaban que era evidente el regodeo de Reynoso por lo procaz, lo sucio, lo escatológico, lo pervertido. No era, entonces, un escritor serio, respetable, sano, y quizá los críticos, consciente o inconscientemente, temían comprometer su propia reputación si mostraban interés por su obra y le dedicaban estudios serios, como lo hacían con escritores de mucho menor importancia, pero respetuosos de las buenas maneras.

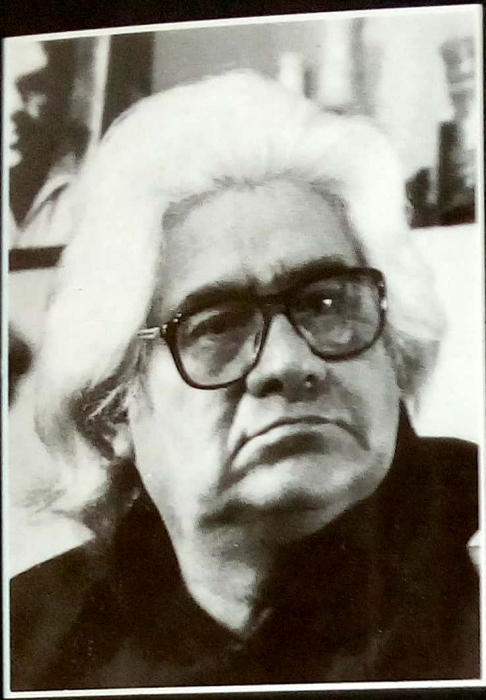
Ahora bien; Oswaldo Reynoso no falsea la realidad y todo lo que él narra es producto, en gran parte, de una vivencia directa, pues para Reynoso no debe existir separación entre literatura y vida; es más, como todo buen escritor realista descubre formas de comportamiento que se hallaban en estado germinal, latentes, prefigurando, por tanto, el horror que ahora se ha institucionalizado y se ha convertido en parte de la cotidianidad en la que todos nos hallamos sumergidos. Es necesario, en consecuencia, hacer justicia a este autor al que tanto deben narradores y poetas jóvenes, pues si en ciertos aspectos técnico-formales su obra ha sido superada, ha quedado de él una lección permanente: el escritor debe tener el coraje de decir las cosas por su nombre y concebir la literatura como un riesgo, como un acto en el que se pone en juego la propia existencia. Algunos de los reparos que la crítica ha hecho a la obra de Reynoso son, creemos, justos y pertinentes, pero la misma se ha cuidado de abordar los problemas de fondo. Por ejemplo, *En octubre no hay milagros* es todo, menos una novela que responda a la poética del realismo socialista; como es sabido, el realismo socialista fue elaborado y sustentado a principios de la década del 30 en la URSS y tenía como objetivos reflejar artísticamente la nueva vida surgida en las condiciones del socialismo, servir a la construcción de la sociedad socialista y dar testimonio de las contradicciones entre las fuerzas que abogaban por restaurar el capitalismo y las fuerzas que pugnaban por profundizar el camino socialista con miras a la instauración final del comunismo. Vallejo con *El tungsteno* aplicó esta poética pero de acuerdo con el carácter de la sociedad peruana, es decir, a un país atrasado, oprimido por el imperialismo y con rezagos feudales, y donde también perduraban formas comunitarias de existencia social; aunque formalmente *El tungsteno* es una novela esquemática, ideológica y políticamente es, en lo esencial, correcta y fue escrita de manera consciente para servir a la preparación y organización de la revolución peruana, pues para Vallejo, como para Brecht, la literatura y el arte bolchevique o proletario —así denominaba Vallejo al arte y la literatura del Partido—, válidos en sí mismos, cumplían, aunque no de manera exclusiva, función de propaganda, hasta con-

vertirse, según la expresión de Lenin, en «tuerca y tornillo» de las revoluciones sociales guiadas por el proletariado. El «socialismo» de *En octubre no hay milagros* tiene un carácter retórico, sentimental y moral, pero confuso y errado (incluso caricatural) como propuesta ideológica y política; por ejemplo, don Manuel no suscita en el lector un odio de clase, sino asco y repulsa moral por su condición de homosexual; asimismo, el sueño de la casa propia resulta un ideal mínimo no sólo en relación al proyecto socialista, sino con el reformismo, pues es perfectamente compatible con el modelo liberal de sociedad. Nadie puede dudar de la autenticidad de Oswaldo Reynoso en cuanto a sus sentimientos de solidaridad humana, de su rechazo a la opresión y su lucha por una sociedad más justa. Pero la fuerza y singularidad del universo narrativo del autor de *El escarabajo y el hombre* tiene otro sustento. El primer libro de Reynoso fue un poemario que tiene por título *Luzbel. Los inocentes*, su primer libro de relatos, lleva como epígrafe un texto de Jean Genet que alude a la inocencia; uno de los dos epígrafes de *En octubre no hay milagros* es una reflexión en torno al infierno, y un poema de William Blake sirve de emblema a *El escarabajo y el hombre*, entre los versos de Blake se encuentran los siguientes: «¿Es necesario que el hombre generoso tiemble y abandone/ su alegría al ocioso, a la pestilencia/ que se burla de él? ¿Quién ordenó esto?/ ¿Qué Dios?/ ¿Qué ángel?...» El universo de Reynoso está suspendido entre la nostalgia de la inocencia y la atracción del mal. Y sobre la base de una realidad injusta y cruel, el mal se manifiesta mediante el sexo elevado a la categoría de fetiche sadomasoquista e instrumento, por tanto, de poder y dominio. No existe en la obra de Reynoso un estudio de la pasión o de la naturaleza del amor homosexual como en la obra de Proust, ni su glorificación como en la obra de Gide, ni lo concibe, como hace Ginsberg y su gente, como vía de acceso a lo místico absoluto. Reynoso presenta la pulsión homosexual en su inmediatez sensorial, como apetencia compulsiva, y es un fantasma que pervierte la virilidad, de modo que los personajes deben luchar contra esta amenaza latente en su hombría. Es también un sexo prostituido, y los jóvenes pauperizados que conocen y aceptan de ma-

nera precoz las reglas del juego devienen mercancías para la cacería sexual, circunstancia que permitirá a los elegidos ascender socialmente, aunque ello signifique caída, degradación y cautiverio.

Reynoso explora este mundo y su visión se ha ido tomando cada vez más negra y absoluta, y con *El escarabajo y el hombre* ha querido proponer un símbolo de la condición humana sustituyendo la piedra de Sísifo por la bola de excremento que empuja el escarabajo, imagen vicaria del hombre o tal vez del artista. Pero, como símbolo total la obra no funciona porque los tres textos –el relato de lo ocurrido cierto sábado a una collera de barrio, la historia alegórica de El Uno y El Otro que ven los trabajos del escarabajo por cruzar la carretera empujando una bolilla de excremento, y las prosas poético-reflexivas acerca de la vida de los escarabajos– permanecen superpuestos, de modo tal que los niveles alegórico-simbólicos tienen un carácter demasiado racional y apelan a la piedad y el perdón por las flaquezas humanas. Sin embargo, la historia principal, es decir, el relato que le hace el joven a su interlocutor acerca de aquella aventura sabatina es uno de los relatos más hermosos y dramáticos de la narrativa peruana.

Dijimos más arriba que Oswaldo Reynoso es quizás el único narrador que se ha atrevido a merodear por las antesalas del infierno. Pero su nostalgia de la inocencia y un vertiginoso sentimiento de culpabilidad han impedido su entrada, negra y triunfal. No es, pues, Reynoso un escritor de la estirpe de un Rimbaud o un Jean Genet, pero como ellos aspira a una transformación radical de la vida; de ahí que su socialismo, en buena medida, tenga raíces de orden ético-religioso, aunque se trate, claro está, de una ética y de una religión estrictamente profana y secular. (M.G.).



JAVIER H. M. VALO

Oswaldo Reynoso publica en 1961 su libro de relatos *Los inocentes*. En la misma línea de un descarnado realismo urbano, da a conocer, en 1965, *En octubre no hay milagros*, novela que desataría una encendida polémica: la obra sería tachada de inmoral, irreverente, provocadora y hasta pornográfica. Contrariando el aserto de los especialistas, este libro ha alcanzado, a la fecha, varias ediciones. Reynoso, nacido en Arequipa 1931, ha sido profesor de Literatura en La Cantuta. Posteriormente, vivió en Beijing durante doce años. Recientemente ha publicado *En busca de Aladino* (relato, 1993) y anuncia la próxima publicación en esta misma colección de la novela *Tian'anmen y los eunucos inmortales*.

Serie del río hablador

Otros títulos de esta colección

- *A flor de piel: 15 versiones del erotismo en el Perú*
Antología
- *Nocturno de ron y gatos*
Javier Arévalo
- *Dos señoras conversan*
- *Un mundo para Julius*
Alfredo Bryce Echenique
- *Crónica de músicos y diablos*
- *Tierra de caléndula*
Gregorio Martínez
- *Señores destos reynos*
Luis Nieto Degregori
- *Las dos caras del deseo*
Carmen Ollé
- *En corral ajeno*
Roberto Reyes Tarazona
- *En busca de Aladino*
Oswaldo Reynoso
- *Ximena de dos caminos*
Laura Riesco
- *Ángel de Ocongate y otros cuentos*
Edgardo Rivera Martínez
- *El universo sagrado*
Luis Urteaga Cabrera
- *La casa verde*
- *La ciudad y los perros*
- *La tía Julia y el escribidor*
Mario Vargas Llosa

Esta novela, a través de una anécdota singularmente limeña, la multitudinaria procesión del Señor de los Milagros, señala audazmente la realidad desconsoladora de la capital peruana; en ella vemos desfilar, procesionalmente, las psicologías típicas de su población, las amargas pugnas sociales, los negocios turbios y pingües, las componendas de la política criolla, el esplendor de sus barrios elegantes, la miseria de sus barriadas. La lectura de *En octubre no hay milagros* nos revela una Lima monstruosa, egoísta y desesperada. La novela de Oswaldo Reynoso parece un cuadro expresionista que hubiera conseguido plasmar el dinamismo, la vitalidad, el espíritu de la ciudad de Lima. Es un cuadro sombrío y terrible. Pero también hermoso y rebosante de poesía; poesía en el lenguaje, denso, gráfico y sabroso; en los caracteres, turbios, violentos y vivientes; en la trama misma de la novela, tumultuosa, imbricada y fascinante. *En octubre no hay milagros* puede horrorizar o seducir al lector, no lo dejará indiferente; es una novela que al enfrentarse valerosa, noble y sinceramente, a la realidad que nos rodea, abre un camino de verdad y belleza en la literatura peruana.

WASHINGTON DELGADO



Serie del río hablador